

CIVILIZACIONES PERDIDAS

AZTECAS
SANGRE Y ESPLENDOR
I



TIME
LIFE
folio

AZTECAS

SANGRE Y ESPLENDOR

AZTECAS

SANGRE Y ESPLENDOR

PRIMERA PARTE

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Supervisores científicos: H. B. Nicholson, John B. Carlson, Richard A. Diehl,
David Carrasco, George L. Cowgill
Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
Coordinación editorial: Pilar Mora
Coordinación técnica: Miguel Ángel Roig
Diseño de la cubierta: Singular

Título original:
Aztecs: Reign of blood & Splendor

Traductor:
Domingo Santos

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S. A. (16-2-96)

ISBN: 84-413-0155-7 (obra completa)
84-413-0166-2 (volumen 11)

Impresión:
Grafos, arte sobre papel
(Barcelona)

Depósito Legal: B. 38054-95

Printed in Spain

SUMARIO

Capítulo primero
LA CAÍDA DE LA CIUDAD
«PRECIOSA COMO EL JADE»

9

El viaje al destino

34

Capítulo segundo
UN PUEBLO EN BUSCA DE UN PASADO

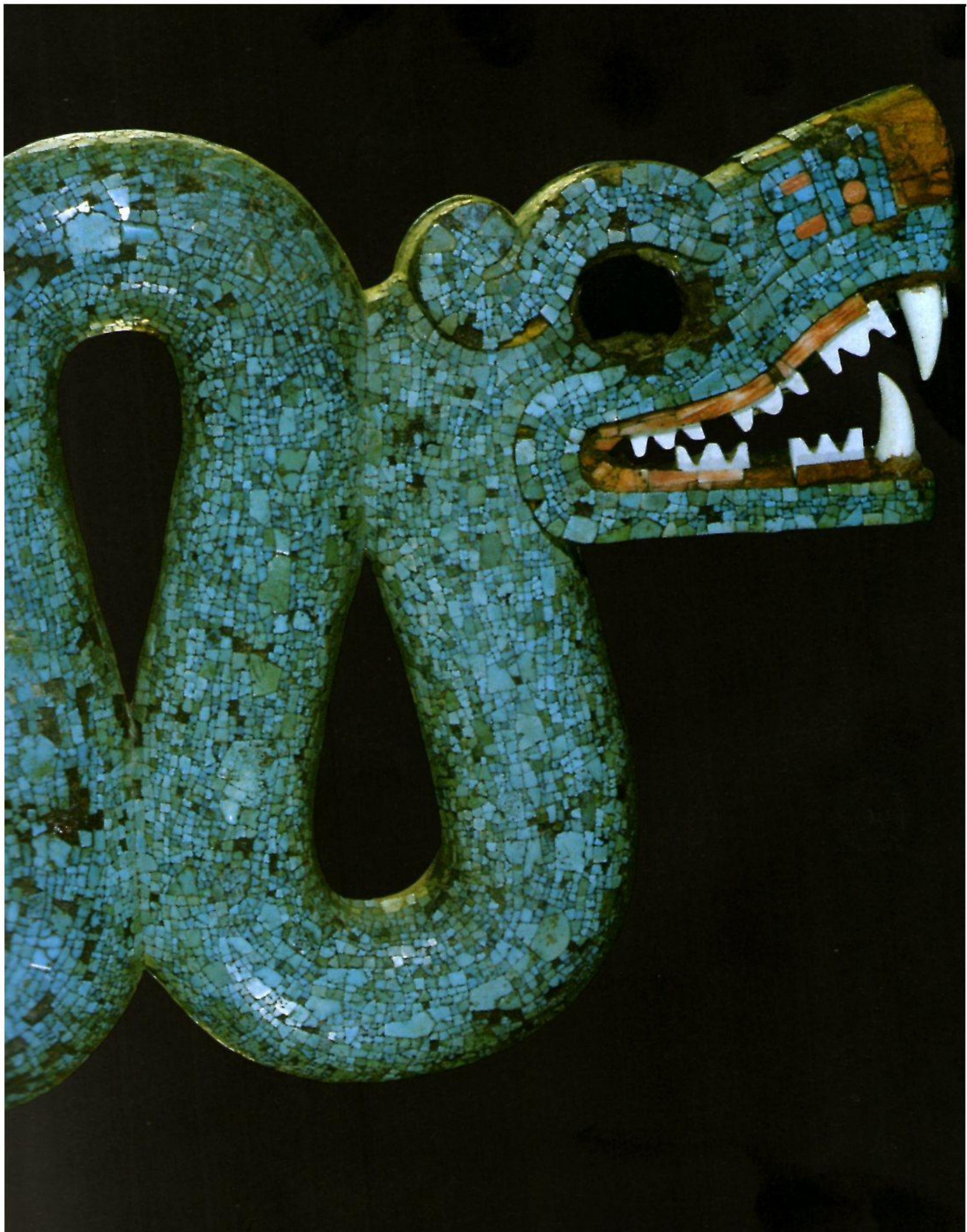
45

La ciudad que el tiempo olvidó

67



Este adorno pectoral de una serpiente, una espléndida reliquia de los aztecas, que ascendieron desde sus escuálidos orígenes al poder y la riqueza en sólo 200 años, pudo ser llevado por un sacerdote. Mostrada aquí a su tamaño real, está incrustada con escamas de turquesa, una piedra que los aztecas importaban de los puestos de avanzada de su imperio para adornar algunas de sus más hermosas posesiones.





LA CAÍDA DE LA CIUDAD «PRECIOSA COMO EL JADE»

El viejo y correoso soldado español recordaba aquel día de 1519 cuando vio por primera vez los jardines privados de Motecuhzoma, el soberano azteca. «Entramos en el huerto y jardín, que era un lugar maravilloso tanto para ver como para caminar por él —escribió Bernal Díaz del Castillo, un veterano lleno de cicatrices de la campaña de Hernán Cortés para la conquista de México—. Nunca me cansé de observar la diversidad de árboles y los distintos aromas proporcionados por cada uno de ellos, y los senderos llenos de rosas y otras flores, y los muchos árboles frutales propios del lugar, y el estanque de agua dulce. Todo brillaba y estaba decorado con diferentes tipos de piedras y pinturas que era una maravilla mirarlas. Y había pájaros de muchas clases y variedades que acudían al estanque.»

Movido por la nostalgia, Díaz empezó a reflexionar sobre el destino del México azteca. «Pensé que ninguna tierra como aquella sería descubierta jamás en ninguna parte del mundo —recordó con añoranza—. Pero hoy todo lo que vi entonces está derribado y destruido; nada queda en pie.»

Cuatro décadas después de la llegada de los españoles, la conquista del imperio de los aztecas se había completado. La adoración de los fieros dioses había empezado a alejarse de la memoria de los vivos, y ahora los descendientes de los guerreros aztecas —todos ellos súbditos españoles— adoraban a Jesucristo. Una nueva ciudad había crecido encima de las ruinas de sus templos.

Serpientes de cascabel forman el faldellín de esta estatua de 12 toneladas de la decapitada madre de la tierra azteca, Coatlicue, excavada en 1790 en Ciudad de México. La sangre brota del muñón de su cuello con la forma de dos serpientes adicionales.

MAPA DE CARRETERAS AL FIN DEL MUNDO

En 1790, casi tres siglos después de que Díaz contemplara por primera vez las maravillas de Tenochtitlán, la resplandeciente capital azteca, el virrey español en Ciudad de México ordenó algunas pavimentaciones y la construcción de un sistema de drenaje. En la amplia extensión de una plaza conocida como el Zócalo, el resplandor del sol de finales de verano ponía de agudo relieve una polvorienta mezcolanza de zanjas. A lo largo del lado sureste de la plaza, a la sombra del Palacio Nacional, un grupo de obreros manejaba sus palas. Ocasionalmente, uno de ellos hacía una pausa para secarse la frente perlada de sudor o para mirar al otro lado de la plaza, a la barroca catedral. Era para salvaguardar la catedral, el palacio y la plaza en sí de las periódicas inundaciones que se había ordenado aquel proyecto.

En medio de la charla ociosa de los trabajadores se oyó de repente el resonar de metal contra la piedra, y pronto el equipo se había reunido alrededor de un único lugar. La zanja había tropezado con un obstáculo de tamaño respetable, y una lluvia de palas lo atacó. En medio de la polvareda el pulso de los hombres se aceleró, porque el objeto que emergía de las capas de tierra que lo cubrían como un sudario era una enorme figura distinta de cualquier otra que hubieran visto nunca antes. Poderosa y de forma vagamente humana, la figura estaba envuelta en un faldellín de serpientes entrelazadas. Una vez exhumada por completo, mostró tener un impresionante metro noventa y cinco de largo. Tendida en el suelo en grotesco descanso, tenía garras por pies y manos, y exhibía lo que parecía ser un rostro compuesto por dos colmilludas y encabritadas cabezas de serpientes mirándose amenazadoramente, nariz contra nariz. Lo más inquietante era el adorno que colgaba sobre el pecho de la figura, un collar compuesto por manos y corazones humanos de tamaño natural alineados alrededor de un cráneo humano con las mandíbulas encajadas.

La noticia de que una reliquia de la durante largo tiempo enterrada civilización azteca había sido excavada en el corazón mismo de la

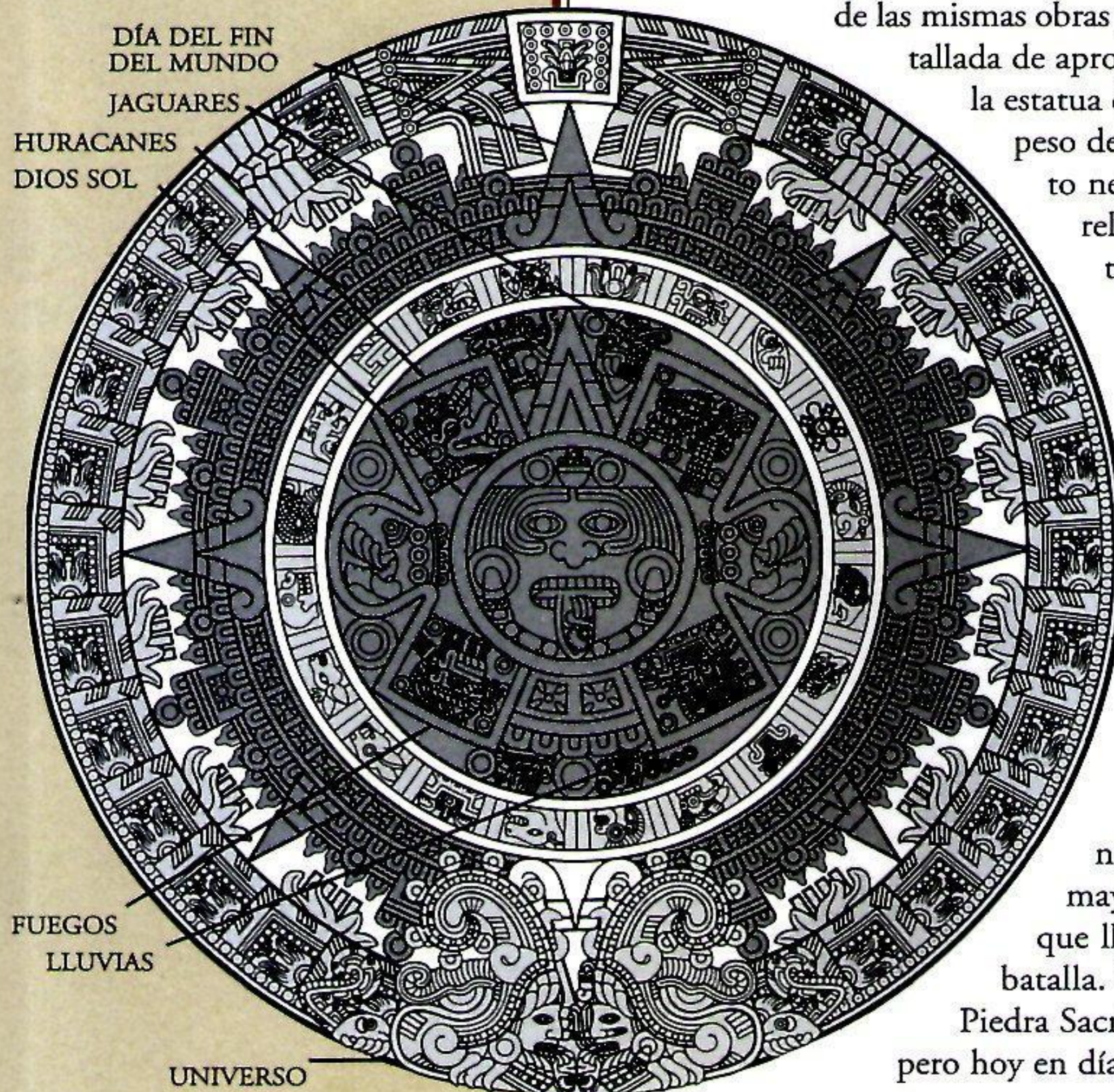
Una de las más imponentes –y significativas– de las reliquias aztecas es la intrincadamente tallada piedra circular de abajo. Tiene 1,2 metros de grueso, 3,6 de diámetro, y pesa más de 24 toneladas. Puesto que la rodean los símbolos de los días del calendario azteca de 20 días, el disco fue llamado la Piedra Calendario poco después de su descubrimiento en 1790 debajo de la plaza central de Ciudad de México.

Hoy, sin embargo, los investigadores reconocen que la piedra no es un simple calendario. Los glifos e iconos que la adornan eran un mapa de carreteras del destino de los aztecas, que indicaba no sólo



cuándo se suponía que había empezado el mundo sino también cuándo terminaría.

En la época de la conquista española, los aztecas creían que vivían en la quinta y última era, que los dioses habían creado hacía 535 años, en el 986 d.C. Los paneles cuadrados alrededor del círculo interior (*véase diagrama*) simbolizan la destrucción de los cuatro mundos anteriores por jaguares, huracanes, fuegos volcánicos y lluvias torrenciales. El rostro dentro del círculo es el del dios sol, Tonatiuh. Los aztecas estaban convencidos de que el mundo terminaría en la fecha ritual del «4-movimiento». Pero el final llegó mucho más pronto de lo esperado, con la llegada de Cortés en 1519.



metrópoli tomó al México del siglo XVIII —y más tarde a todo el mundo— por sorpresa. Los europeos en particular no se habían dado cuenta de que los aztecas poseían la habilidad técnica necesaria para transportar y manejar aquellas enormes rocas. Los mexicanos con mente histórica observaron que la escultura había salido a la luz 269 años después de que Cortés, el conquistador español, hubiera aceptado la rendición de los poderosos aztecas.

El virrey, Juan Vicente Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo, tomó un interés especial en la estatua y dio instrucciones de que fuera transportada a la universidad local para ser pesada, medida y dibujada. Al hacer esto, invirtió la política española mantenida durante siglos de borrar todos los vestigios de la cultura india vencida, cuyas obras de arte eran consideradas por la iglesia católica romana como idólatras, si no satánicas.

Al cabo de un año, el interés del virrey hacia todo lo arqueológico se vio recompensado con otros dos importantes descubrimientos, hechos de nuevo por trabajadores dedicados a la construcción

de las mismas obras públicas. Primero apareció una piedra tallada de aproximadamente dos veces el tamaño de la estatua de las serpientes entrelazadas. Con un peso de 24 toneladas, aquel pedazo de basalto negro grisáceo llevaba una escultura en relieve circular de algo menos de 4 metros de diámetro, dominada por un rostro de apariencia humana con la hoja de un cuchillo asomando por su boca como una lengua. El resto de la piedra estaba embellecido con un desconcertante surtido de símbolos geométricos. Denominada la Piedra del Sol, en parte debido a su parecido a un reloj de sol, estaba encajada en un pilar de la cercana catedral. (A menudo es referida también como la Piedra Calendario Azteca.)

Luego, en 1791, en la esquina noroeste del Zócalo, apareció el premio mayor en forma de una piedra de molino que llevaba un friso de guerreros en plena batalla. En aquel tiempo se la denominó la Piedra Sacrificial debido a su supuesta finalidad, pero hoy en día se la conoce como la Pieza de Tizoc.

CUÁL ERA EL ASPECTO DEL CENTRO DEL IMPERIO AZTECA EN 1519

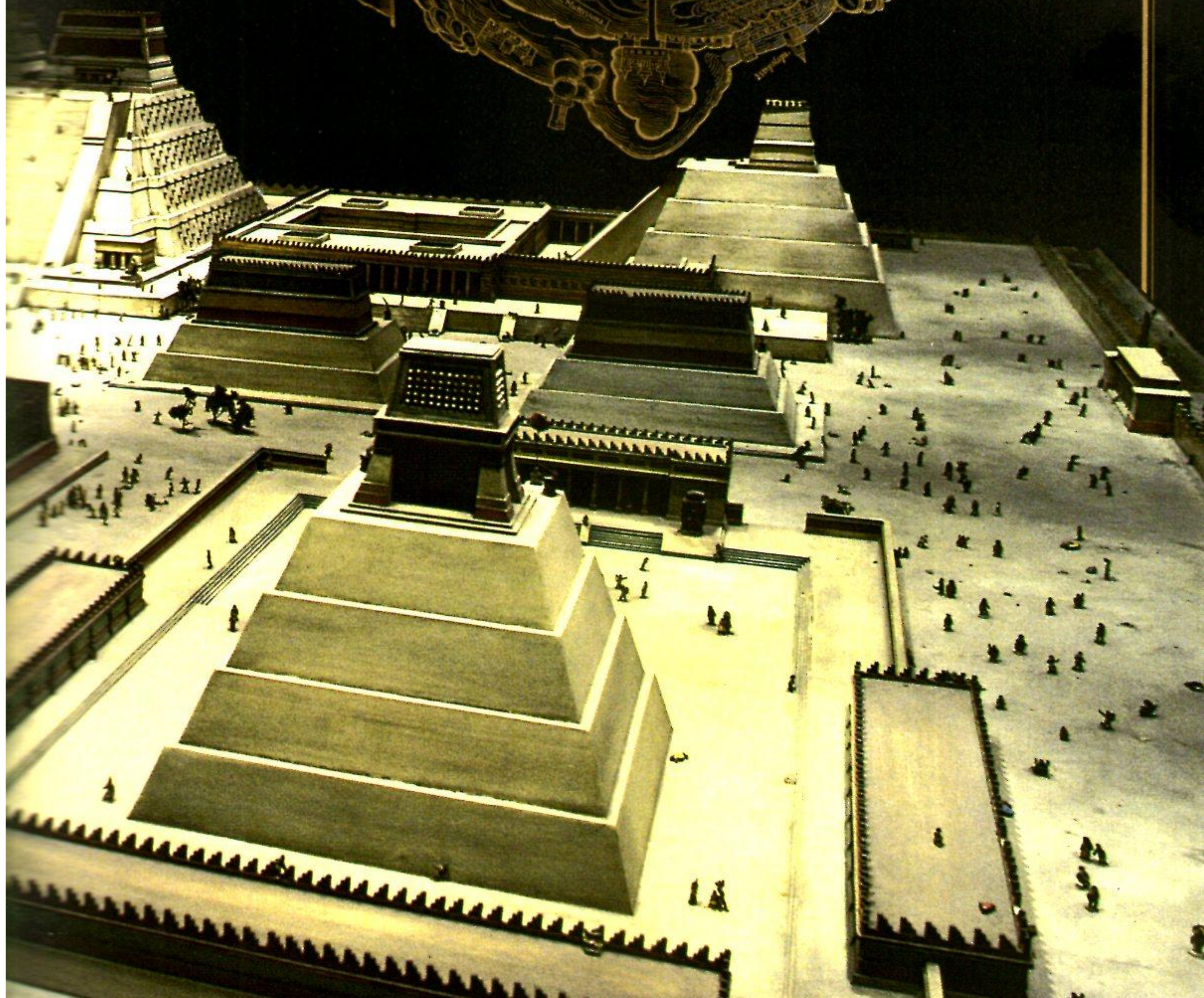
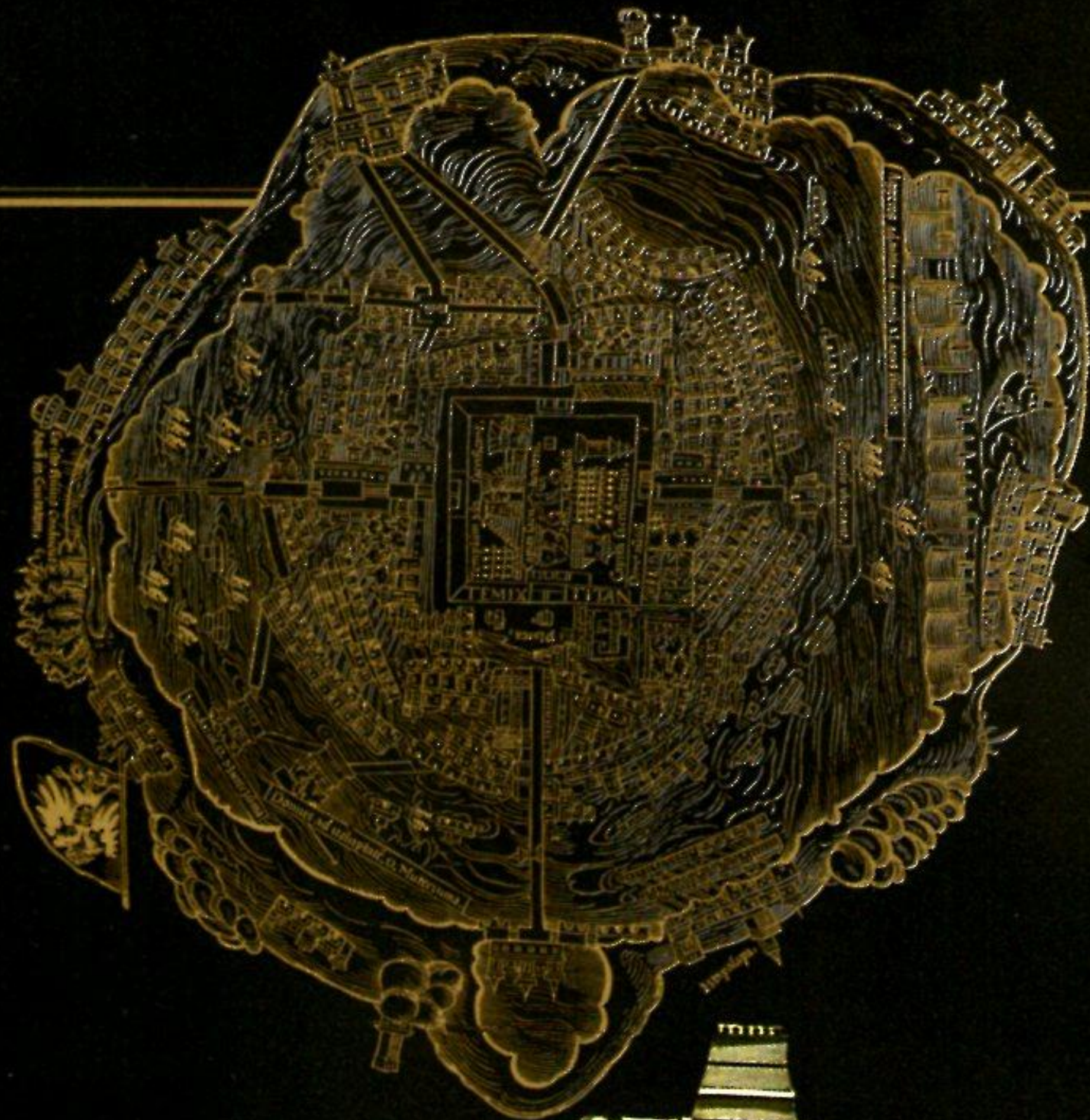
Para los aztecas, su capital era el centro no sólo del imperio sino también del mundo, y en su corazón se hallaba el recinto sagrado donde se celebraban diariamente sus sangrientos rituales. El modelo de abajo, creado por el Museo Nacional de Antropología de México y basado en fuentes españolas del siglo XVI además de en descubrimientos modernos, muestra cuál era probablemente su aspecto en la época de la conquista.

Dominando la plaza estaba el Templo Mayor. Sus escalinatas gemelas conducían a los altares de Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra, y Tlaloc, dios de la lluvia, donde los sacerdotes llevaban a cabo sus sacrificios humanos. Flanqueando la pirámide había otros varios templos, incluido uno circular dedicado a Quetzalcoatl, el dios serpiente emplumada; frente a él estaba instalado un perchero

para los cráneos de las víctimas sacrificiales. Detrás del templo de Quetzalcoatl había un estadio donde se celebraban los juegos de pelota rituales. El gran edificio rectangular a la izquierda albergaba la *calmecac*, una escuela para los hijos de los nobles. Alrededor de los templos y otros edificios había un muro, que separaba el centro religioso del resto de la ciudad isla.



Publicado en 1524 a partir de un esbozo hecho por Cortés, este mapa de Tenochtitlán muestra las calzadas que se extendían desde el núcleo religioso hasta tierra firme. Un dique, en el extremo de la derecha, proporcionaba protección contra las inundaciones.



Mucho antes estuvo a punto de ser hecha pedazos para fabricar adoquines con ella, pero un sacerdote instruido pudo intervenir y la reliquia vio un destino más seguro en los jardines de la catedral, donde fue enterrada con una única cara expuesta.

Estos sorprendentes e intrigantes descubrimientos despertaron el interés de estudiosos, coleccionistas y arqueólogos aficionados de Europa. Pero todos verían denegado su acceso a ellos: el declinante imperio español había prohibido los viajes dentro de sus dominios del Nuevo Mundo y desalentado el que los extranjeros entraran en el país. En consecuencia, pocos forasteros tuvieron la oportunidad de examinar de primera mano los hallazgos. Los intelectuales de los Estados Unidos, muy atareados en afianzar su nuevo país, prestaron poca atención a las antigüedades mexicanas.

El famoso naturalista alemán, el barón Alexander von Humboldt, fue uno de los pocos europeos con suficiente influencia como para conseguir entrar en México, y su relato de su viaje allí, publicado en francés en 1813, aventó aún más la excitación sobre las leyendas aztecas. Informó que los aztecas, hasta entonces clasificados como una cultura primitiva y analfabeta, habían sido en realidad un pueblo muy avanzado. Cuando se abrieron las puertas después de que México consiguiera su independencia en 1821, se inició una era de febril interés en ellos. Turistas, científicos y aventureros cayeron sobre México, luego regresaron a Europa con historias que contar (muchas de ellas extravagantes), ilustraciones que publicar (unas pocas bastante exactas) y, en algunos casos, cargas completas de artefactos comprados o hurtados.

Entre los mexicanos, el campo de investigación mesoamericana nació con el cambio al siglo XIX, asistido en el parto por el perspicaz astrónomo y arqueólogo Antonio de León y Gama. Fue él quien arrancó significados cosmológicos de las marcas de la Piedra del Sol. Algunas de sus lecturas eran falsas, pero descubrió que los aztecas poseían un profundo conocimiento de la astronomía y un año de 365 días. Otros necesitaron un siglo para adjudicar la identidad de la estatua con el faldellín de serpientes a Coatlicue, la diosa de la vida y de la muerte y madre del temible dios de la guerra azteca, Huitzilopochtli. Espoleados por el recién hallado orgullo de su herencia, los antropólogos, historiadores y lingüistas mexicanos empezaron a buscar sistemáticamente, en archivos, museos y diversos yacimientos arqueológicos, indicios del pueblo que se hacía llamar los «mexica» o «tenochca» y gobernaron con una fiera determinación buena parte del centro y el sur de México.

Antes se habían perdido ya antiguas ciudades, pero quizá ninguna de ellas había caído de una forma tan precipitadamente y había quedado tan completamente borrada como el reducto isla de Tenochtitlán. La ciudad

era la sede del gobierno de los aztecas y el mayor logro de sus 90 años de dominación del valle de México, una alta cuenca de 7.800 kilómetros cuadrados rodeada por montañas. Al cabo de pocos meses de su llegada en abril de 1519 a la Costa del Golfo con 600 soldados y 16 caballos, Cortés había hecho prisionero al soberano azteca, Motecuhzoma Xocoyotzin. (Los españoles registraron inadecuadamente su primer nombre, que significa Señor Furioso, como Montezuma, y a lo largo de los años ha terminado denominándose erróneamente Moctezuma.) Menos de dos años después de su llegada, el conquistador Cortés y su banda de soldados, con la muy necesaria ayuda de guerreros indios de ciudades ansiosas de desprenderse del yugo del forzado tributo de los aztecas, habían derribado a Motecuhzoma, arrasado su capital y otras ciudades de su imperio, y reclamado el resto de sus extensos territorios. Cortés se hizo con el control de las vidas y fortunas de quizás 11 millones de aztecas y sus pueblos súbditos.

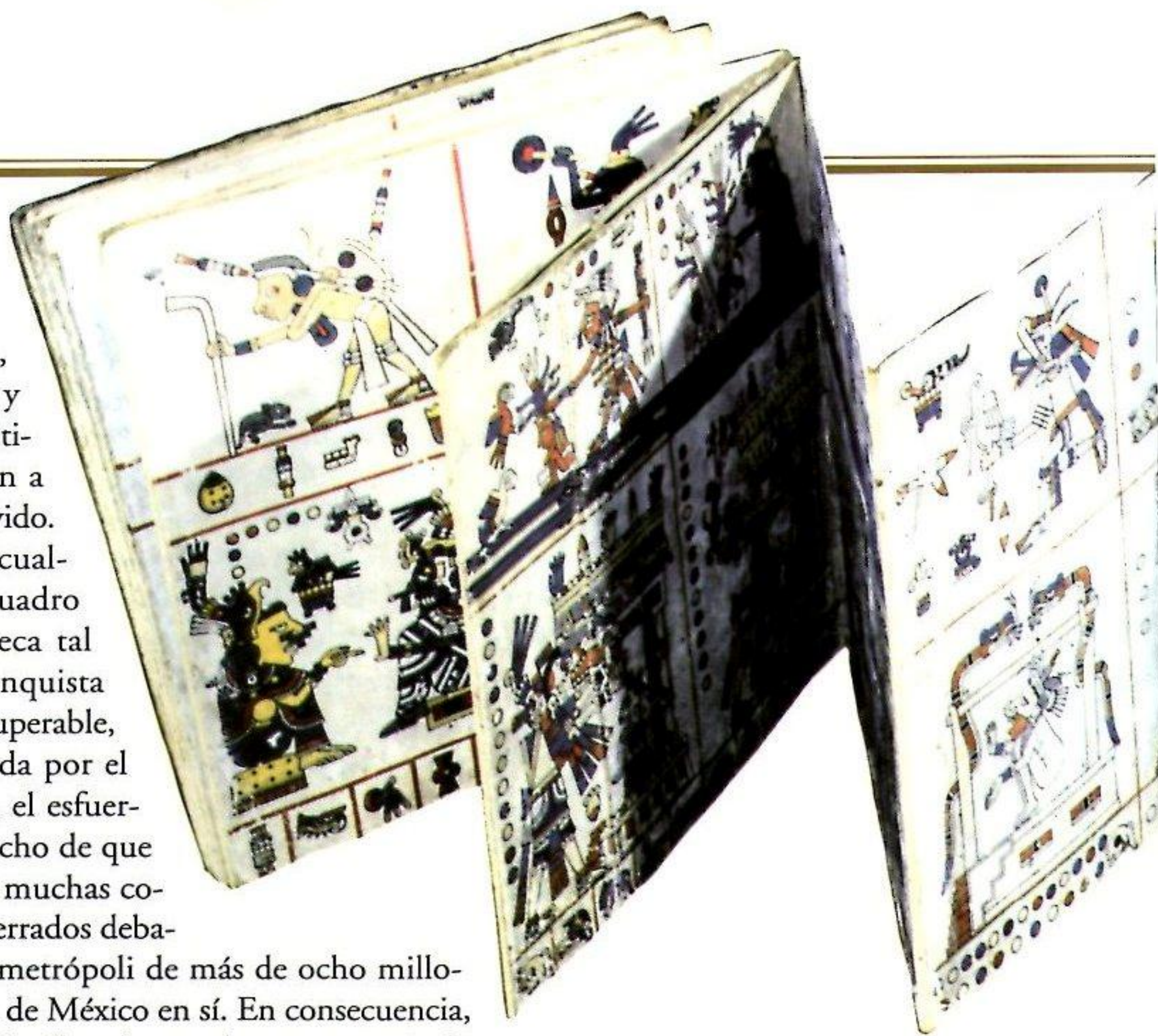
Sólo unas pocas generaciones más tarde, los brillantes logros de los aztecas se habían desvanecido por completo de la memoria de México, y nadie estaba seguro de dónde se habían alzado exactamente las estructuras clave de Tenochtitlán. Por ejemplo, en el siglo XVIII, la opinión popular sostenía que las ruinas del Templo Mayor, el principal santuario de la nación azteca, se hallaban directamente debajo de la catedral. Se trataba de un mito conveniente para aquellos que deseaban promocionar la imagen del cristianismo triunfante. También había desaparecido de la consciencia el conocimiento de la intrincada religión de los aztecas y la comprensión de su altamente evolucionada simbología, que les había permitido expresar sus creencias de una forma tan poderosa y accesible para sus mentes como lo era el crucifijo para Cortés y sus contemporáneos.

De hecho, tan poderosos eran los iconos de los aztecas, que las mejores intenciones de los intelectuales posteriores no siempre consiguieron extirpar el miedo que les tenía el clero, a ellos y al impacto que podían tener sobre los mexicanos de sangre india. La estatua de Coatlicue excavada frente al Palacio Nacional vio la luz del día tan sólo brevemente en su supuesto refugio en la universidad. Como explicó Humboldt: «Los profesores, por aquel entonces sacerdotes dominicanos, no deseaban exhibir el ídolo a las juventudes mexicanas, de modo que lo enterraron de nuevo en una de las salas del edificio». Posteriormente la estatua fue desenterrada para la visita de Humboldt, luego vuelta a enterrar rápidamente. Permaneció enterrada hasta 1823, cuando fue consignada a un poco frecuentemente usado corredor del Museo Nacional. De hecho, la historia de Coatlicue sirve como metáfora para toda la cultura azteca, que

fue repetidamente reprimida y sumergida en los siglos posteriores a la conquista española, sólo para ser luego desenterrada y puesta de nuevo a la luz. Tenochtitlán y sus habitantes se negaron a sumirse silenciosamente en el olvido.

Durante muchos años, cualquier deseo de conseguir un cuadro más tangible de la capital azteca tal como existió la vigilia de la conquista tropezó contra un obstáculo insuperable, la terrible devastación provocada por el ejército de Cortés. Hoy en día, el esfuerzo se ve obstaculizado por el hecho de que los restos de Tenochtitlán y sus muchas comunidades satélite se hallan enterrados debajo de la polucionada y extensa metrópoli de más de ocho millones de habitantes que es Ciudad de México en sí. En consecuencia, las amplias excavaciones como las llevadas a cabo en otras ciudades mesoamericanas, como la ciudad maya de Chichén Itzá y la preazteca de Teotihuacán, a sólo 40 kilómetros al noreste de la capital mexicana, han sido imposibles. Muchas de las principales excavaciones desde principios de este siglo —cuando la arqueología adquirió el auge que merecía— han sido iniciadas por casualidad. Al igual que en 1790, los artefactos han aparecido accidentalmente en el transcurso de proyectos de construcción, por ejemplo durante el tendido de líneas de alcantarillado en 1900 y el sistema de metro en los años 1960 y 1970. Tras desplegarse apresuradamente en estos lugares, los arqueólogos se han visto obligados a excavar a toda velocidad, apresurándose a rescatar todo lo posible antes de que se reanudara el trabajo en los proyectos. Afortunadamente, aunque los restos de la propia Tenochtitlán raras veces resultan accesibles para su examen, los arqueólogos han conseguido obtener una visión notablemente vívida de la ciudad en su momento de mayor gloria buceando en todo un conjunto de narraciones compuestas en y alrededor de la época de la victoria de Cortés. Gradualmente, los hallazgos al azar han dado paso a búsquedas más organizadas, conducidas por este material escrito.

Raras veces han recibido los arqueólogos un guión tan completo como el cuerpo de trabajos que han ayudado a dirigir sus excavaciones de la capital azteca. Sacerdotes y conquistadores españoles, y los propios aztecas (vía códices, o anales, producidos a petición de los sacerdotes) dejaron atrás una brillante luz que puede verse brillar en la penumbra de



Dioses y mortales avanzan por las páginas dobladas en acordeón del Códice Fejérváry Mayer. Los códices estaban pintados sobre paneles de piel, como éste, o sobre papel de corteza. Los indios —que carecían de lenguaje escrito— utilizaban las imágenes para ayudarse a recordar detalles cuando recitaban sus intrincados mitos.



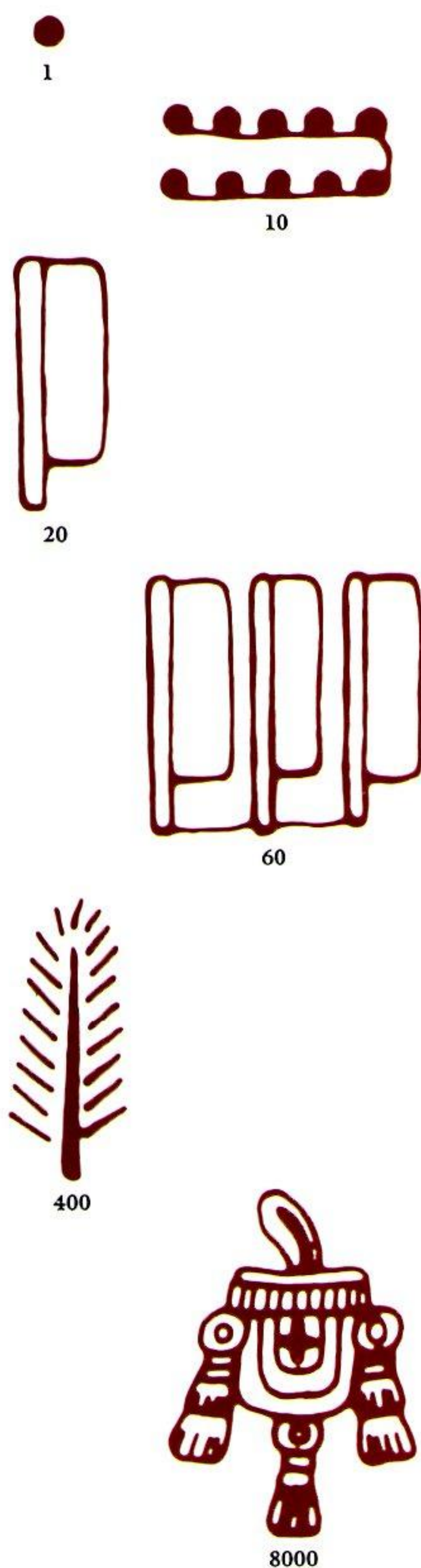
su civilización rota y enterrada. Entre los documentos hay cartas del propio Cortés a Carlos V, el emperador del Sacro Imperio Romano, relatos de varios de los soldados que se vieron implicados en la conquista, e historias compuestas por los frailes españoles. Las cartas de Cortés a su rey estaban escritas en cierta medida como una póliza de seguro: Tras haber abandonado la lealtad debida a su superior, el gobernador de Cuba, Cortés esperaba apelar directamente a la corona española para evitar el posible castigo. Su plan era ofrecer a Carlos una parte de cualquier botín del que pudiera apoderarse por encima del habitual «real quinto» proporcionado por otros exploradores. Junto con las narraciones de sus cohortes, las cartas de Cortés ayu-

dan a proporcionar un cuadro panorámico de los acontecimientos de 1519 y ofrecen una valiosa mirada a la vida cotidiana en la capital azteca.

Poca literatura azteca de los días de la preconquista ha sobrevivido. En el siglo XVI, mientras el gobierno español luchaba por consolidar su poder sobre los indios, Juan de Zumárraga, arzobispo fundador de México, ordenó que enormes cantidades de arte y literatura nativos fueran recogidas y quemadas. Pero en las décadas que siguieron, un puñado de españoles instruidos trabajaron en silencio para conservar las escasas evidencias restantes de la cultura nativa. Gracias a la rica tradición oral de los aztecas, consiguieron rescatar buena parte de lo que se hubiera perdido en otra generación o dos.

Una de las grandes ironías de la conquista es que los principales agentes conservadores surgieron de las filas de la propia iglesia católica romana, la misma institución encargada de destruir el legado azteca. Extrayendo ocasionalmente los fondos de los cofres oficiales de la iglesia, pero más a menudo trabajando con recursos limitados, varios dedicados misioneros, entre ellos y especialmente el fraile franciscano Bernardino de Sahagún, intentaron recapturar la herencia intelectual de los aztecas antes de que desapareciera la última generación de indios que vivió bajo Motecuhzoma.

El brillante y tenaz Sahagún supervisó la producción de uno de los más famosos y profusamente ilustrados códices aztecas, referido a menudo como el Códice Florentino, por la ciudad italiana en la cual se encuentra depositado hoy. Sahagún fue a México en su juventud, y pronto dominó con fluidez el náhuatl, la lengua azteca. En sus tratos con los indios quedó convencido de que «las supersticiones idólatras, augurios, abusos



los originales, muchas de las réplicas de los siglos XVI y XVII estaban inscritos sobre hojas de piel de venado o papel de corteza. Los vívidos textos y dibujos de los códices ofrecen indicios no sólo del distante pasado azteca sino también del período directamente anterior a la llegada de Cortés. Los paneles retratan elaboradamente sacerdotes y nobles con sus atuendos tradicionales, victorias aztecas sobre tribus vecinas, historias de los dioses y escenas de la llegada de los españoles y su destrucción final de la cultura azteca.

En 1519, designado como el año 1 Caña en el calendario azteca, los edificios erigidos a lo largo de muchas generaciones cubrían una isla en sus tiempos deshabitada en el rincón suroeste del amplio y pantanoso lago Tetzaco con una sorprendente cantidad de templos, palacios, hogares para las clases superiores y foros públicos. También había miles de moradas inferiores para artesanos, mercaderes y otros miembros de la altamente estratificada sociedad azteca. Tenochtitlán, que llegó a tener hasta 200.000 habitantes, fue el centro de un amplio territorio sobre el cual los aztecas ejercieron un control brutal.

Los aztecas, casi constantemente en guerra contra alguien, exigían pieles de animales, piedras preciosas, cobre y oro, algodón, alimentos y otras materias primas y productos como tributo a aquellos a quienes venían. Además de los cautivos que atrapaban en el campo de batalla, también exigían un rescate anual de víctimas para sacrificar al dios de la guerra, Huitzilopochtli, y al dios de la lluvia, Tlaloc.

Con su ascensión a la soberanía sobre los pueblos del valle de México, los aztecas habían superado más de un siglo de dificultades. Según sus propias leyendas, sus antepasados habían seguido una orden divina de abandonar su paradisíaca tierra originaria, Aztlan, traducida como «el lugar de las garzas», que los estudiosos piensan que pudo estar situada en el noroeste de México. Tras vagar durante más de un siglo por el duro desierto, arañando una magra supervivencia de la árida tierra, los aztecas, o «pueblo de Aztlan», llegaron finalmente al densamente asentado valle en algún momento hacia finales del siglo XII. Considerados como intrusos y exiliados y vilipendiados como tales, obligados en ocasiones a sufrir períodos de servilismo, los belicosos aztecas triunfaron finalmente sobre docenas de ciudades-estado enemigas. Con una voluntad implacable, una bien instrumentada maquinaria de hacer la guerra, un alto grado de cohesión social, y un instinto hacia la apropiación cultural, llegaron a forjar una civilización que rivalizaría con las que habían florecido hacía milenios en Egipto y Mesopotamia, y en mucho menos tiempo.

El trágico fallo de los aztecas, quizá, fue su fatalismo. De hecho, su destino quedó sellado para siempre cuando Cortés abandonó Cuba, donde había vivido durante ocho años, en febrero de 1519. El gobernador

de la isla, Diego Velázquez, había nombrado a Cortés para que condujera una expedición en busca de nuevas fuentes de esclavos y tesoro para España. Pero mientras Cortés reunía sus tropas y sus pertrechos, Velázquez empezó a preocuparse de que el ambicioso joven pudiera pasar por encima de su autoridad. Tras oír las dudas de su mentor, Cortés las confirmó partiendo antes de lo previsto. Primero sondeó la costa de Yucatán, luego navegó hacia el oeste, para desembarcar finalmente en un lugar al que llamó Villa Rica de la Vera Cruz (la actual Veracruz).

Fue en Veracruz donde Cortés oyó hablar por primera vez de los fabulosos tesoros que, a partir de aquel momento, le tentarían constantemente hacia el interior. Como iba a ocurrir muy a menudo en los meses siguientes, las propias acciones de los aztecas, surgidas de su extremadamente limitada visión del mundo más allá de sus fronteras, instigaron y apresuraron su caída. En este caso, un intento diplomático mal orientado traería consigo la calamidad. Motecuhzoma había enviado varios grupos de enviados con ofrendas que incluían atuendos reales del estilo que se creía que llevaban los dioses aztecas. Pero era su oro lo que llamó la atención del conquistador. En vez de apaciguarlo, los emisarios no hicieron más que despertar en mayor grado su apetito de riquezas y confirmarlo en su determinación de seguir adelante.

Tras partir con su ejército desde Veracruz, Cortés efectuó el duro trayecto desde las tierras bajas de la costa tropical hasta las montañas con unos 400 hombres, dos tercios de su ejército. Allí los españoles encontraron a los guerreros tlaxcalanos. Los tlaxcalanos habían mantenido su independencia de los aztecas allá donde otros habían fracasado. Sus brillantemente ataviados guerreros atacaron a los intrusos españoles en varios enfrentamientos pero, gracias a sus cañones y caballos, Cortés prevaleció. Con una sorprendente oportunidad, los tlaxcalanos presentaron a Cortés regalos de telas, piedras semipreciosas y oro, y se ofrecieron a conducirlo hasta la fortaleza azteca.

A través de dos intérpretes, una mujer india llamada Marina, que hablaba el náhuatl y una de las lenguas mayas, y un español naufragado recogido en Yucatán, Jerónimo de Aguilar, que también hablaba con fluidez el maya, Cortés fue reuniendo información sobre su futuro adversario, Motecuhzoma. Marina había llegado a Cortés como parte de los despojos de una refriega anterior con los indios a lo largo de la costa de Tabasco, y su inteligencia y sus habilidades con el náhuatl resultaron ser valiosísimas, hasta el punto que resulta dudoso el que Cortés hubiera podido llegar a tener éxito sin ella. También fue una suerte que ella y Aguilar comprendieran dialectos mayas similares, lo cual facilitó el proceso en tres pasos de la comunicación, de náhuatl a maya y a español, luego a la inversa.

Mientras Cortés permaneció acampado en Tlaxcala, fue visitado por

más emisarios que traían tributos enviados por Motecuhzoma para persuadir a los españoles de que dieran la vuelta y disuadirles de efectuar una alianza con los antiguos enemigos de los aztecas. Casi desde el momento mismo en que los españoles habían desembarcado en Veracruz, los emisarios aztecas habían estado observándoles de cerca, transmitiendo información de sus movimientos a Tenochtitlán. A medida que los españoles avanzaban, los espías de Motecuhzoma los midieron como adversarios y proporcionaron al gobernante pequeñas pinturas del invasor, que mostraban sus cabezas cubiertas con metal y sus extraños atuendos, sus «ciervos» domesticados que los llevaban «hasta allá donde deseaban ir, manteniéndolos tan altos como el techo de una casa», y sus perros de guerra, «salvajes, como demonios, siempre saltando de un lado para otro». Cortés había aprovechado todas las oportunidades de impresionar a los indios con su autoridad. Tras presenciar una demostración del fuego de los cañones españoles, algunos mensajeros incluso se habían desvanecido.

Cortés, firme en su decisión, y guiado por los embajadores aztecas, siguió adelante hacia las ansiadas riquezas de Tenochtitlán, llevando consigo algunos guerreros tlaxcalanos. En la cercana Cholula, una ciudad mercantil aliada con Motecuhzoma y sede religiosa del dios Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, la valiosa compañera de Cortés, Doña Marina, le advirtió de que los cholulanos estaban conspirando contra él. Como resultado de ello, los españoles y sus secuaces tlaxcalanos masacraron a miles de hombres, mujeres y niños, al tiempo que derribaban los ídolos de sus templos en un despiadado ataque.

De los informes registrados por los propios aztecas en los códices preparados bajo la dirección de los frailes, resulta claro que Motecuhzoma había temido desde hacía tiempo la llegada de poderosos hombres procedentes del este. La leyenda predecía el regreso de Quetzalcoatl, que hacía generaciones había partido de México sobre una balsa entretejida de serpientes, prometiendo regresar un día para reclamar su trono. El año predicho de esta segunda llegada sería el 1 Caña del calendario azteca, que el caprichoso destino convertiría en el mismo año de la llegada de Cortés.

Tan pronto como supo de la llegada de los barcos españoles —la supuesta balsa gigante de Quetzalcoatl— junto a la costa, el asombrado, ansioso y supersticioso Motecuhzoma temió estar condenado. Obsesionado con la antigua profecía, se preparó para rendir su imperio. Una serie de portentos amenazadores lo habían convencido de que estaba destinado a presidir la destrucción de la civilización azteca. Tan alterado estaba Motecuhzoma, informó el fraile Durán basándose en las evidencias de los testigos aztecas, que «se mostró medio deseoso de que los acontecimientos que se habían predicho tuvieran lugar de inmediato».

Los presagios que habían puesto nervioso a Motecuhzoma llenaron a su pueblo de ansiedad. Según un código azteca, durante un año, por las

noches, «surgió un signo como una lengua de fuego, como una llama. Puntiagudo y con amplia base, atravesaba los cielos hasta su punto medio, su propio corazón. Durante toda la noche, allá al este, parecía como si hubiera amanecido el día. Luego el sol salía y lo destruía». Un templo estalló inexplicablemente en llamas, y el fuego no pudo ser extinguido. En un día tranquilo, el rayo golpeó el techo de otro templo. Una gran columna de luz fue vista en el este. Una tarde apareció un cometa, cruzando de oeste a este y «esparciendo chispas como carbones ardientes». El lago Tetzco se vio repentinamente hinchado hasta alturas de inundación, sin ninguna razón aparente. Y, por la noche, la gente afirmaba haber oído a una mujer llorando. «Iba de un lado para otro sollozando: “Mi querido hijo, ¡tenemos que irnos! ¿Adónde puedo llevarte?”» (Es poco probable que estos fenómenos tuvieran alguna base astronómica o geológica firme. Algunos investigadores sugieren que los portentosos acontecimientos fueron exagerados por los aztecas que los contaron años más tarde.)

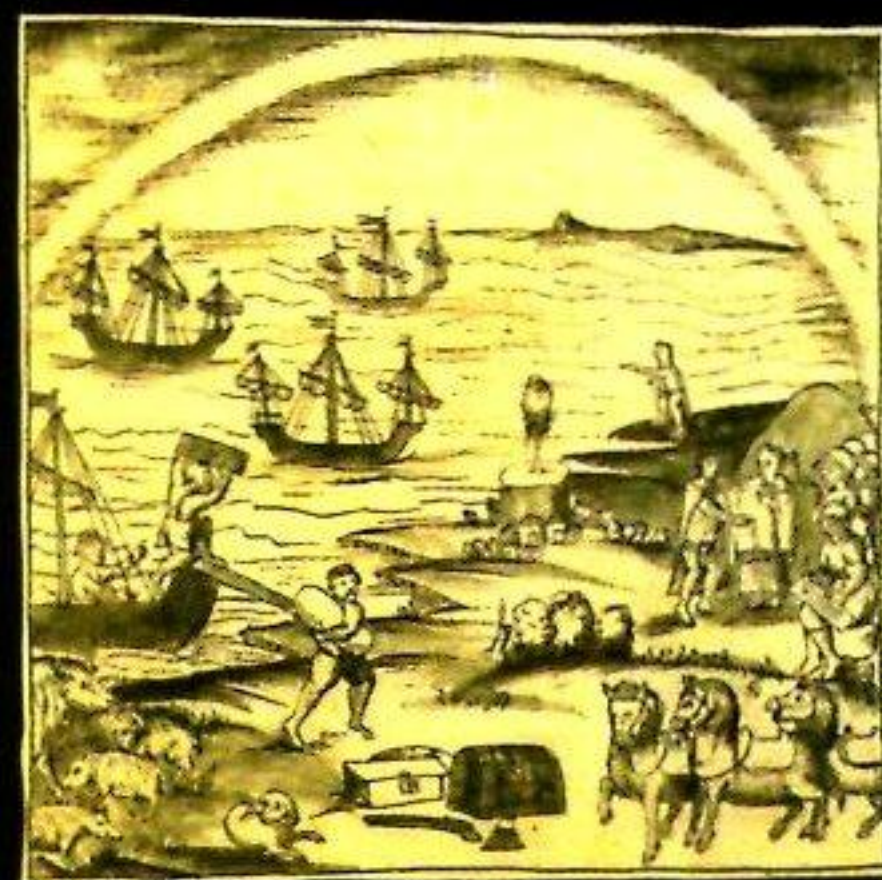
Cuando todos los sobornos, encantamientos y súplicas de sus emisarios fracasaron en detener la marcha de los españoles sobre la ciudad, Motecuhzoma se sumió en el pánico. Como último recurso, el «Señor Furioso» intentó huir, según Durán, pero los sacerdotes aztecas lo abor-daron y le hicieron regresar. Convencido incluso antes del hecho de que su reinado había llegado a su fin, Motecuhzoma pronunció un discurso de despedida. «Con abundantes lágrimas gritó a las masas que se sentía aterrorizado por la llegada de los extranjeros», informó Durán. Tras esta

REPRESENTACIÓN DE LOS DÍAS FINALES DE UN PODEROSO IMPERIO

Durante casi 50 años, el fraile y misionero franciscano Bernardino de Sahagún estudió a los aztecas con ojo comprensivo pero objetivo. Su obra maestra, el Códice Florentino, registra las crónicas de los propios aztecas y detalla las costumbres indias y la conquista tanto en náhuatl, la lengua azteca, como en español. La Inquisición confiscó el código en 1577 como pro-indio, y estuvo prohibido durante unos 200

años. Partes del documento se reproducen a la derecha y en las páginas siguientes.

La historia se inicia con la llegada de Hernán Cortés, que los aztecas creían que era el dios serpiente emplumada, Quetzalcoatl. En su mitología, esta deidad —que se había visto obligada a abandonar a su pueblo— regresaría un día y traería consigo una nueva forma de vida.

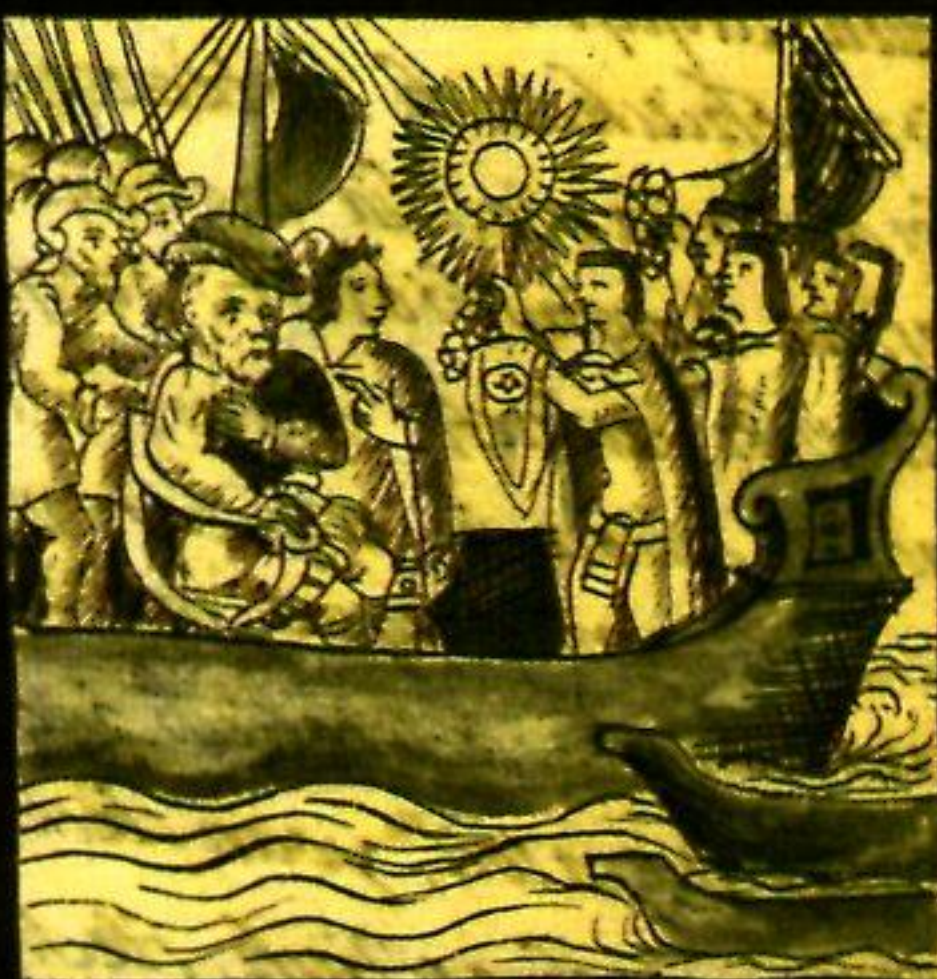


Cuando los españoles desembarcan, llegan los indios. «Vinieron como para vender cosas —dice el código— a fin de espiarlos.» Preguntados por los extranjeros dónde vivían, los aztecas respondieron: «Es de aquí de México de donde venimos».

escena pública, el rey regresó al palacio y «dijo adiós a sus esposas e hijos con pesar y lágrimas, y encargó a sus asistentes que cuidaran de su familia, puesto que él se consideraba ya un hombre a punto de morir».

Era noviembre de 1519. Cortés estaba montado en su caballo, contemplando la ciudad que tenía intención de poseer. Cerca de él estaba Bernal Díaz del Castillo que, muchos años más tarde, cumplidos ya los 70, contaría sus impresiones de aquel día en *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Medio ciego y parcialmente sordo, Díaz recordaba sin embargo las imágenes y sonidos de su juventud con sorprendente claridad.

La visión desde fuera de Tenochtitlán era impresionante. «Cuando contemplamos tantas ciudades y pueblos junto al agua, y otros grandes asentamientos contruidos sobre tierra firme, y aquella enorme calzada que avanzaba tan recta y perfectamente nivelada hasta la ciudad —escribió Díaz—, nos asombramos ante las grandes torres y templos y edificios de piedra que se alzaban del agua. Algunos de nuestros soldados dijeron que todas esas cosas parecían ser un sueño; y no es sorprendente que yo lo escriba aquí de este modo, porque nunca se había visto, ni oído, ni siquiera soñado, nada como lo que estábamos contemplando.» Los extranjeros avanzaron sobre la capital. «Llegaron —escribió un testigo azteca— en formación de combate, como conquistadores, y el polvo se alzó en remolinos por las calzadas, y sus lanzas brillaban al sol, y sus estandartes se agitaban como murciélagos. Algunos de ellos iban vestidos con



Los emisarios aztecas llevan regalos a Cortés, cuya llegada había sido presagiada por varios augurios. Motecuhzoma, su soberano, ofreció al español un tributo anual de lo que deseaba si no entraba en Tenochtitlán, la capital.



Tras entrar en la capital y poner a Motecuhzoma bajo arresto, los españoles descubrieron el tesoro azteca tras una pared enlucida en una despensa de palacio. Los codiciosos españoles, informa el código, «lo tomaron todo, todo lo que vieron que era bueno».

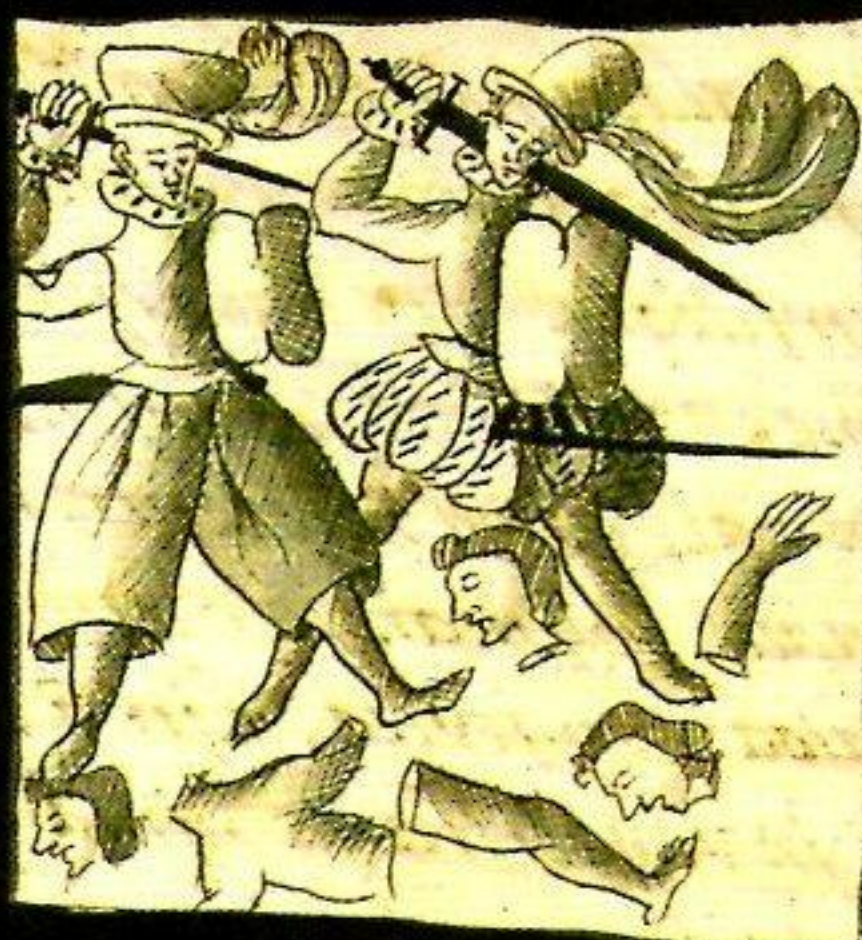


En preparación de un festival, los adoradores hacen ofrendas frente a un templo al dios de la guerra, Huitzilopochtli.

resplandeciente hierro de pies a cabeza; aterrorizaron a todos aquellos que los vieron.» Multitudes de aztecas, nerviosos pero curiosos, salieron de sus casas para observar a los españoles, algunos de los cuales avanzaban por la calzada —una de las tres que conectaban Tenochtitlán con tierra firme— y otros cruzaban la superficie del lago Tetzaco en canoas.

Las fuerzas españolas se detuvieron no lejos de la ciudad, donde salió a recibirles una procesión de la casa real. Se trataba de Motecuhzoma, escribió Díaz, transportado «bajo un maravillosamente rico dosel de plumas de color verde con intrincados dibujos en oro y plata y con perlas y piedras de chalcólita verde que colgaban de una especie de bordado que era maravilloso de contemplar. Y el gran Motecuhzoma iba lujosamente ataviado según su cargo, e iba calzado con sandalias, con las suelas de oro y la parte superior adornada con piedras preciosas».

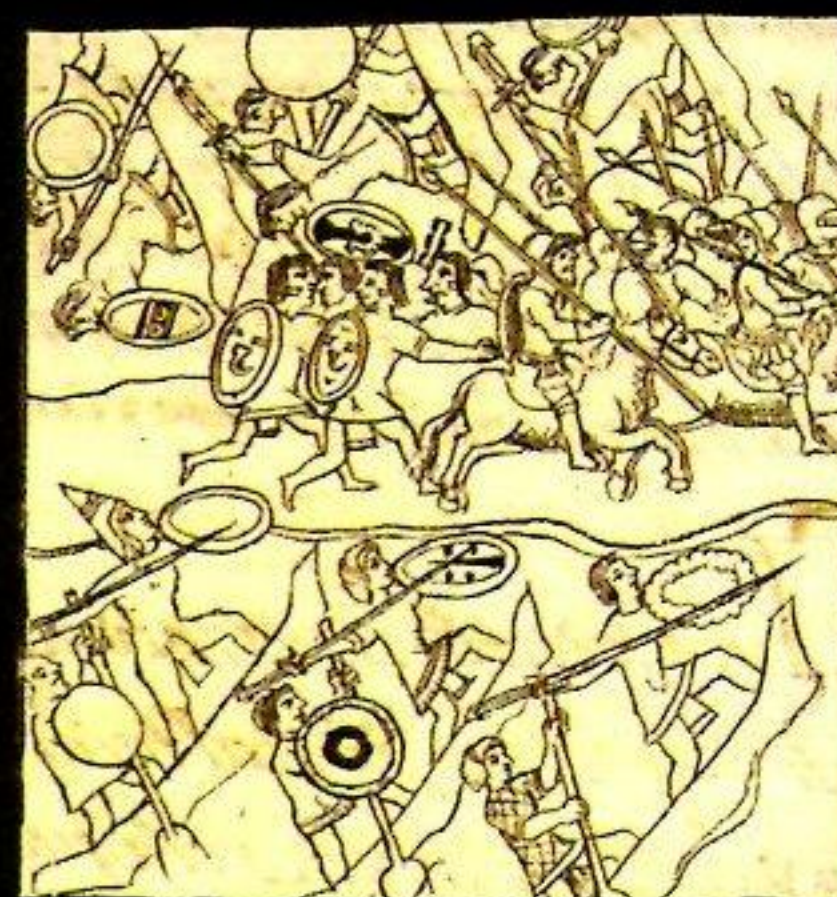
Motecuhzoma descendió de su litera, informa Díaz, y ninguno de los señores que lo acompañaban, excepto aquellos que lo sostenían ceremonialmente mientras caminaba, «se atrevieron siquiera en pensar en mirar directamente a su rostro», sino que mantuvieron la mirada a un lado. Siguiendo el ejemplo, Cortés desmontó y se acercó al dignatario azteca y le ofreció su mano, que Motecuhzoma declinó. Cortés insistió, al tiempo que presentaba a Motecuhzoma un collar de cuentas perlinas; pero cuando hizo como si quisiera abrazar al rey, dice Díaz, «los grandes señores que acompañaban a Motecuhzoma retuvieron hacia atrás el brazo de Cortés a fin de que no lo abrazara, puesto que lo consideraban una indignidad». Una vez terminadas esas formalidades, Cortés y sus hombres



Los españoles masacran a los participantes en la fiesta de Huitzilopochtli. «La sangre corrió como el agua», se lamenta el códice.



Los triunfantes conquistadores arrojan al agua los cuerpos de Motecuhzoma y de un noble.



El ejército de Cortés huye de Tenochtitlán después de que la muerte de Motecuhzoma haya iniciado una revuelta; murieron más de 800 españoles.

fueron escoltados a Tenochtitlán y alojados en un cómodo palacio que había pertenecido al padre de Motecuhzoma. La ciudad que los poetas náhuatl habían descrito como un «gran árbol rematado por una cúpula, precioso como el jade», que irradiaba «destellos de luz como plumas de quetzal», había sido violada por siniestros extranjeros.

Tras sólo una semana, Cortés ejecutó un extraño golpe incruento. Citando un enfrentamiento en Veracruz en el que varios de sus hombres habían resultado muertos, Cortés le dijo a Motecuhzoma que, bajo pena de muerte, tenía que acudir con él al alojamiento de los españoles. Mientras el gobernante azteca era conducido a través de las calles, les dijo a su agitado pueblo que iba por su propia voluntad. Desde entonces, Motecuhzoma fue poco más que un lamentable recitador de proclamaciones, un gobernante sólo de nombre mientras Cortés tiraba de sus hilos.

Sorprendentemente, los hombres que iban a destruir Tenochtitlán apreciaban su belleza y su elegante técnica, porque era más magnífica que muchas ciudades europeas de la época, incluidas, dijeron algunos conquistadores que habían viajado mucho, Roma y Constantinopla. El enormemente deforestado y excesivamente pastado paisaje europeo albergaba ciudades de más pequeña escala, que todavía llevaban la huella de una constreñida sensibilidad medieval. En la Europa occidental, sólo Londres, Roma y Venecia alardeaban de poblaciones que alcanzaban las 100.000 almas. Sevilla, con una población estimada de 60.000, era lo más cercano a Tenochtitlán —cuya población se estimaba en unos 200.000— que podía encontrarse en cualquier ciudad española. Debió ulcerar a los es-



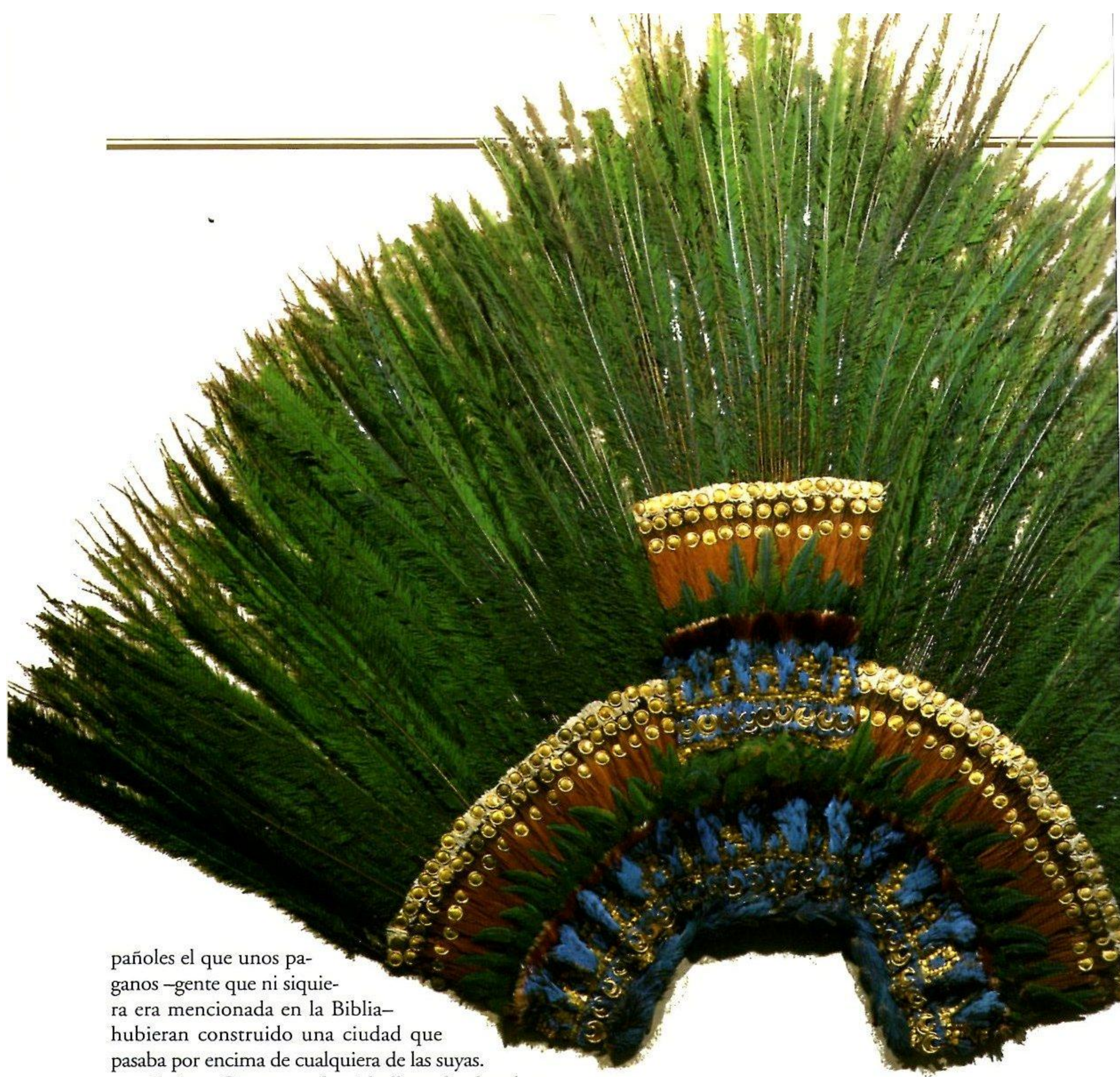
Un médico azteca atiende a un paciente de viruela. La enfermedad, introducida por los españoles, mató a un tercio de los indios, entre ellos Cuiclahuac, el hermano y sucesor de Motecuhzoma.



Once meses después de su huida, los españoles regresan a Tenochtitlán. Cortés rodeó la ciudad, destruyendo sus acueductos y venciendo así a su gente.



Los españoles incendian el templo de Tlatelolco, último centro de resistencia. «Hubo saqueo, luego captura de la pobre gente común», dice el código.



pañoles el que unos paganos —gente que ni siquiera era mencionada en la Biblia— hubieran construido una ciudad que pasaba por encima de cualquiera de las suyas.

León y Gama, que ha sido llamado el padre de la arqueología mexicana, argumentaría que los aztecas tuvieron que ser unos notables artesanos para haber creado sus elaborados adornos arquitectónicos e «imágenes fingidas», o ídolos, utilizando tan sólo primitivas herramientas de piedra. Más aún, aunque enteramente ignorantes del principio del arco, habían construido a una escala monumental. Y habían creado Tenochtitlán con una habilidad consumada. En pocas palabras, poseían un enorme conocimiento «en artes y ciencias en la época de su paganismo», escribió. Cortés se maravilló de los grandes y hermosos tem-

Compuesto por apreciadas plumas verdes de quetzal y azules de cotinga (detalle, a la derecha), este tocado de metro veinte de altura es considerado popularmente como el de Motecuhzoma. Fue enviado a Europa poco después de la conquista, pero se desconoce si perteneció realmente al monarca azteca.



plos y casas de Tenochtitlán, su entramado de calles y canales entrelazados, su clara disposición con cuatro cuadrantes que se unían en una plaza central.

El palacio de Motecuhzoma estaba decorado con murales, bajorrelieves, telas adornadas, pantallas doradas para impedir que el rey fuera visto mientras comía, y con vigas de cedro talladas, según Cortés, con «bordes ornamentales de flores, pájaros y peces». Los españoles recorrieron el enorme e impresionante zoo privado del soberano, que albergaba animales de casi todas las especies de Centroamérica, incluidos jaguares y tapires, serpientes de cascabel en frascos rematados con plumas, un aviario y jardines.

Aunque las cosas se mantuvieron en un precario equilibrio durante los seis meses siguientes a la llegada de los españoles, la existencia siguió adelante en la capital, y Cortés y sus hombres tuvieron la oportunidad de observar de cerca la forma de vida azteca. En su segunda carta a Carlos V, Cortés describió el emplazamiento de la ciudad. En la cuenca, escribió, «hay dos lagos que casi la llenan. Uno de estos dos lagos es de agua dulce y el otro, que es más grande, de agua salada. De un lago al otro y entre las ciudades y otros asentamientos que hay alrededor de dichos lagos, la comunicación se efectúa mediante canoas, sin necesidad de ir por tierra firme».

Cortés siguió describiendo la situación de la ciudad. «Desde cualquier dirección por la que uno desee entrar, la ciudad se halla a dos leguas de la orilla. Tiene cuatro entradas, cada una de ellas formada por una calzada artificial con una anchura de dos longitudes de lanza corta. Sus calles principales son muy amplias y rectas. Algunas de ellas y todas las demás son medio calzada sólida y medio canal para el tráfico por canoa. Todas las calles están abiertas a intervalos, allá donde se unen los canales. Pero en todos estos huecos, algunos de los cuales son muy amplios, hay puentes hechos con grandes y anchos tablones modelados muy juntos unos de otros. En muchos de ellos pueden circular hasta 10 caballos uno al lado del otro.»

Dominando la ciudad, la pirámide de 45 metros de alto del Gran Templo dominaba esta red de concurridas calles y cursos de agua. Aunque denostaba la idolatría de los aztecas, Cortés no podía evitar su asombro ante los logros de sus arquitectos. Se maravillaba de la belleza de los templos y de los edificios que alojaban a los ídolos, y comentaba la calidad de los aposentos de los sacerdotes. Estaba sorprendido por el aspecto de estos sacerdotes; vestían de negro, informó, «y nunca se cortan ni peinan el pelo desde el momento en que entran en el sacerdocio hasta que lo abandonan». Renunció a intentar describir adecuadamente el templo religioso en el núcleo de la ciudad: «Es tan grande que su recinto, que se halla rodeado por un muro, podría encajar muy bien en un asentamien-

to para quinientos hombres. Dentro de esta área, en sus bordes, hay espléndidos edificios con grandes salones y corredores. Hay al menos 40 pirámides, muy altas y bien hechas; la más grande tiene 50 escalones que conducen al cuerpo principal de la pirámide. La pirámide principal es más alta que la torre de la catedral de Sevilla. La fábrica de piedra y la madera son igual de buenas; no podrían ser mejoradas de ningún modo. Toda la sillería dentro de los templos donde se hallan los ídolos es esculpida, y toda la madera está tallada con relieves y pintada con imágenes de monstruos y otras figuras y dibujos».

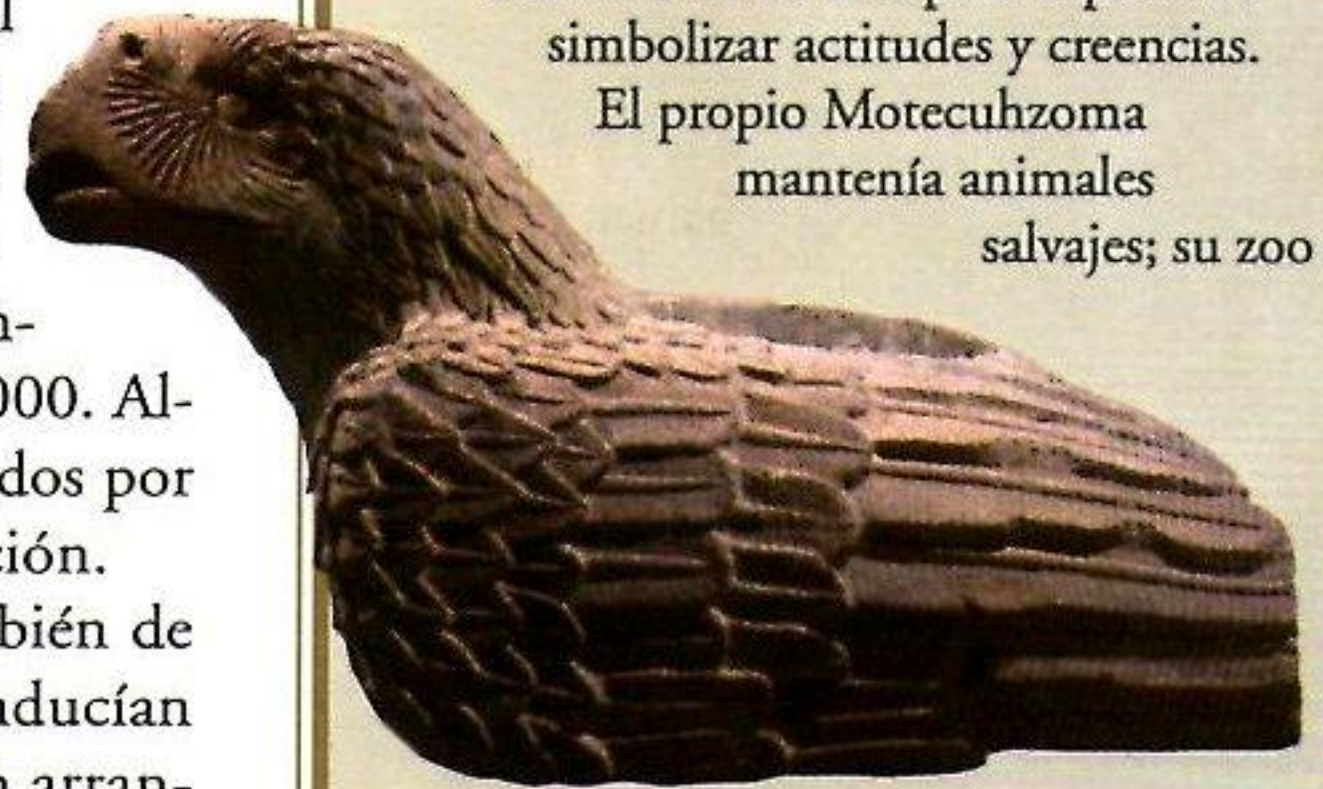
Cortés no pudo dejar de notar otro rasgo del complejo del templo. Los aztecas mostraban una clara fascinación hacia las cabezas de sus víctimas, y las conservaban en percheros frente a los templos, donde clavaban los cráneos. Díaz calculó que decenas de miles de esos cráneos atestaban los percheros. Dos conquistadores que los contaron situaron el número en más de 136.000. Algunos de ellos aún rezumaban sangre, otros ya estaban blanqueados por el sol, podían encontrarse en cualquier estadio de descomposición.

La afición de los aztecas hacia los sacrificios se exhibía también de otra forma. Los escalones de las dos escalinatas gemelas que conducían a la plataforma elevada encima de la Gran Pirámide donde eran arrancados los corazones de las víctimas estaban negros por la sangre seca. En la cima, el altar de Huitzilopochtli tenía una fachada pintada incrustada con bandas de cráneos. El altar de Tlaloc, a su lado, estaba adornado con bandas azules que representaban agua. A plena vista en la cabecera de las escaleras, los sacerdotes, con el pelo apelmazado por la sangre y los cuerpos llenos de cicatrices por las heridas autoinfligidas ritualmente, cumplían con su horrible cometido. Al entrar en el altar de Huitzilopochtli, Díaz se sintió impresionado y repugnado. «En ese pequeño lugar —escribió— había muchas cosas diabólicas que ver, protuberancias y trompetas y cuchillos, y muchos corazones de indios que habían ardido fumigando a sus ídolos, y todo estaba tan manchado de sangre, y había tanta de ella, que lo maldigo todo, y como olía como

EN EL REINO DE LOS ANIMALES

Los aztecas, que vivían muy cerca de la naturaleza, veían en muchos animales —incluidos los insectos— cualidades a emular, e incluso atribuían poderes sobrenaturales a varios de ellos. Utilizaron diversas criaturas en su arte para expresar o simbolizar actitudes y creencias.

El propio Motecuhzoma mantenía animales salvajes; su zoo



era tan grande que para su cuidado se necesitaban 300 trabajadores. Según Cortés, la colección contenía «un ave de presa de cada clase», y jaguares, lobos, zorros y felinos enjaulados, «a los que se les daban tantos pavos para comer como necesitaban», así como los restos de los sacrificios humanos.

Los artistas aztecas producían regularmente figuras animales para adornar templos y palacios. El escultor que talló el águila de basalto de arriba

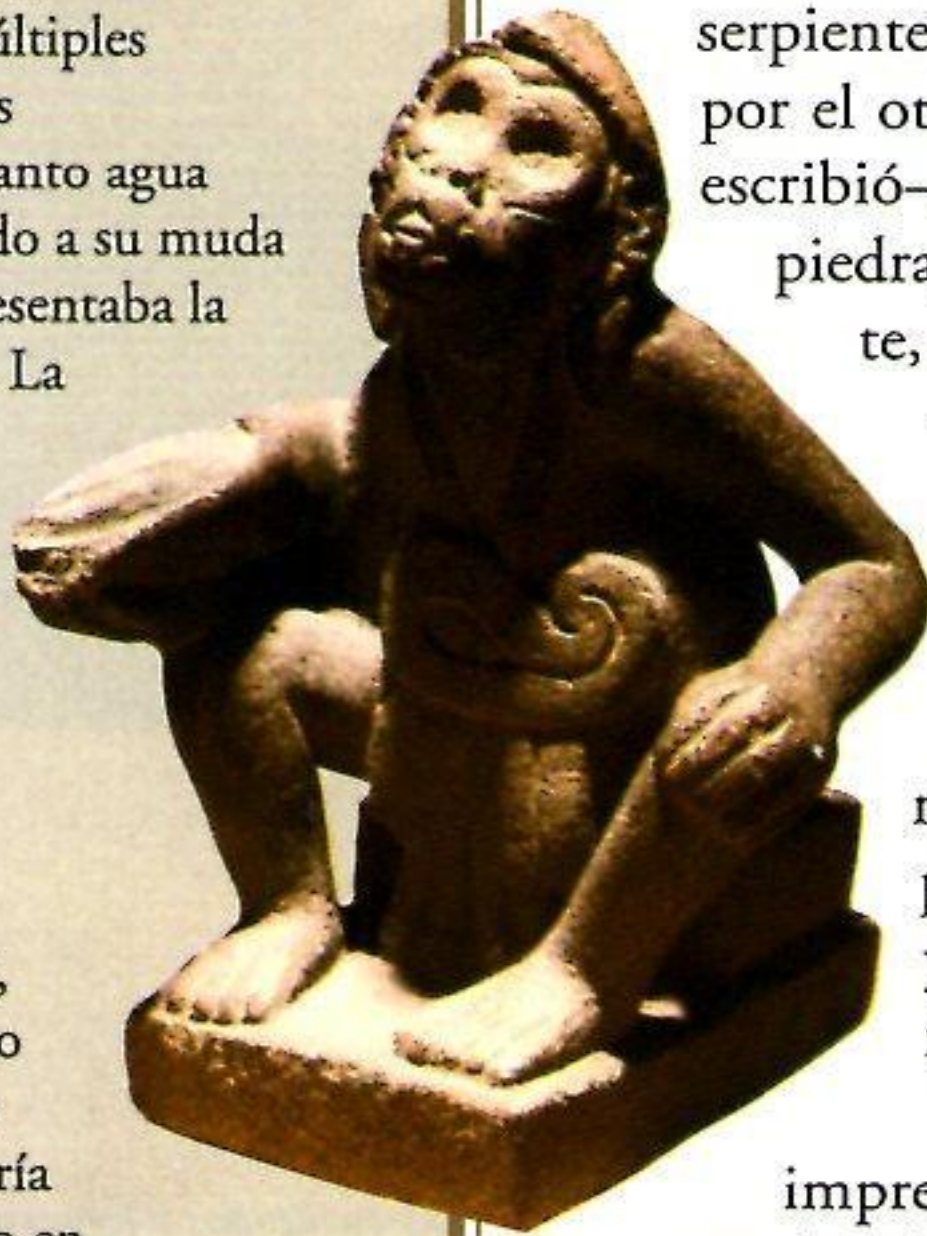




para el Templo Mayor probablemente lo hizo para los guerreros conocidos como los Caballeros Águila, que habían elegido esta feroz ave, reconocida como un símbolo del sol, como su emblema y espíritu guía. El jaguar (*abajo a la izquierda*) era el tótem de los Caballeros Jaguar. Este felino, el mayor depredador de la jungla de México y Centroamérica, encarnaba el poder y el valor y llegó a ser asociado directamente con el monarca azteca, del que era patrón.

La serpiente tenía múltiples aspectos. Sus ondulantes movimientos sugerían tanto agua como fertilidad. Y debido a su muda de la piel, también representaba la renovación y el cambio. La serpiente de cascabel enrollada de granito de arriba es típica por sus precisos detalles: El fondo está tan cuidadosamente reflejado como la parte superior.

En el lado más ligero, los aztecas veían al mono como la personificación de la malicia, la glotonería y la lascivia. Éste, tallado en basalto, sujeta una flor en una mano, mientras lleva en el pecho el *xopilcozcatl*, el símbolo de una joya en forma de garra.



un matadero nos apresuramos a limpiarlo de todo aquel hedor y aquella terrible visión.»

Tanto Cortés como Díaz informaron que los españoles fueron testigos de sacrificios humanos ejecutados por sacerdotes armados con cuchillos sacrificiales con mango de mosaico. «Siempre que deseaban preguntarle algo a los ídolos —escribió Cortés— tomaban a muchos jóvenes de ambos sexos e incluso adultos, y en presencia de los ídolos abrían sus pechos mientras todavía estaban con vida y

arrancaban sus corazones y sus entrañas y los quemaban delante de los ídolos, ofreciendo el humo como sacrificio. Algunos de nosotros lo hemos presenciado, y podemos decir que es la cosa más terrible y aterradora de la que jamás hayamos sido testigos.»

El cronista español Durán, basándose en informaciones proporcionadas por los aztecas, ofreció un relato más detallado de la forma en que se realizaban las muertes sacrificiales. Seis sacerdotes embozados, con los rostros manchados de negro con hollín y las cabezas rodeadas por bandas de cuero, aguardaban a las víctimas en la parte superior de la pirámide. Uno de ellos llevaba un yugo de madera tallado con la forma de una serpiente. «Agarraban a las víctimas una a una, uno por un pie, otro por el otro, un sacerdote por una mano y otro por la otra mano —escribió—. La víctima era arrojada de espaldas sobre la puntiaguda piedra, donde el desgraciado era sujetado por el quinto sacerdote, que colocaba el yugo sobre su garganta. El sumo sacerdote abría entonces su pecho y, con una sorprendente rapidez, desgarraba y arrancaba el corazón con sus propias manos. Caliente todavía, el corazón era alzado al sol, y el vapor que desprendía era ofrecido al astro. El sacerdote se volvía entonces hacia el ídolo y arrojaba el corazón contra su rostro. Una vez extraído el corazón, se dejaba rodar el cuerpo escaleras abajo de la pirámide. Entre la piedra sacrificial y el inicio de las escaleras había una distancia de no más de medio metro.»

Pese a sus sangrientas costumbres religiosas, los aztecas impresionaron sobre todo a Cortés como un pueblo que se comportaba civilizadamente. Sus «actividades y comportamiento —concedió— se hallan a un nivel casi tan alto como en España. Considerando que esta gente son bárbaros, carecen del conocimiento de Dios y de toda comunicación con otras naciones civilizadas, es notable comprobar todo lo que poseen».

Cortés, ambicioso hasta el punto de la temeridad, se había jugado el todo por el todo para llevar a su pequeña banda de hombres y caba-



llos al interior de la capital de un imperio renombrado por sus proezas militares. Pero estaba impulsado por sueños de riqueza, poder, fama y difusión del evangelio. Los indios valoraban el oro pero no lo ambicionaban, y un azteca quedó alucinado ante el comportamiento de un grupo de españoles en presencia del oro. Lo tomaban, informó, «y lo manoseaban como monos. Parecían transportados por la alegría, como si sus corazones estuvieran iluminados y renovados. Ansiaban ese oro como cerdos». El propio Cortés le dijo a un emisario de Motecuhzoma que su gente estaba afectada por una «enfermedad del corazón que sólo el oro puede curar».

En cuanto al poder, Cortés lo buscaba con astucia y maña, puesto que se sabía abrumadoramente superado por el número. Cuidaba mucho de no provocar a los aztecas, utilizaba a Motecuhzoma como su portavoz, y cada uno de sus movimientos iba dirigido a apaciguar antes que a exacerbar a los más cercanos consejeros y lugartenientes del rey, que habían empezado a agitarse contra los españoles. Pero en abril, tras haber pasado seis meses en la capital, Cortés se vio obligado a enfrentarse a una crisis en su retaguardia. Velázquez había enviado desde Cuba una fuerza disciplinaria al mando de Pánfilo de Narváez. Cortés regresó apresuradamente a su puesto de avanzada en Veracruz, donde sobornó a los soldados de Narváez con joyas y oro, ganándose su alianza hasta el punto en que pudo pasar por encima de su líder.

En ausencia de Cortés, el comandante temporal en Tenochtitlán,



Rocas esculpidas y figuras mutiladas de deidades y gobernantes aztecas son todo lo que queda del templo y los jardines de Motecuhzoma en Chapultepec, o «colina de la langosta», en los suburbios de Tenochtitlán. La langosta de cornalina de 47 centímetros de largo (extremo superior) fue desenterrada en el yacimiento en 1785, durante la construcción de un castillo.

Pedro de Alvarado, lanzó osadamente un ataque contra los desarmados aztecas, al parecer temeroso de un rumoreado levantamiento de éstos. Con el pretexto de observar una ceremonia azteca dedicada a Huitzilopochtli, Alvarado envió a sus hombres al recinto del templo. La ocasión, supuso Durán, atrajo de 8.000 a 10.000 guerreros aztecas al amurallado recinto, todos ellos adornados espléndidamente y danzando al ritmo de numerosos tambores. De pronto, los soldados españoles se amasaron en los estrechos portales y cayeron con rapidez sobre los celebrantes. Según los relatos aztecas, «primero atacaron a un tamborilero; le cortaron ambas manos y luego la cabeza, que cayó al suelo a una cierta distancia». Luego masacraron a la multitud. «Por todas partes había intestinos, cabezas cortadas, manos y pies. ¡Qué terribles gritos y lamentaciones en aquel patio! ¡Y no había nadie allí para ayudarles!»

Cuando Cortés regresó a toda prisa de la costa con refuerzos, la ciudad estaba en plena revuelta. Cortés intentó aplacar a los ciudadanos trayendo a Motecuhzoma ante ellos, pero cuando el líder azteca intentó razonar con las masas reunidas, prometiéndoles que los españoles abandonarían México, se rieron de él y le lanzaron piedras. La mayoría de los relatos españoles de este incidente atribuyeron la muerte de Motecuhzoma a las piedras, pero los informantes de Durán le indicaron que el rey azteca fue hallado con cinco heridas de daga, presumiblemente infligidas por los desesperados españoles.

Las fuerzas aztecas, furiosas por la muerte de Motecuhzoma y enormemente superiores en número a los españoles, obligaron a los conquistadores a efectuar una retirada desordenada. Durante la terrible *Noche Triste* del 30 de junio de 1520, Cortés perdió 800 hombres y fue empujado con los supervivientes fuera de la capital y todo el camino de vuelta hasta Tlaxcala. Los aztecas atacaron a pie y en canoa, persiguiendo despiadadamente a los desesperados españoles. Pero, por muy hábiles que fueran en el arte de la guerra, los aztecas cometieron un error fatal en éste y en todos sus choques con los españoles. Los guerreros aztecas tenían como meta última no matar al enemigo, sino capturarlo vivo. Esto era consecuencia de la necesidad de proporcionar siempre nuevas víctimas para el voraz Huitzilopochtli. Una y otra vez, en las batallas finales por Tenochtitlán, los soldados españoles se beneficiaron de esta predisposición estratégica. En vez de luchar para matar, los aztecas luchaban para hacer prisionero al enemigo. Si los guerreros aztecas se hubieran lanzado al campo de batalla con intención de matar —y hubieran mantenido mejores relaciones con sus vecinos y conseguido su ayuda—, el ejército de Cortés hubiera sido finalmente aniquilado.

Los aztecas habían vencido, pero sólo por un tiempo. Cortés pasó 10 meses reagrupándose, luego regresó con una formidable alianza de soldados españoles y tlaxcalanos. Había endurecido su corazón. «Cuando vi lo rebelde que era la gente de esta ciudad, y cómo parecían más decididos a perecer que cualquier otra raza de hombres conocida —escribió—, no supe por qué medio podíamos aliviarnos de todos estos peligros y dificultades, y sin embargo evitar destruirlos a ellos y a su ciudad, que era de hecho la cosa más hermosa del mundo.»

Así, la derrota de los aztecas llegó con creces. Toda su amenazadora ostentación de pieles de jaguar y plumas de águila y su belicoso blandir de lanzas y espadas de madera con filo de obsidiana parecidas a mazas era poco más que un espectáculo fútil y colorista. Como los escitas, los españoles acabaron quizá con dos tercios de la gente de Tenochtitlán, y el resto se rindió. Tras un asedio de 75 días, Cortés se alzó triunfante, asegurando para España —y para sí mismo— el enorme territorio que rendía fidelidad a Tenochtitlán.

Así, una civilización robusta, altamente culta, rica y avanzada que, según todas las apariencias, todavía no había alcanzado su cénit, terminó de una forma rápida y violenta. En el calor de la batalla final, Cortés ordenó a sus soldados que arrasaran la ciudad enemiga. Los conquistadores aplastaron estatuas, derribaron muros y dinteles, y saquearon y demolieron templos entre torbellineantes nubes de humo de las casas incendiadas. La violencia y el despotismo españoles seguirían devastando la derrotada población durante mucho tiempo. La hambruna y la enfermedad, en especial la viruela, que los españoles trajeron consigo y contra la cual los indios no tenían ninguna resistencia, complicaron la terrible situación de los aztecas.

«No hay nada excepto dolor y sufrimiento en México y Tlatelolco, donde en su tiempo vimos belleza y valor —escribió un poeta náhuatl—. ¿Te has cansado de sus servidores? ¿Estás furioso con tus servidores, oh Dador de Vida?», imploró al dios Huitzilopochtli. Otro poeta, anónimo ahora, despojado de identidad por la derrota, se lamentaba de la terrible pérdida: «Rotas lanzas yacen en los caminos; nos hemos arrancado los cabellos de puro dolor. Las casas no tienen techo ahora, y sus paredes están rojas de sangre. Nos hemos golpeado las cabezas con desesperación contra las paredes de adobe, porque nuestra herencia, nuestra ciudad, está perdida y muerta. Los escudos de nuestros guerreros eran su defensa, pero no pueden salvarla».

Las derribadas paredes de Tenochtitlán y su ciudad hermana, Tlatelolco, se convirtieron en los bloques de construcción de Ciudad de México. Durante un largo período de tiempo los españoles rompieron los monolitos tallados a mano o los derribaron enteros en su lugar mismo

para formar cimientos, estribos u otros apoyos a sus propias construcciones. Llenaron con cascotes el extenso sistema de canales de Tenochtitlán que había hecho de la ciudad una auténtica Venecia de las Américas. Gradualmente drenaron el lago Tetzco y arruinaron la mayor parte de las *chinampas*, los fértiles «huertos flotantes» en los que los granjeros habían cultivado maíz, calabaza, amaranto —un grano muy productivo y rico en proteínas que era un elemento importante de su dieta—, judías y chiles, y las flores que estaban siempre presentes en la vida y ceremonias aztecas. Incluso prohibieron el uso del amaranto en la dieta.

Mientras tanto, las autoridades eclesiásticas iniciaron una campaña de demolición contra todas las manifestaciones de paganismo, ordenando que libros, objetos religiosos y estatuas indios fueran destruidos. Los objetos demasiado grandes para ser retirados fueron mutilados. Sobre los restos de la en sus tiempos gloriosa morada de Motecuhzoma se alzó el edificio de la casa colonial española de la moneda y el Palacio Nacional, y encima de los arrasados recintos del Templo Mayor, donde los sacerdotes aztecas habían sacrificado miles de víctimas humanas, se extendió la floreciente ciudad colonial.

Inscritas en la Piedra del Sol hay cuatro imágenes que significan un jaguar, el viento, una feroz lluvia y el agua. Las imágenes representan las fechas del final de cada una de las cuatro eras aztecas anteriores, llamadas soles. En el centro de la piedra se asienta un quinto símbolo calendárico, el rostro de Tonatiuh, el dios sol. Los arqueólogos saben ahora que los aztecas creían que estaban viviendo en la época del quinto y último sol. Los cuatro anteriores habían sido destruidos por cataclismos en la época de las cuatro fechas reflejadas en la piedra. Así que, decían los sacerdotes aztecas, la quinta era iba a terminar también con toda seguridad de una forma violenta. Mientras los españoles recorrían las destrozadas calles de Tenochtitlán, mareados ante el hedor de los cadáveres semiputrefactos, la piedra del Sol se estaba hundiendo ya en el blando suelo del reducto isla. El horror previsto por los sacerdotes se había hecho realidad.

EL VIAJE AL DESTINO

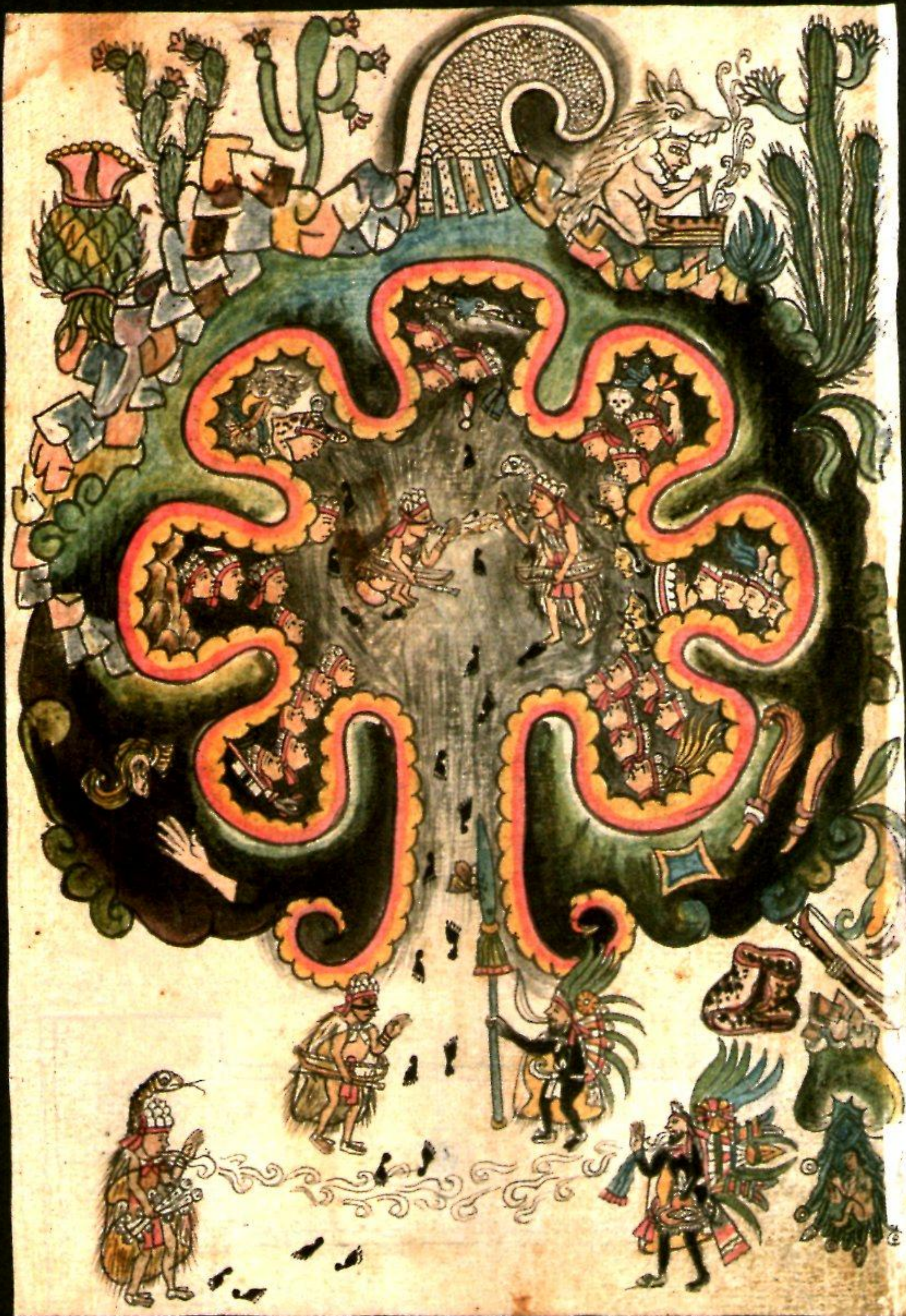


Los aztecas tenían razones para sentirse orgullosos de sí mismos. En menos de 200 años habían ascendido desde sus humildes orígenes como una tribu nómada hasta convertirse en los amos supremos del valle de México y algunas regiones más allá. Atribuían su éxito a la bendición de su dios y patrón, Huitzilopochtli, y elaboraron un mito que glorificaba sus años de vagar en el desierto. Ésta es una historia que les gustaba contar, y lo hacían muy a menudo, con desvergonzado placer y complacencia. Los niños la aprendían en la escuela. Los bardos la recitaban en sus versos. Y los artistas la plasmaban en libros de papel de corteza conocidos como códices, donde el relato se desenrolla en una serie de imágenes y glifos.

Tal como reflejan los códices supervivientes, la ascensión de los aztecas a la gloria se inició en las áridas tierras de cactus al noroeste del valle de México, en un lugar llamado Chicomoztoc, o Siete Cavernas, en una cueva en la montaña de Colhuatpec (*página opuesta*). El emplazamiento era mítico: Otras tribus, además de los toltecas antes que ellos, reclamaban el mismo

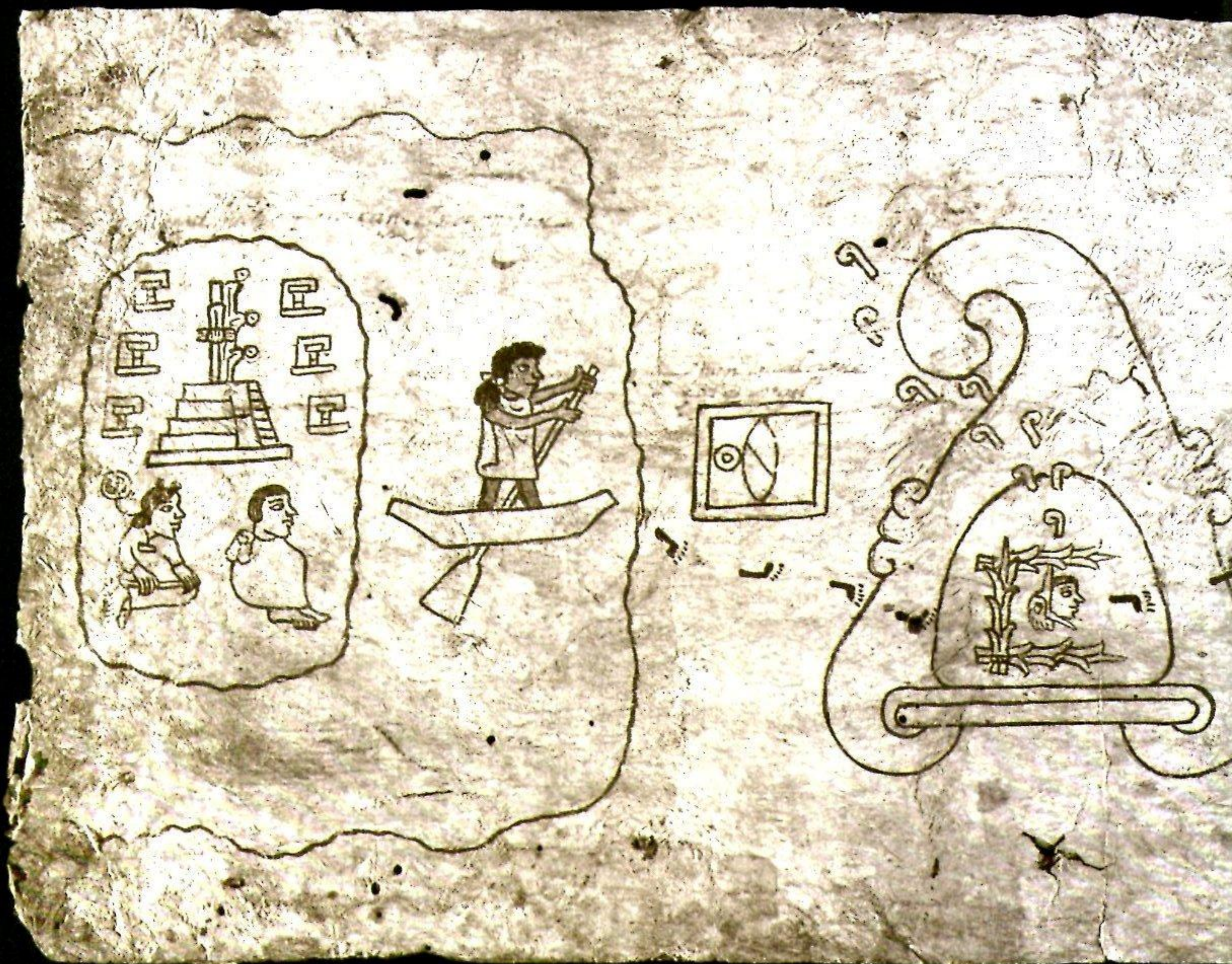
lugar como su origen. Por qué los aztecas abandonaron la región es algo que cada cual debe suponer por sí mismo. Es muy probable que fueran expulsados por los señores locales, aunque ellos preferían creer que fue Huitzilopochtli quien les ordenó su partida. A medida que los aztecas migraban lentamente hacia el sur, hacia el valle, la leyenda se endureció hasta convertirse en un hecho; cuando alcanzaron el lugar que iba a convertirse en su capital —señalada por un águila encima de un cactus (*arriba*)—, cada episodio podía ser fijado a una fecha y un detalle pictórico adecuado.

Aunque en sus tiempos hubo miles de códices aztecas, al parecer no sobrevive ningún original de los días anteriores a la conquista española. Los españoles, en su ansiedad por asfixiar las creencias paganas, destruyeron la mayor parte de ellos. Aún así, entre algunos de los indios la tradición de los códices siguió durante un cierto tiempo. Animados ocasionalmente por algunos españoles comprensivos, dejaron una crónica que recreaba aspectos del mito azteca, incluidos los fascinantes ejemplos de las siguientes páginas.



Dos líderes de la tribu chichimeca, tras emerger del interior parecido a un seno materno de Colhuatepec, supuesto lugar de nacimiento de los aztecas y tribus relacionadas, parlamentan con dos toltecas ataviados con plumas. Las marcas como volutas que fluyen entre los dos hombres en primer

término significan el habla. Representados por cabezas e identificados por glifos tribales, otros indios ocupan la cueva. La figura vestida como un coyote en la parte superior derecha enciende un fuego ceremonial, una señal de que grandes cosas están a punto de ocurrir.

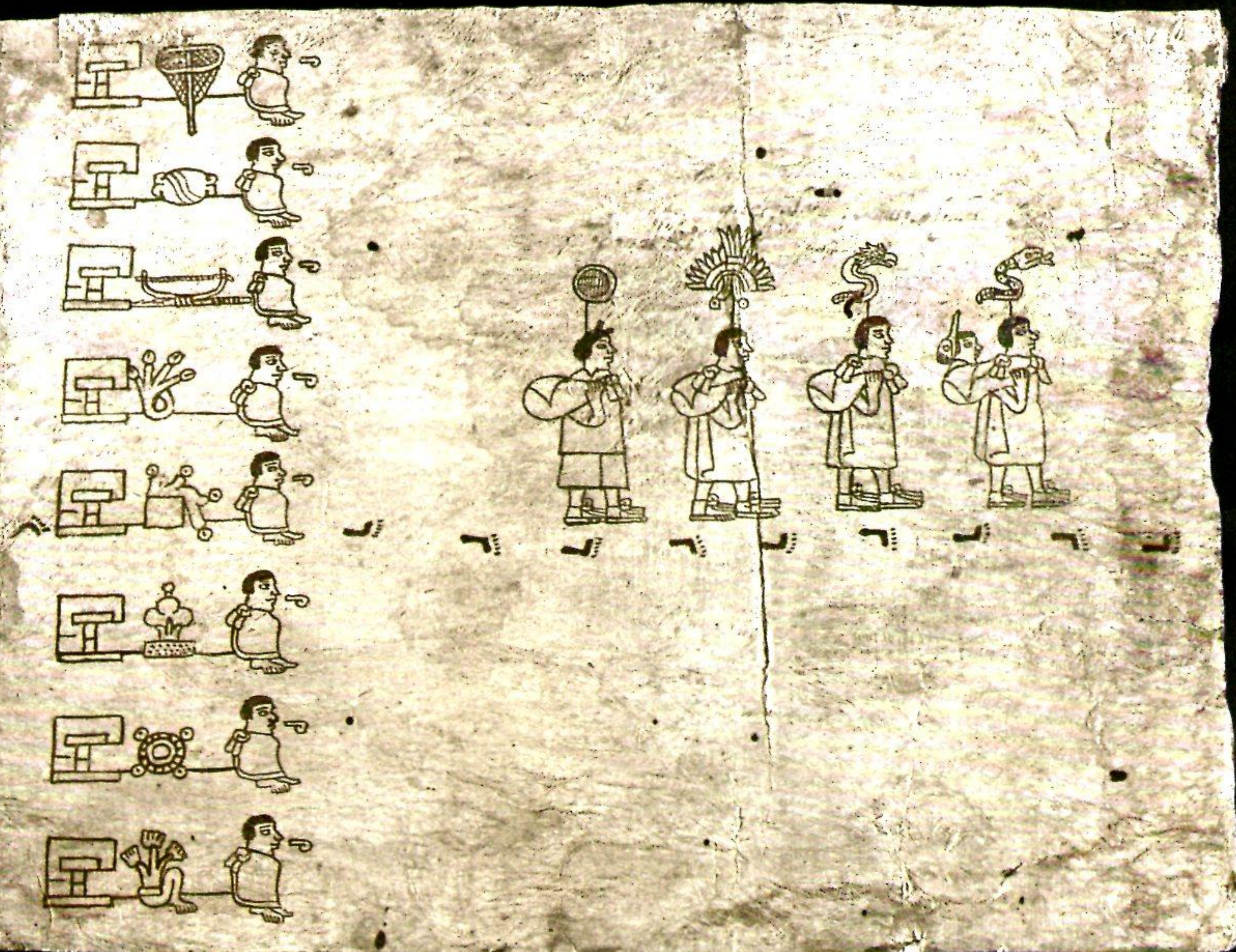


HACIA LA TIERRA PROMETIDA

Al contar la historia de sus inicios, a los aztecas les gustaba recrearse en la pureza y santidad de sus antepasados. En esta versión de la crónica, registrada en una tira de papel de corteza de higuera de casi 5 metros de largo llamada el Códice Boturini, los primeros antepasados aztecas se muestran llevando una existencia modesta y devota en una isla en medio de un lago, presumiblemente Aztlan, el hogar tribal tradicional azteca del que deriva su nombre. Un templo pirámide rodea-

do por seis moradas estilizadas señala su poblado (*arriba, izquierda*). Dos miembros fundadores ocupan el patio del templo: un hombre sentado a la derecha, con el manto envuelto a su alrededor, y una sacerdotisa en la habitual postura arrodillada femenina. Un glifo detrás de su cabeza proporciona su nombre: Chimalma, o Escudo Sosegado.

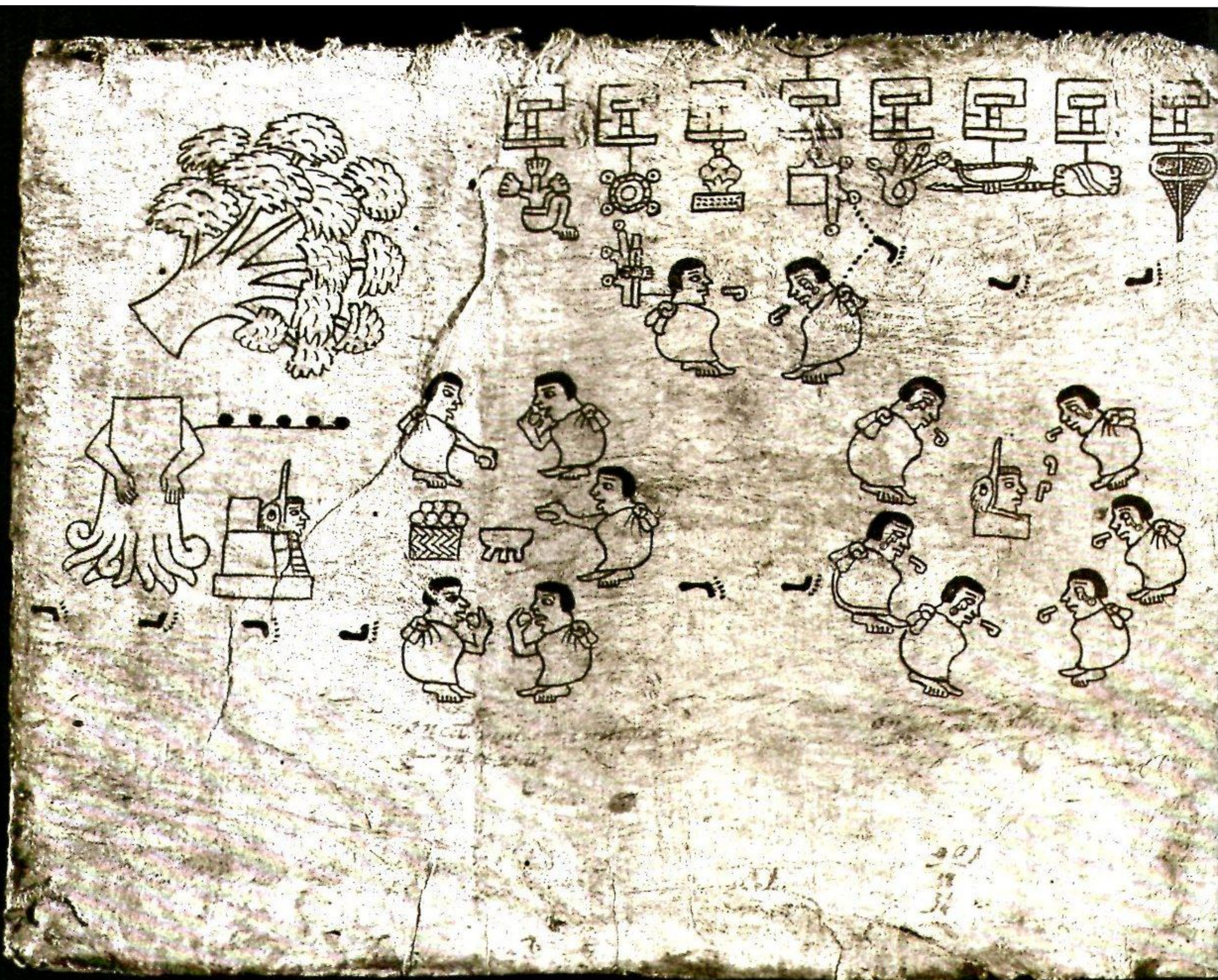
La migración empieza con un remar a través del lago el año 1 Cuchillo de Pedernal (correspondiente al



1116 d.C.), señalado por el glifo enmarcado en un cuadrado encima de las huellas de pisadas que marcan la migración. El primer alto es una visita al dios más importante del panteón azteca, Huitzilopochtli, resguardado en un emparrado de hojas dentro de Colhuacán, la «montaña curvada». El dios, cuyo nombre significa «colibrí izquierdo», mira hacia fuera desde el estilizado pico de un colibrí. Habla, como queda indicado por los rasgos ondulados que flotan sobre su cabeza, ordenando a los emigrantes que sigan adelante. Y así lo hacen, junto con otras ocho tribus, cada una de

las cuales está representada por una figura masculina vista frente a una casa e identificada por un glifo tribal (*arriba*). El glifo superior, por ejemplo, muestra una red de pesca, porque la tribu era conocida como el Pueblo de la Red, los matlatzinca.

Encabezando el viaje hay cuatro *teomama*, o portadores del dios, notables por su piedad. Las efigies de las deidades están contenidas en hatos sagrados que llevan a su espalda. Tezcacoatl, Serpiente Espejo, avanza por delante de la procesión con la preciosa imagen de Huitzilopochtli, mientras Escudo Sosegado cierra la marcha.



No muy avanzado el viaje, los nómadas llegan a una región de idílica belleza y fertilidad, a la que da sombra un enorme árbol antropomorfizado. Erigen un altar dedicado a Huitzilopochtli y lo celebran con un festín. Entonces golpea la desgracia: Mientras están sentados comiendo, el árbol se parte en dos (*arriba*), un presagio del peor tipo imaginable, asociado en la leyenda azteca con la pérdida del paraíso.

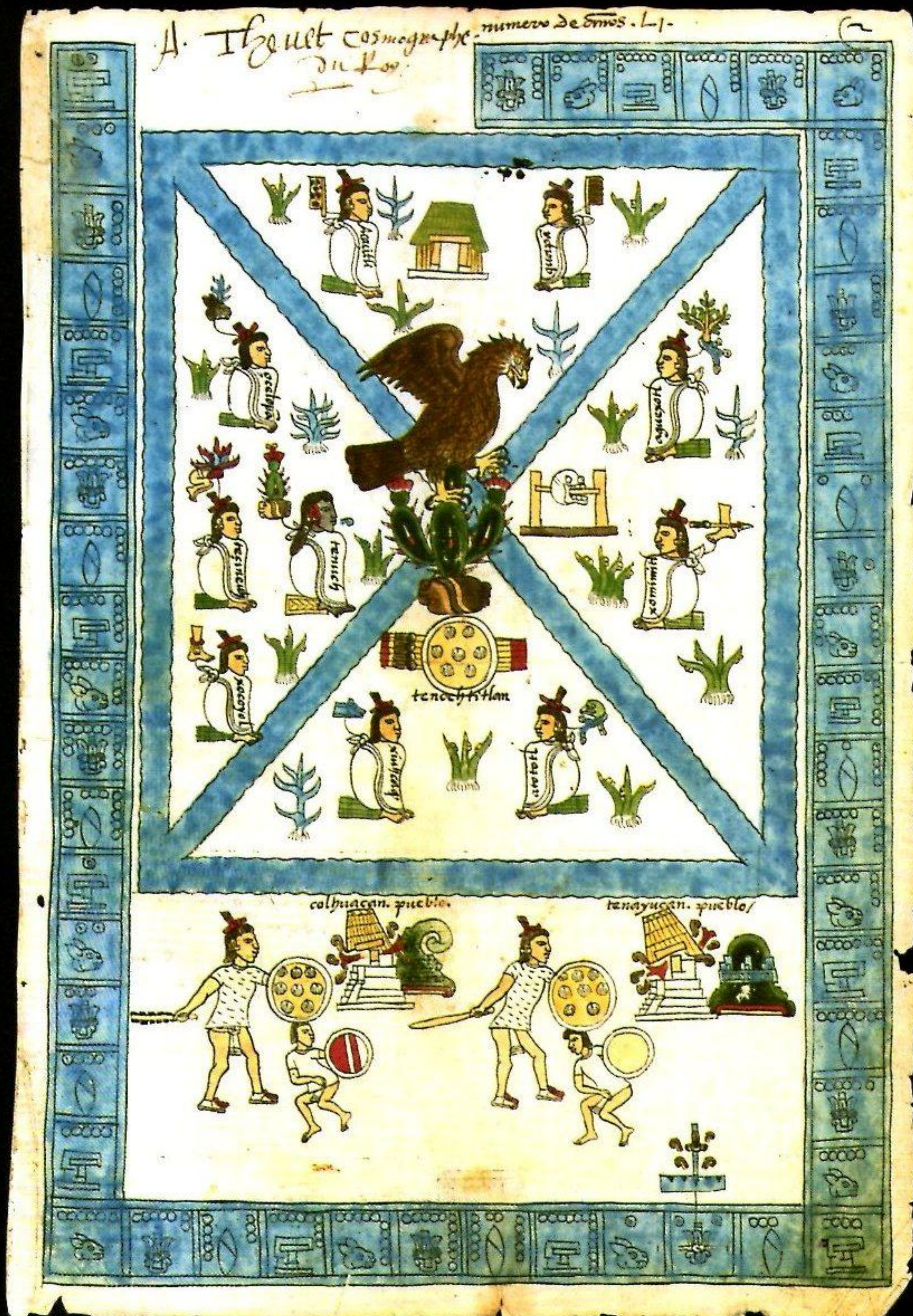
El conocimiento del acontecimiento que causó que el árbol se partiera se ha perdido en el tiempo. Sin duda un narrador azteca, interpretando el código para

su audiencia, debió llenar los detalles de memoria. En cualquier caso, el resultado queda gráficamente claro. Huitzilopochtli exhorta a los hombres de la tribu reunidos en un círculo a seguir adelante. Lloran ante el pensamiento de dejar atrás a las otras ocho tribus.

Los emigrantes inician la marcha, siguiendo a los portadores del dios y deteniéndose de tanto en tanto a lo largo del camino para cazar y para sacrificar a las víctimas capturadas en las escaramuzas. Su viaje proseguirá durante varias generaciones; el código completo muestra 22 paradas sucesivas. Finalmente los nómadas



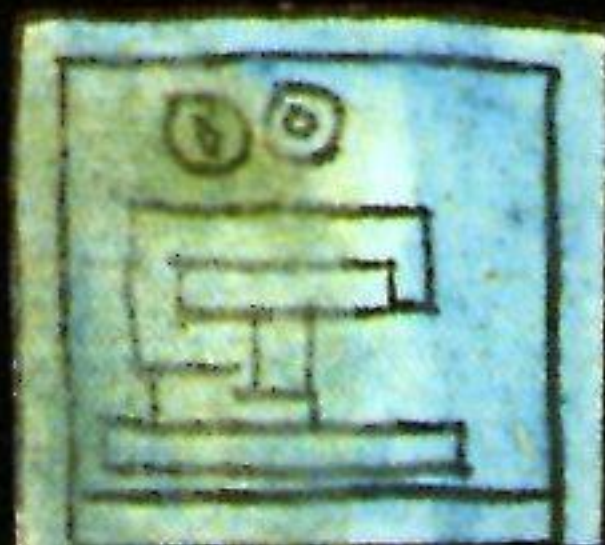
alcanzan las orillas del lago Tetzco. Se asientan en Chapultepec —«colina de la langosta»—, en la orilla oeste del lago, donde un manantial de agua dulce (*derecha*) brota del lecho de la roca. Y allá permanecerán, hasta ser desalojados por los conflictos intertribales que trastornan perpetuamente su segunda tierra prometida.



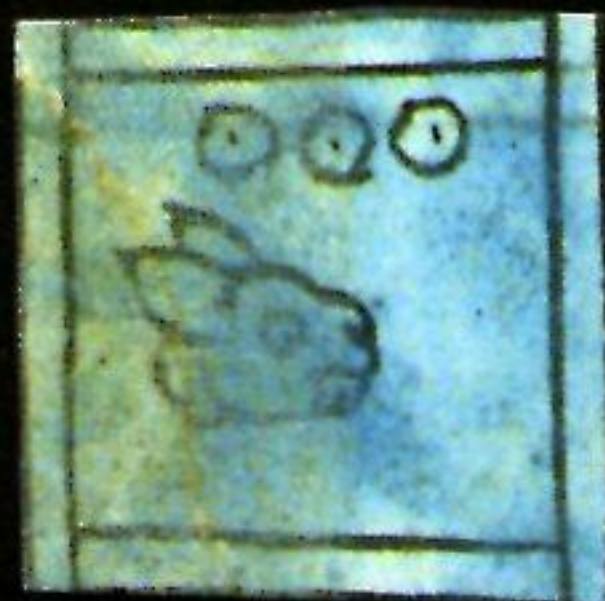
La ascensión de Tenochtitlán, en una simbólica vista general, adorna el frontispicio del Código Mendoza. Los padres fundadores rinden homenaje al emblema coronado por el águila de la ciudad, situado encima del escudo heráldico azteca. Las bandas azules cruzadas representan

los canales que dividían la ciudad en cuadrantes. En el panel del fondo, unos templos ardiendo señalan dos victorias anteriores sobre ciudades-estado rivales, Colhuacán y Tenayuca, conseguidas cuando los aztecas servían como mercenarios de los tepanecs.

LOS INICIOS DEL IMPERIO EN TENOCHTITLÁN



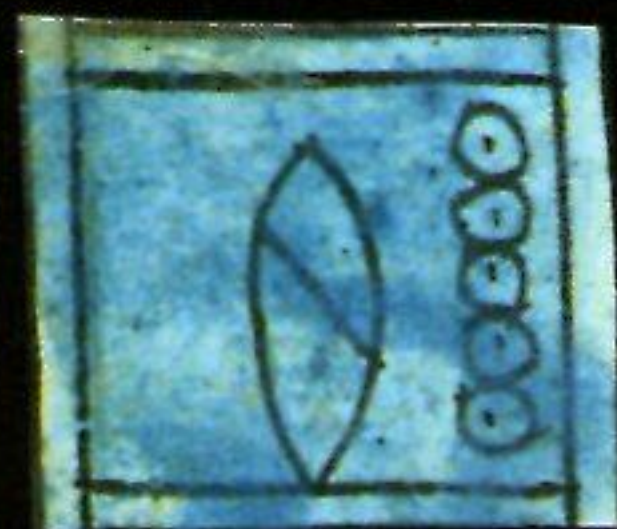
Dos Casa, marcado por dos puntos, es el año de fundación de Tenochtitlán, el 1325 d.C.



Tres Conejo representa el segundo año de la ciudad y está marcado con tres puntos.



Cuatro Caña representa el tercer año de Tenochtitlán, indicado por cuatro puntos.



Cinco Cuchillo de Pedernal, el cuarto año de la existencia de la ciudad isla, tiene cinco puntos.

En su nuevo hogar de Chapultepec, los aztecas se convierten en vasallos de los colhuacanos y les sirven como mercenarios. Pero, empezando a resentirse de su *status* y cada vez más poderosos, provocan las iras de los líderes colhuacanos. Obligados a huir para salvar sus vidas, desaparecen en los pantanos del lago Tetzaco. En este empapado lugar fundan su ciudad imperial, Tenochtitlán, en el lugar predicho por Huitzilopochtli: una roca de la que brotaba un cactus, con un águila perchada entre las espinas. De ahí el nombre de la ciudad: Tenochtitlán, o «lugar del nopal», y también su emblema imperial. (La misma configuración aparece en la bandera del moderno México, sólo que hoy una serpiente cuelga del pico del ave.)

El águila y el cactus blasonan también el frontispicio del Código Mendoza (*página opuesta*). Este documento, situado entre los más magníficos de todos los códigos supervivientes, relata la historia azteca año tras año en 16 brillantemente detalladas páginas, desde la concepción de la ciudad en 1325 hasta la época de la conquista española. Encargado probablemente por el primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, del que recibe el nombre, es la crónica del reinado de cada soberano azteca, empezando con el fundador tradicional de la ciudad, el sacerdote Tenoch, y los nueve líderes de los aztecas, y terminando con Motecuhzoma II. Cada fecha, lugar y personaje está cuidadosamente registrado, cada conquista orgullosamente señalada. En beneficio de los lectores españoles del código, la historia estaba comentada en español directamente en las páginas.

Rodeando el borde del frontispicio se hallan los glifos de los años del calendario. Los cuatro signos que se muestran ampliados a la izquierda eran básicos al sistema y se repetían en secuencia cada cuatro años, con los puntos del 1 al 13 representando los años reales. Cada 52 años cambiaba un «siglo». El primer año del nuevo siglo era siempre designado 2 Caña. Era anunciado con la extinción de los viejos fuegos ceremoniales y el encendido de otros nuevos, representado por el dispositivo de encender fuego que puede verse opuesto al glifo al final de la página, tercer símbolo desde la derecha.



Un glifo con una piedra y cactus significa Tenoch, el principal fundador de la capital.



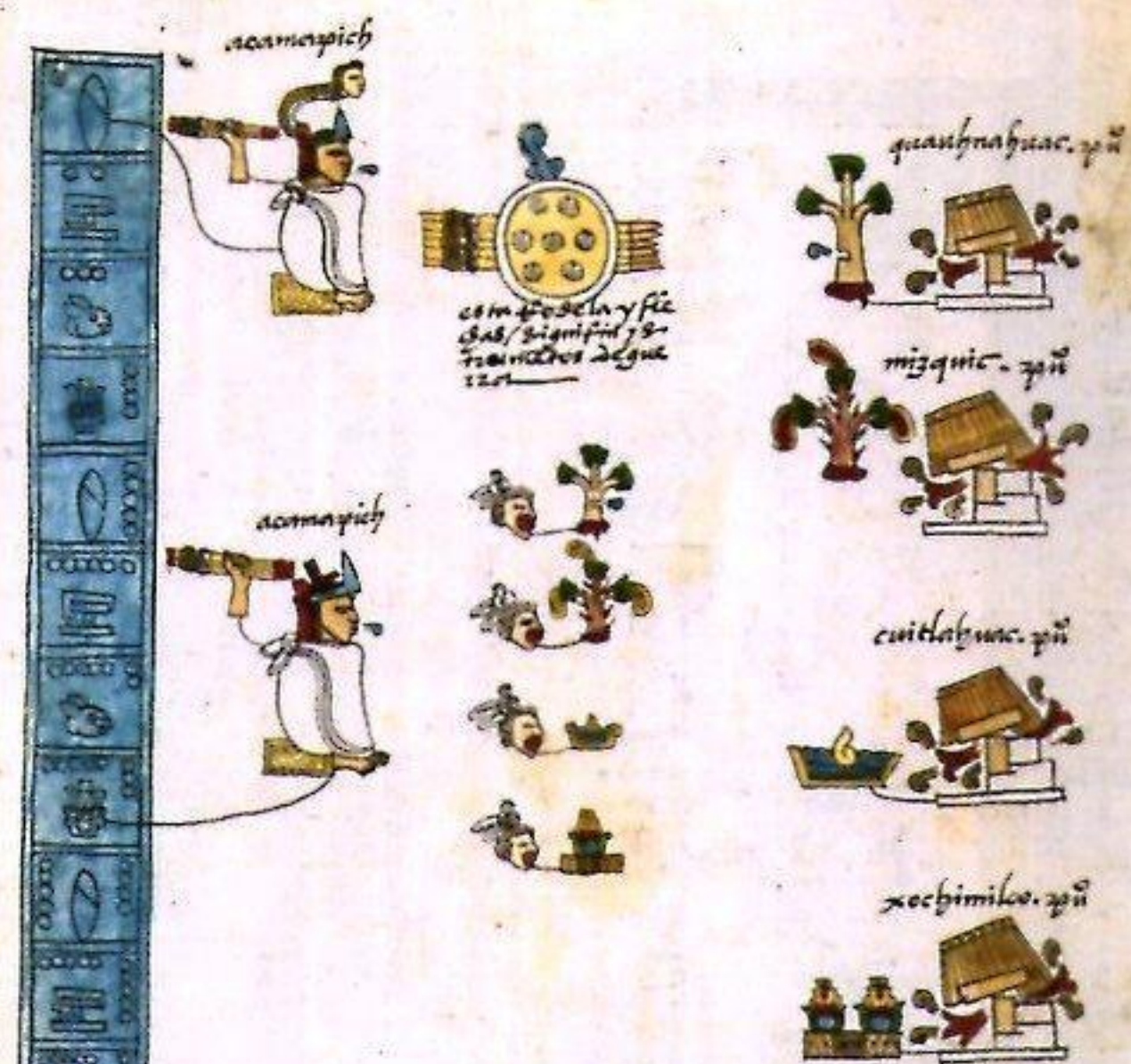
Un fajo de lanzas y un escudo con mechones de plumón de águila significan el poder azteca.



Un templo ardiendo en ruinas es el glifo para conquista.



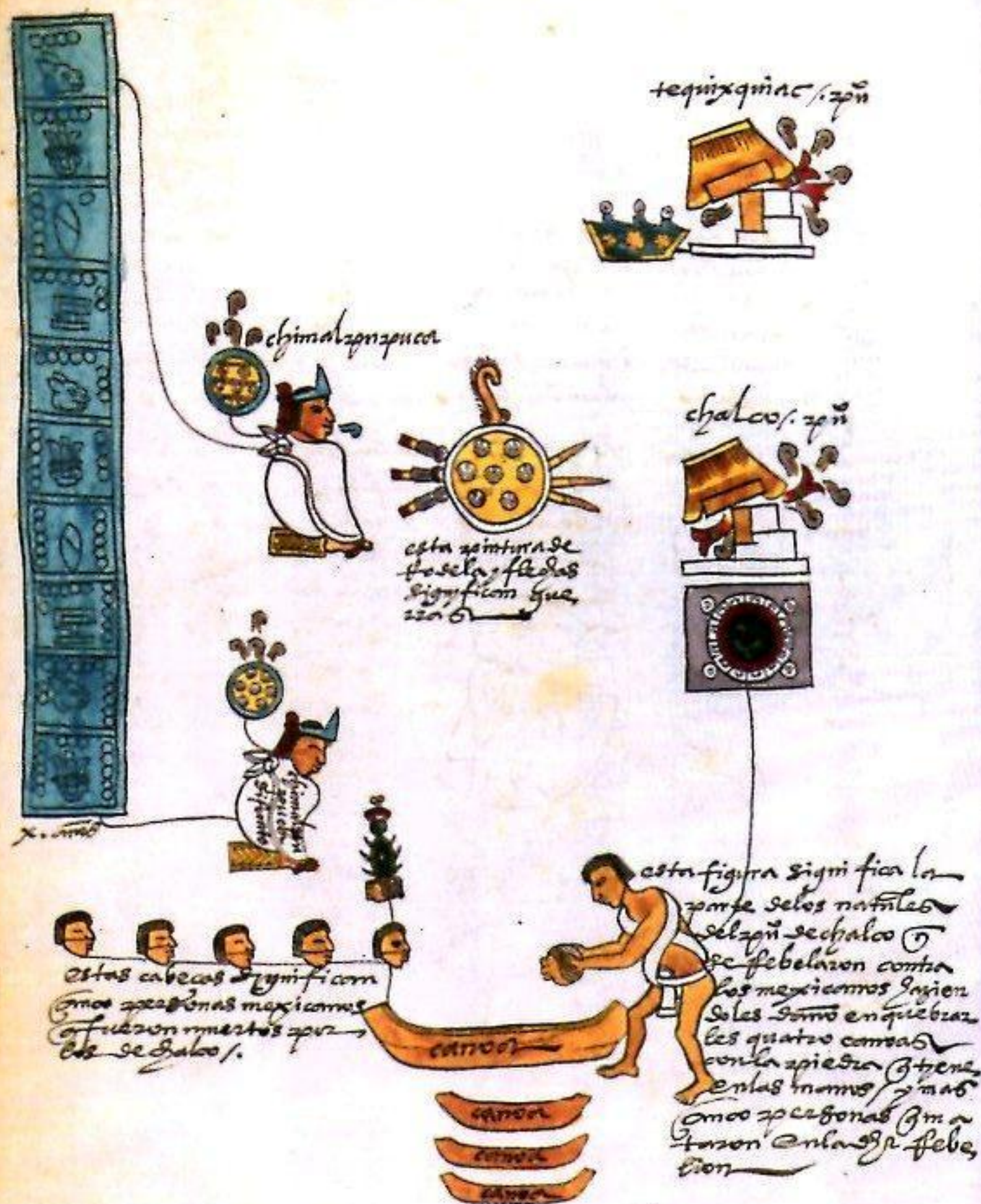
Una montaña amurallada identifica la ciudad de Tenayuca, el «lugar con murallas».



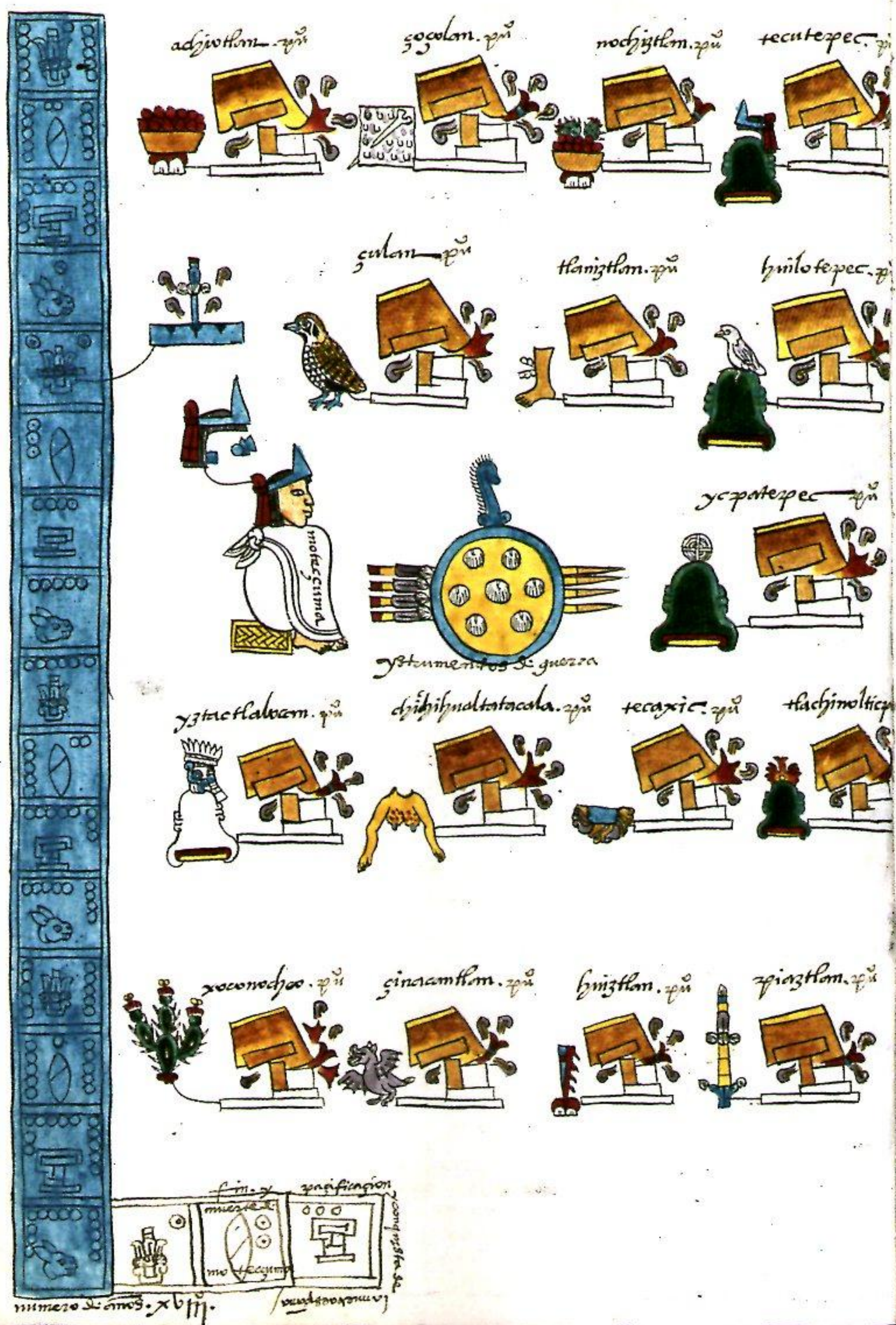
los quatro *zōn* figurados en esta plana e pñti-
son los que conquistó por fuerza de armas / acen-
durante el tiempo que fue señor de México /
las quatro cabeças a fñba contenidas e figuradas s-
los que combatiéron en las guerras selos quatro *zōn*
alos quales les cortaron las cabeças /

numero de años .xxxj.

Esta página, la historia en una cáscara de nuez,
sigue la carrera del primer monarca hereditario de
los aztecas, que se convirtió en soberano en 1376 y
reinó durante 21 años, como revelan los glifos de
fechas de los márgenes. Su nombre, Acamapichtli
—Mano que Aferra las varas-flecha— es
representado por su glifo personal, que puede verse
detrás de su cabeza. Durante su reinado capturó
cuatro ciudades, simbolizadas por las cabezas de
sus gobernantes. Su última conquista —Xochimilco,
o Flores sobre Suelo Arable— pagó un rico tributo.



Aquí se traza el turbulento reinado del tercer
monarca de Tenochtitlán, Chimalpopoca, o Escudo
Humeante, que se vio ensombrecido por la derrota.
Durante su asalto a un lugar llamado Chalco, los
defensores hundieron cuatro canoas de guerra aztecas;
también mataron a numerosos guerreros aztecas,
como queda representado por las cinco cabezas
seccionadas. Chimalpopoca, que fue ejecutado por los
tepanecs, se muestra vivo, con el cuerpo desplomado
hacia delante, la voz acallada. Su muerte condujo a
los aztecas a revolverse contra sus amos.



Una página con un poco glorioso final para los aztecas examina el reinado de Motecuhzoma II, que consiguió impresionantes victorias, como corresponde a su nombre, Señor Furioso. Sus triunfos le proporcionaron no sólo mucho tributo sino también muchos cautivos para el

sacrificio en los altares de Tenochtitlán. El trío de glifos de años añadido al fondo de la página fecha la llegada de los españoles a México, la muerte de Motecuhzoma y la fundación de Nueva España sobre las ruinas del imperio azteca.



UN PUEBLO EN BUSCA DE UN PASADO

Los habitantes de Coatlinchán, cerca de la inmensa ciudad fantasma de Teotihuacán, se sentían perturbados. Los diseñadores del Museo Nacional de Antropología de Ciudad de México habían decidido en 1964 adornar la entrada del museo con una talla monumental que se creía que representaba a Tlaloc, el dios de la lluvia. La enorme estatua estaba tendida de lado, exactamente tal como sus escultores la habían dejado hacía más de mil años. Si el dios era movido, las lluvias, y en consecuencia la vida en sí, podían cesar.

Hasta que los funcionarios del gobierno no prometieron hacer llover sobre Coatlinchán toda una variedad de beneficiosas obras públicas no se sintieron tranquilos sus habitantes. Un remolque especial con docenas de neumáticos de caucho fue traído desde Texas para transportar el ídolo de basalto de 168 toneladas. En un último y desesperado intento por mantener a su dios de la lluvia allá en casa, los alarmados habitantes sabotearon el vehículo. Al final, sin embargo, prevaleció la autoridad secular, y la estatua fue llevada a su lugar de honor en Ciudad de México. Miles de personas se alinearon a los lados de la carretera para contemplar la gran imagen de piedra de la más antigua divinidad prehistórica de México pasar junto a ellos.

Y entonces ocurrió algo notable. *Diluvio*. Aunque las estaciones húmeda y seca se hallan bien definidas en el valle de México, y todo el mundo sabía que no era la época del año para las lluvias, el agua cayó a torrentes a lo largo de toda la ruta. No fue sólo un aguacero repentino:

Elaborada con arcilla y fragmentos de madreperla por un artesano indio tolteca del siglo X, una barbuda cabeza atisba desde las fauces de un coyote. Obras como ésta convencieron a los aztecas de que los toltecas, cuya herencia reclamaron para ellos, habían sido unos artesanos divinos.

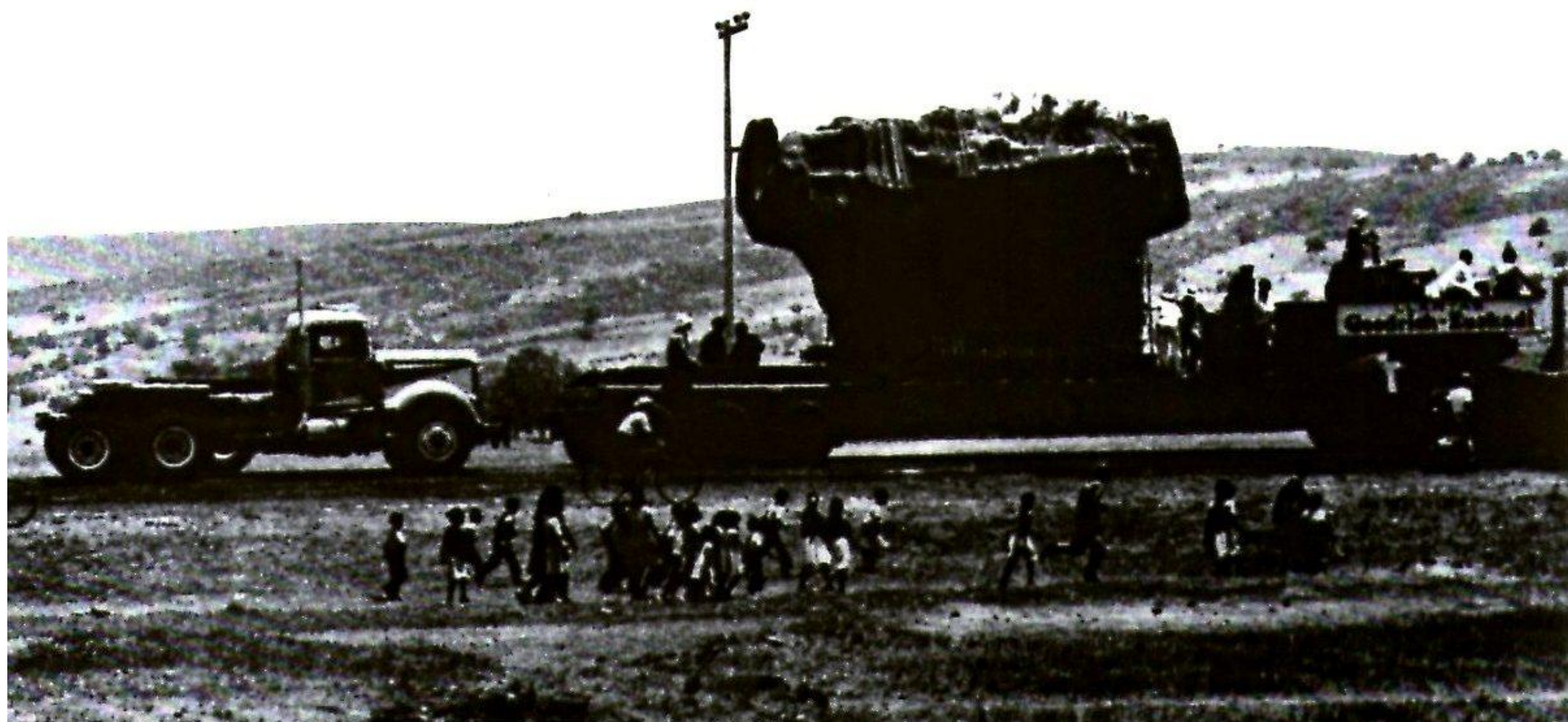
En claro desafío al calendario, la lluvia prosiguió durante toda la noche. «La gente bromeaba sobre la coincidencia —recordó el escritor mexicano Víctor Alba—, pero más tarde, mientras Tlaloc era colocado en su lugar en el jardín del museo, siguió lloviendo cada vez que era movido, y los mexicanos empezaron a sentir un asombro no lejano a la supersticiosa maravilla.»

Afortunadamente, los años posteriores no han traído una sequía desacostumbrada a Coatlinchán, y sus habitantes han recibido las recompensas que el gobierno les prometió: una escuela, una clínica, una nueva carretera y energía eléctrica. La historia del viaje de la estatua empapado por la lluvia, sin embargo, sobrevive, como algo más que una entretenida anécdota debido a lo que sugiere acerca del pueblo mexicano y su herencia.

En México, las antiguas raíces y antecedentes todavía importan; aunque el país es católico romano, los recuerdos paganos se entrelazan en sus creencias. Pocos, si alguno, de los maravillados espectadores que acudieron a ver a Tlaloc lo consideraban realmente sagrado, pero a sus ojos poseía un complejo significado emocional mucho más allá del de un antiguo trozo de roca tallada. Es especialmente irónico considerar que es posible que la figura con faldellín no sea Tlaloc después de todo, como los estudiosos tienen razones para creer en la actualidad, sino su hermana u otra deidad femenina. Lo importante es que los habitantes del pueblo no tenían la menor duda de que se trataba de Tlaloc.

Tlaloc no era originalmente un dios azteca, sino más bien uno de las docenas de dioses que los aztecas adoptaron de culturas anteriores. Este préstamo cultural generalizado no preocupaba a los aztecas, como tampoco molestaba a los mexicanos modernos en su profunda y sentimental

Los habitantes de Coatlinchán corren junto a la carretera en las afueras de su ciudad en abril de 1964 mientras la supuesta efigie del dios de la lluvia, Tlaloc, inicia su viaje de 50 kilómetros hasta el Museo de Antropología en Ciudad de México. El ídolo de 168 toneladas fue retirado del lecho de un arroyo cercano, donde había permanecido sin que nadie lo molestara durante más de mil años.



identificación con las civilizaciones que gobernaron su territorio antes de la llegada de los españoles. Los aztecas crearon fabulosos mitos sobre sus precursores, y sus descendientes tienden a aceptarlos en su totalidad, pese a lo que los arqueólogos puedan decirles de lo contrario.

La ascensión de los nómadas aztecas al poder en el valle de México les dejó con la necesidad de establecer no sólo una ascendencia noble sino también el imprimátur del destino. Otras tribus se mostraron difícilmente impresionadas con la reclamación de estos miserables vagabundos de ser los gobernantes elegidos del valle y su gente. Después de todo, menos de 200 años antes de que los conquistadores avanzaran con sus pisoteantes caballos y sus rugientes cañones, los polvorientos aztecas devoradores de serpientes vivían en chozas de barro sobre una isla poco atractiva en el lago Tetzoco. Entre los más de 50 grupos indios que contendían por la dominación de la zona en el siglo XIII, los aztecas destacaban sólo por su talento para la mutilación y la carnicería..., y por ello eran contratados a menudo como mercenarios.

Desesperados por la legitimación, los aztecas se dedicaron con obcecado fervor a establecerse una. Quizás su acción más espectacular fue importar un prolífico semental con un buen pedigrí. Trajeron a un príncipe colhuacano que afirmaba descender de los reputadamente nobles toltecas, y arreglaron las cosas de modo que se casara con no menos de 20 mujeres aztecas, que presumiblemente le proporcionarían numerosos hijos de sangre azul. La aristocracia al mando. Funcionó. Itzcoatl, uno de los hijos del príncipe, condujo a sus hombres a una importante batalla y trajo de vuelta a casa mucho botín y un gran número de cautivos. No contento con crear un nuevo ethos nacional, Itzcoatl se dedicó a anular el viejo. Destruyó los registros tribales que podían haber arrojado dudas sobre la nobleza del pasado de los aztecas y el preordenado brillo divino de su futuro. De allí emergió una nueva, gloriosa y completamente sesgada historia.

Itzcoatl y su sucesor, el primer Motecuhzoma, alistaron toda una serie de aliados y se expandieron violenta y espectacularmente por todo el valle. El tributo resultante, extraído de los pueblos conquistados, formó la base de la inexpresablemente opulenta ciudad de Tenochtitlán. Pero por mucho que gobernaran sobre las vidas y fortunas de los conquistados, los aztecas no podían borrar la verdad de sus abyectos inicios. Los pueblos súbditos debieron de darse cuenta de que el hecho de alquilar las habilidades marciales de los aztecas había proporcionado a los ambiciosos mercenarios los medios necesarios para trepar. Los antiguos señores, ahora vasallos, habían apretado la víbora azteca contra sus pechos. Sus colmillos se clavaron directamente en sus corazones.



Según los códices de los propios aztecas, su migración se inició hacia el año 1100 d.C., desde una tierra natal original llamada Aztlan, «lugar de las garzas». Nada se sabe de la auténtica situación de Aztlan excepto que se halla al noroeste de Ciudad de México; quizás esté tan lejos como el suroeste de los Estados Unidos, quizá tan cerca como 100 kilómetros de Tenochtitlán, su capital.

Difícilmente puede imaginarse un grupo menos prometedor de emigrantes. Guiados por Huitzilopochtli, una feroz deidad que con el transcurso del tiempo evolucionó de un dios de la tierra y de la fertilidad a un símbolo del militarismo y el imperialismo asociado con el sol, comieron sabandijas, robaron mujeres y tomaron cautivos para sus sacrificios humanos con los que aplacar a su dios. El sol no volvería a alzarse, creían, a menos que Huitzilopochtli fuera alimentado con los corazones arrancados de los cuerpos de hombres vivos.

El vagar de los aztecas llegaría a su fin, declaró su dios a través de las bocas de sus sacerdotes, sólo cuando llegaran al lugar que habían elegido al principio de los tiempos para que fuera su capital. Según una crónica azteca, reconocerían este lugar por un signo: allá donde el águila

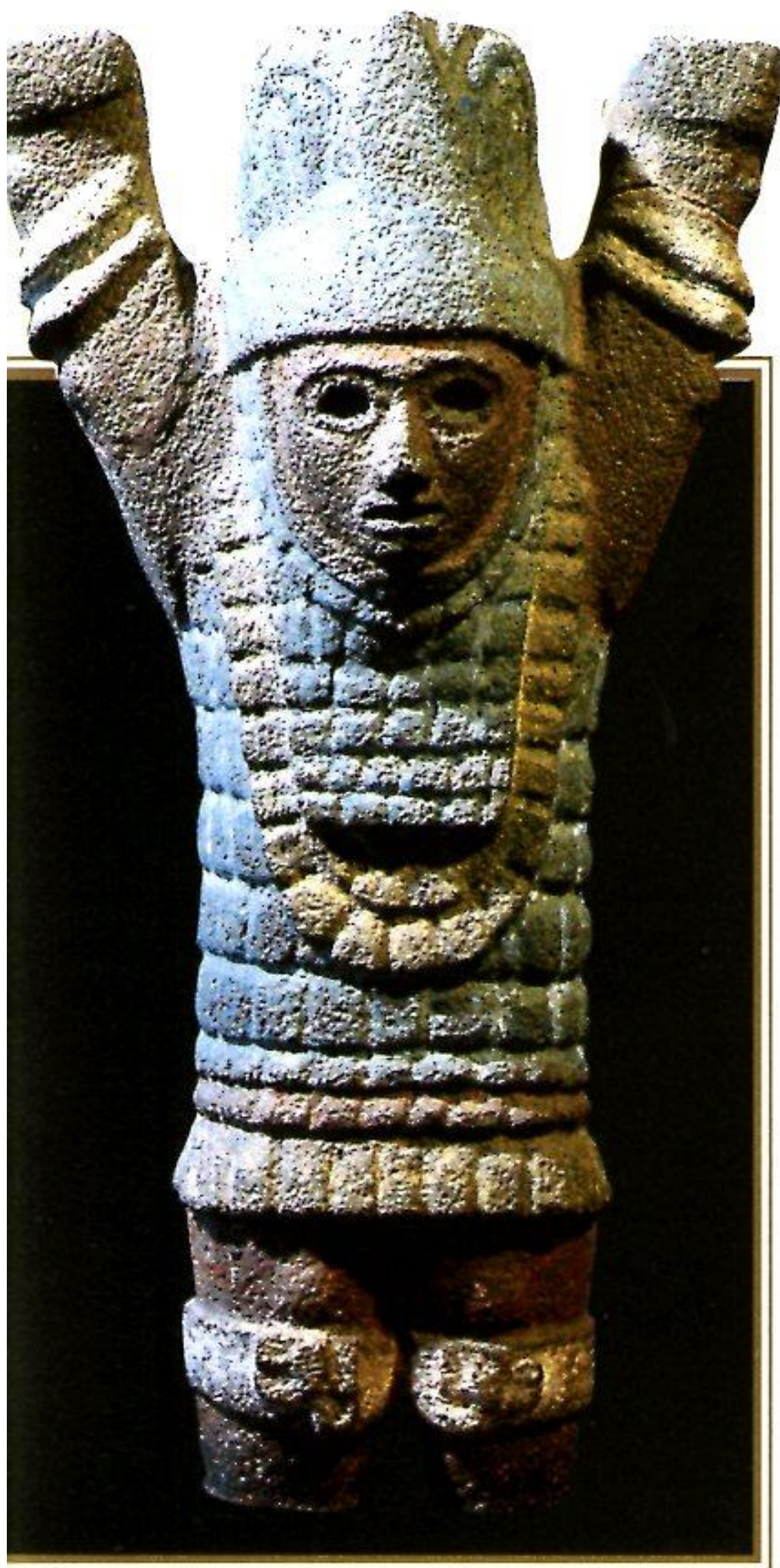


EL SEVERO ARTE DE UN PUEBLO MILITARISTA

Tomando la pauta de los aztecas, que se apropiaron de la herencia de sus predecesores, los toltecas, el fraile español Sahagún alabó a los toltecas como los artesanos maestros de Mesoamérica. «Todo lo que existe ahora es descubrimiento suyo», escribió. Sin embargo, en su mayor parte, este pueblo militarista no exhibió ni las habilidades artísticas ni las sensibilidades estéticas de sus propios predecesores, los olmecas y los teotihuacanos. Pero aunque el arte tolteca es a menudo tosco y se basa en temas belicosos, las cualidades ejemplificadas en el guerrero de piedra de noventa

centímetros de alto de la derecha, también incluye piezas de cerámica bien acabadas. Entre ellas están el pectoral de una serpiente enrollada de abajo y la efigie animal de la izquierda, que combina características humanas y sobrenaturales.





en reposo «chilla y extiende sus alas y come, y la serpiente es despedazada».

Allá donde iban los aztecas, eran rechazados como viles y bárbaros por los sedentarios pueblos que encontraban. En 1168 habían alcanzado el valle de México y se habían demorado en sus límites. Temidos por todos, iban de lugar en lugar. Dos veces en 20 años ocuparon las estratégicas alturas de Chapultepec, al lado del lago Tetzaco, y dos veces sus indignados vecinos los echaron.

En 1319, cansados y desanimados, cada vez al parecer más lejos que nunca de la promesa de Huitzilopochtli de riquezas y supremacía, se rezagaron en el noble Colhuacán y buscaron asilo. Los colhua, necesitados de mercenarios y muy conscientes del talento de sus no invitados huéspedes para las carnicerías, decidieron mantener a los aztecas útilmente a mano. Con lo que seguramente debió de ser una risita cruel, ofrecieron a los rudos suplicantes refugio en un lugar cercano llamado Tizapán, un lugar desnudo formado por rocas volcánicas e infestado de serpientes. Ante su sorpresa, los aztecas no sólo sobrevivieron, sino que también medraron. Tal como lo describe una crónica, «se regocijaron enormemente tan pronto como vieron las serpientes, y las asaron y cocinaron y las comieron». Impresionado por esta adaptabilidad, Achitometl, el soberano de Colhuacán, y otros líderes los pusieron a trabajar como guerreros, y así los aztecas se ganaron la confianza de sus anfitriones.

Pero pronto Huitzilopochtli apareció entre ellos y les dijo: «Oídmme, no nos quedaremos aquí sino que iremos allá donde hallemos a aquellos a los que debemos capturar y dominar. Pero no cometeremos el error de ser amables con los colhuacanos. Iniciaremos una guerra. Ordeno esto: Id y pedidle a Achitometl su descendencia, su hija virgen, su muy adorada hija; sé que os la dará».

Los aztecas fueron al soberano tal como se les había ordenado y le pidieron su hija para que fuera la esposa de su dios. Consintió, y la tomaron y la llevaron a Tizapán, donde Huitzilopochtli se les apareció de nuevo y les dijo: «Matad y despellejad a la hija de Achitometl, os lo ordeno, y cuando la hayáis despellejado, vestid a algún sacerdote con su piel. Luego llamad a Achitometl».

Así lo hicieron, y Achitometl aceptó su invitación de asistir a la consagración de su hija como una diosa. Al entrar en el oscurecido templo, depositó regalos de sangre y flores a los pies del ídolo del lugar. Luego ofreció incienso. «Éste empezó a arder —según las crónicas—, y la estancia se iluminó con el fuego. Así el rey vio de pronto al sacerdote que estaba sentado al lado del ídolo, y vio que iba vestido con la piel de su hija. El rey se sintió lleno de un salvaje terror.»

Furiosos, los colhua expulsaron a los aztecas a los pantanos del lago Tetzaco. Uno puede imaginarlos avanzando sin rumbo a través del sa-

turado terreno, amargados y confusos, conducidos hasta aquella desesperada desolación por las escurridizas promesas de su dios. Y entonces, en una isla baja rodeada por cañaverales, vieron a un águila posada sobre un nopal. Mientras observaban, el águila abrió sus alas y lanzó un grito de triunfo, el signo dado por el dios. Su viaje había terminado, y su sangrienta expansión por todo el valle de México estaba a punto de empezar. Construirían un imperio basado principalmente en su entusiasta dedicación a la guerra.

Los inventivos aztecas, ricos de pronto y ascendiendo con rapidez, satisficieron en parte su anhelo de legitimidad asociándose con pueblos del pasado. Fueron los más recientes toltecas los que más les impresionaron con sus supuestos logros, y a quienes buscaron emular. Poco importó que los aztecas los interpretaran absolutamente mal; sólo en los años recientes ha revelado la arqueología hasta qué grado los admiradores de los toltecas estuvieron mal informados respecto a ellos.

Más atrás en el tiempo estaban los constructores de Teotihuacán, de los que se sabía tan poco que los aztecas podían hacer con ellos todo lo que quisieran, sin que nadie tuviera nada que decir al respecto. En cualquier caso, estaban lo suficientemente maravillados por la ciudad en ruinas de los teotihuacanos —que había sido mayor y más magnífica aún que su propia capital de Tenochtitlán— como para creer que era el lugar de nacimiento de los dioses y celebrar regularmente en aquel sitio algunas de sus ceremonias religiosas. Allí también la verdad acerca del lugar y la gente que lo habitaba tendría que aguardar a que la arqueología derramara alguna luz sobre los teotihuacanos y sus realmente notables logros.

Más remotos aún en el tiempo eran los olmecas, las reliquias de cuyo glorioso pasado han sido excavadas en Tenochtitlán, evidencia de lo mucho que los advenedizos aztecas reverenciaban a ese misterioso pueblo de las tierras bajas costeras. Ciertamente los aztecas tenían una gran deuda con ellos: quizá sin siquiera saberlo, absorbieron de la herencia de los olmecas la base de su calendario, su sistema de glifos y su amor hacia la escultura y arquitectura monumentales.

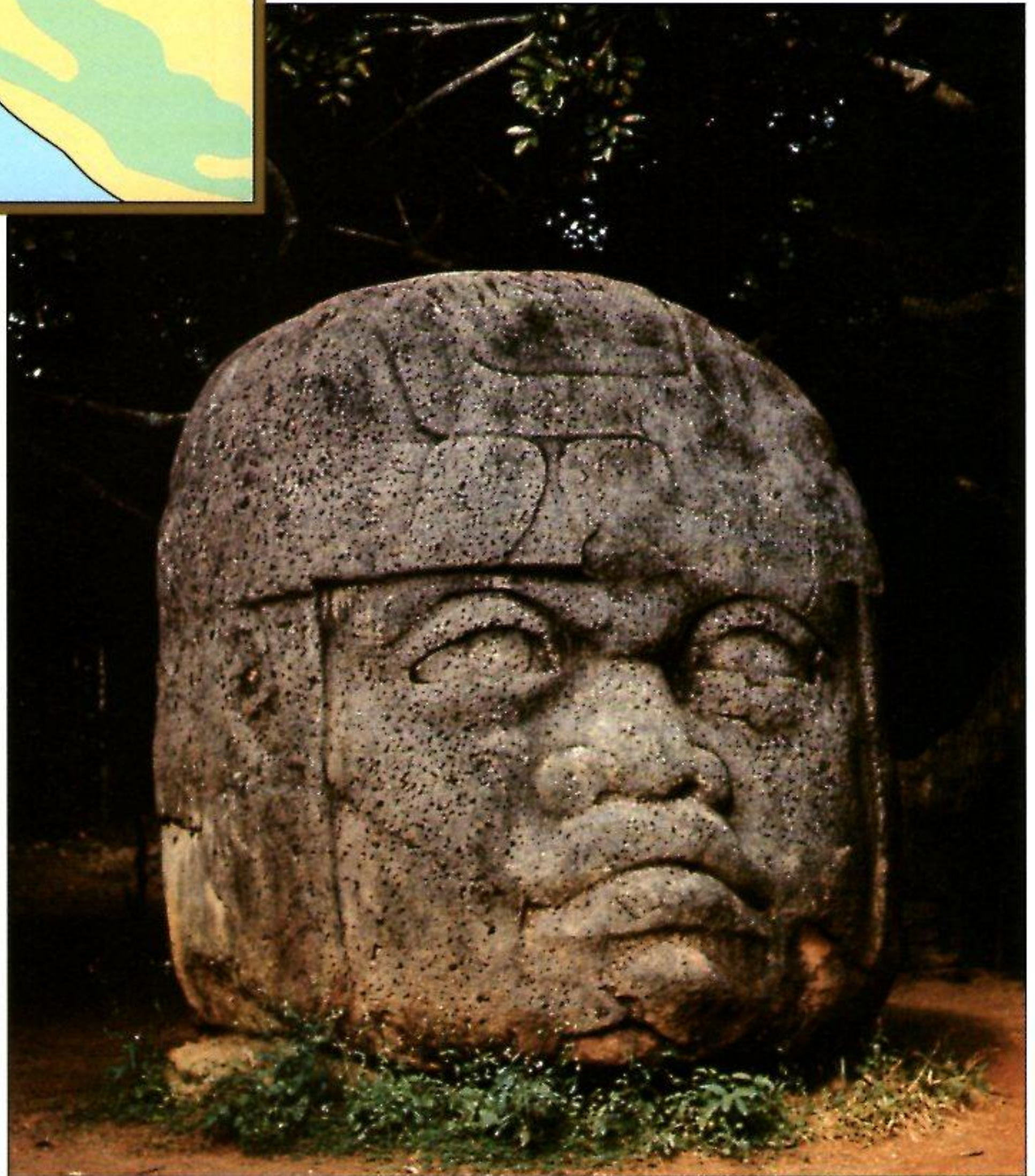
Los olmecas fueron un pueblo sorprendente, pero durante largo tiempo su papel seminal en el desarrollo de la cultura mesoamericana no fue reconocido. Los antropólogos creían que los mayas eran la cultura padre de las tierras bajas de la Costa del Golfo en los tiempos antiguos. La realización de que de hecho los olmecas les precedían llegaría de forma lenta y reluciente al mundo en general. La primera de las esculturas monumentales olmecas en ser descubiertas fue la cabeza puesta al descubierto en 1862 en Tres Zapotes, en la región al sureste de Veracruz. Los

trabajadores de la caña de azúcar que la encontraron enterrada en el suelo supusieron al principio que era una marmita de hierro invertida. Pero luego apareció el rostro: redondo, poderoso, con gruesos labios y nariz, se hizo evidente a todo el mundo que se trataba de una obra realmente

especial. Sin embargo, durante años, permaneció – junto con otros ejemplos artísticos olmecas– en una especie de vacío cultural. No fue hasta los años 1930 que los olmecas fueron reconocidos como la más antigua civilización mesoamericana. El momento de la verdad llegó el 6 de enero de 1939, cuando el arqueólogo norteamericano, Matthew W. Stirling, descubrió en Tres Zapotes una piedra tallada que llevaba una fecha tipo maya en un lado y ostenta-



La civilización olmeca floreció del 1200 al 400 a.C. en la húmeda y bochornosa llanura de la Costa del Golfo. Allí estaban los grandes centros de población de Tres Zapotes, San Lorenzo y La Venta, donde se halló esta cabeza de basalto de dos metros y medio de altura, que se cree que era el retrato de un rey.



LA BRILLANTE EFUSIÓN ESCULTÓRICA DE LOS OLMECAS

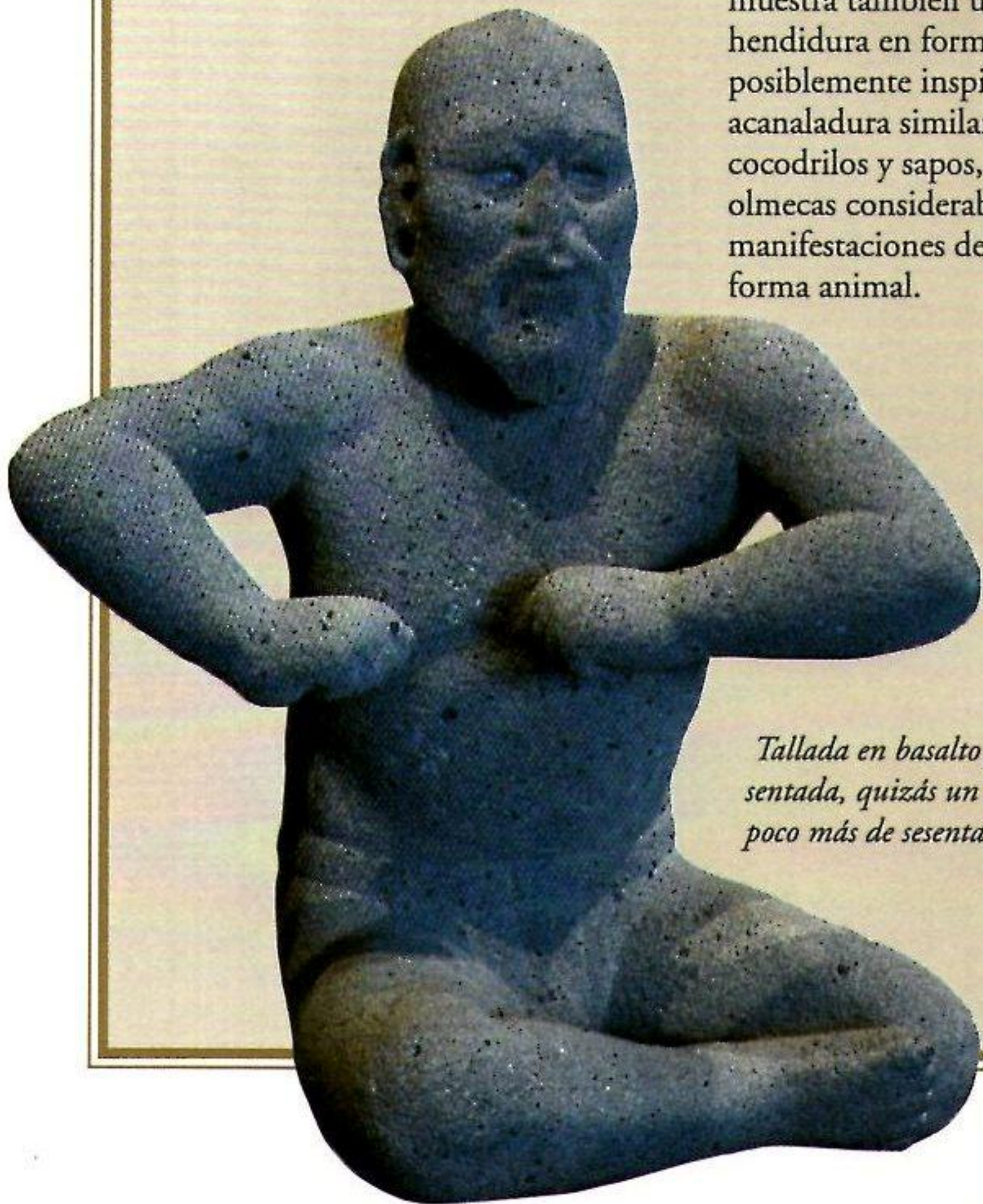
Fundadores de la primera civilización mesoamericana, los olmecas fueron también los primeros maestros escultores de México. Utilizando sólo las herramientas más simples, como azadas hechas de roca dura y taladros de bambú hueco, tallaron el basalto volcánico hasta formar enormes monumentos, entre ellos colosales cabezas y altares, y convirtieron la piedra incluso más resistente en altamente pulidas obras de arte en miniatura. De hecho, tan seguro era el dominio de los artistas olmecas sobre sus materiales que

incluso las obras más pequeñas, como la cabeza de azuela de arriba a la derecha, uno de los miles de estos objetos ceremoniales que han sobrevivido, refleja una sensación de monumentalidad.

Un rasgo que caracteriza buena parte de la escultura olmeca es el que los estudiosos califican como rostro de bebé de hombre jaguar, como el que puede verse en la hinchada figura de la derecha. Medio animal, medio humano, este tipo de rostro sugiere la relación espiritual olmeca con el jaguar, el señor de la jungla. En muchas de tales piezas la cabeza muestra también una profunda hendidura en forma de V, posiblemente inspirada en una acanaladura similar hallada en cocodrilos y sapos, que al parecer los olmecas consideraban como manifestaciones de la madre tierra en forma animal.



El rostro de un hombre jaguar, una criatura de la mitología olmeca, decora una azuela de jade que era usada en rituales.



Tallada en basalto gris, esta figura sentada, quizás un luchador, mide un poco más de sesenta centímetros de alto.



Con su apariencia de bebé, esta figura hueca de cerámica tiene los rechonchos brazos comunes a muchas obras olmecas.

ba un rostro felino en el otro. Hubiera podido considerarse un hallazgo sin importancia de no haber estado datado el 31 a.C., lo cual lo hacía siglos más viejo que cualquier objeto maya conocido.

Con el descubrimiento de más y más objetos olmecas, surgió una persistente cuestión: ¿por qué tantos de ellos habían sido mutilados y enterrados? La respuesta obvia y mantenida durante mucho tiempo era que habían sido aplastados por invasores hostiles, o quizá por los propios olmecas en un esfuerzo desesperado por impedir su desecración a manos de sus enemigos. Sin embargo, en 1966, cuando otro arqueólogo norteamericano, Michael Coe, excavó un yacimiento olmeca en San Lorenzo, al sureste de Tres Zapotes, descubrió que las grandes esculturas de piedra que desenterró —cabezas, un hombre arrodillado, y una figura de jaguar— habían sido sistemáticamente mutiladas y luego enterradas a lo largo de ciertas alineaciones determinadas. La única explicación plausible, concluyó Coe, era que se había producido un deliberado entierro ritual de las esculturas, algo sólo posible como parte de una ceremonia formal y no una respuesta frenética a un ataque.

Muchos otros incitantes misterios asociados con los olmecas puede que se hallen más allá de toda posible resolución. Pero con su desaparición definitiva, que es en sí misma un misterio, otros pueblos surgieron al primer plano. Lentamente, durante los siglos posteriores al 1000 a.C., la creciente población del valle de México empezó a agruparse en Cuicuilco, en una zona que hoy se halla dentro de los límites urbanos de Ciudad de México, y en Teotihuacán, situada en un valle lateral menor a 53 kilómetros al noreste. Cuando las erupciones volcánicas destruyeron Cuicuilco, quedó despejado el camino para que Teotihuacán creciera sin ningún desafío. Y así lo hizo, expandiéndose firmemente desde el poblado original hasta una cuidadosamente planificada ciudad mayor en área que su poderosa contemporánea, la Roma imperial. En el año 500 d.C., Teotihuacán tenía una población de al menos 125.000 personas —quizás hasta 200.000—, y cubría más de 20 kilómetros cuadrados. En la escala de su concepción y la grandeza monumental de sus edificios, no existió nada como ella antes o después en el Nuevo Mundo precolombino. Pero por qué fue abandonada la ciudad y qué le ocurrió a su gente es un enigma tan grande como el destino de los olmecas.

Aunque Teotihuacán significa «ciudad de los dioses», el nombre no se corresponde a lo que ven los ojos. Es simplemente una etiqueta aplicada mucho después al lugar lleno de maleza por los admirados aztecas, que captaron que incluso entre la desolación de sus ruinas flotaba la presencia de lo divino, como si sólo los dioses pudieran haber mo-

rado en ella. Nadie sabe cómo se llamó Teotihuacán en sus días de gloria; nadie sabe tampoco cómo se hacían llamar a sí mismos los teotihuacanos. Hasta los últimos cien años no han conseguido los arqueólogos bosquejar, y sólo aproximadamente, los rasgos generales de su esplendor y su caída.

Los visitantes que efectuaron el viaje con mula desde Ciudad de México para inspeccionar el lugar en el siglo XIX hallaron un paisaje irregular salpicado con montículos de tierra, al mayor de los cuales, llamado la Pirámide del Sol, se ascendía a través de un sendero en zigzag que conducía a su cima a 60 metros de altura. Gigantescas plantas de maguey, algunas de hasta 6 metros de grosor, medraban entre la maraña de vegetación menor. Aquí y allá asomaban un ladrillo o una piedra, incitante evidencia de que algo monumental yacía allí debajo.

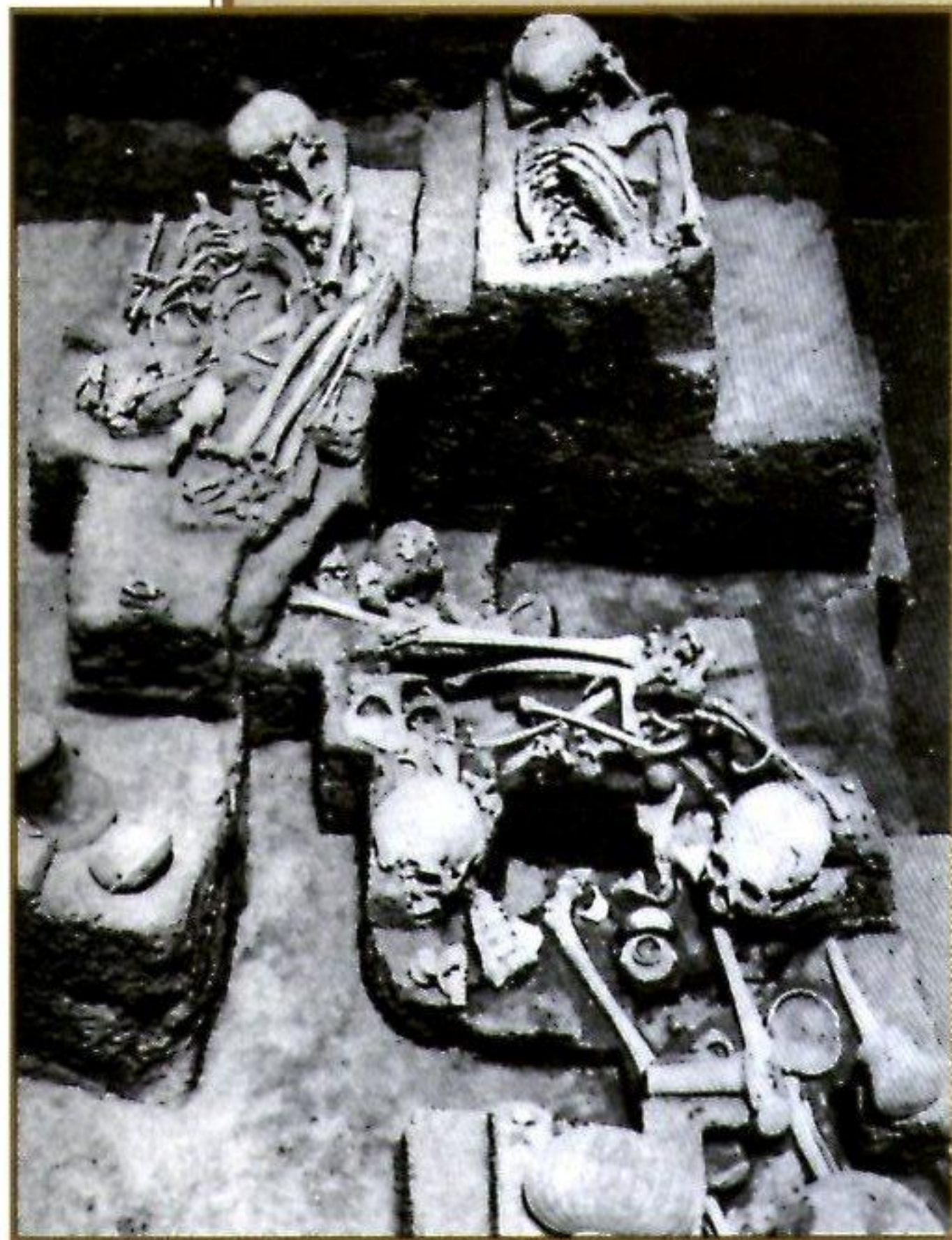
El silencio y el torpor proporcionaban pocos indicios de que Teotihuacán había sido en sus tiempos una concurrida metrópoli, el mercado y centro religioso más importante de Mesoamérica. Había sido una ciudad de colores, con el brillo de la pintura fresca y los destellos de la luz reflejada, ricamente decorada con murales y frescos. En su momento de mayor esplendor, Teotihuacán dominaba una zona de unos 25.000 kilómetros cuadrados, una región del tamaño aproximado de los actuales Países Bajos.

La situación misma de la ciudad era inspirada. Teotihuacán se hallaba cerca de las fuentes de obsidiana, el cristal volcánico que era indispensable para las herramientas afiladas en una sociedad que nunca dominó el hierro ni el bronce. Estaba surtida por manantiales, que hacían posible la irrigación. Físicamente se extendía a caballo de la estrecha ruta montañosa entre los valles de las tierras altas y la costa del golfo, lo cual aseguraba no sólo amplios mercados sino también un poder sutil sobre el comercio. Y emocionalmente parece haber estado infundida con un profundo significado religioso, que reforzaba su supremacía económica con el magnetismo de una meta de peregrinajes. Incluso las más humildes moradas teotihuacanas tenían altares a sus dioses.

En el año 100 d.C., Teotihuacán tenía unas 60.000 personas y cubría más de cinco kilómetros cuadrados. En algún momento entre el nacimiento de Cristo y el 150 d.C. se erigieron dos grandes pirámides truncadas —conocidas hoy como la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna—, y el eje principal de la ciudad, la llamada Avenida de los Muertos, se extendía más de cinco kilómetros de longitud. Se construyó también un enorme montículo rectangular conocido como la Ciudadela, que medía más de 500 metros en sus lados largos. Comprendía cuatro terraplenes, cada uno

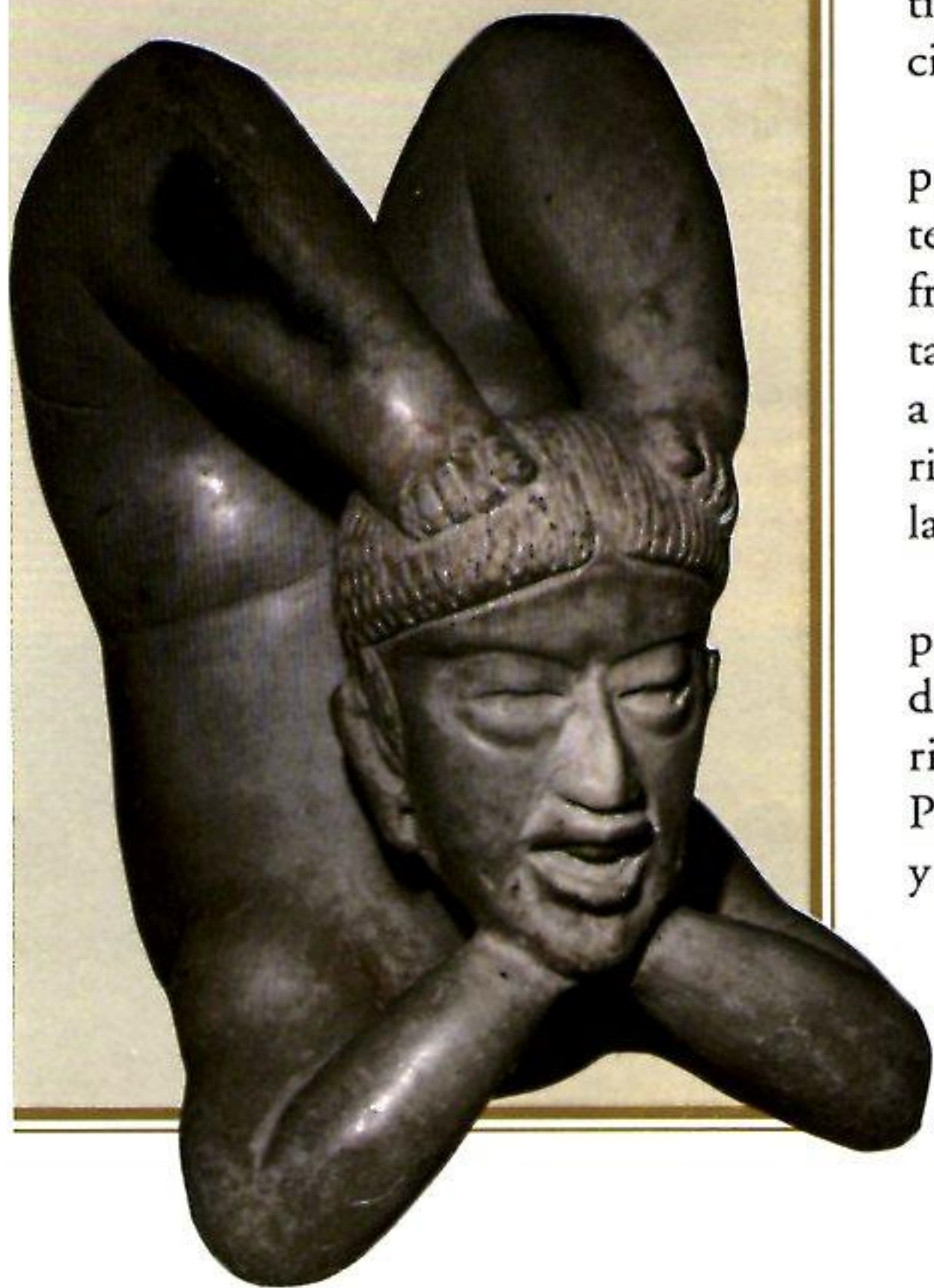
TUMBAS CASERAS EN TLATILCO

En 1936, unos enladrilladores que cavaban en busca de arcilla en un suburbio de Ciudad de México tropezaron con un yacimiento precolombino que revelaría, en el transcurso de dos décadas, cientos de tumbas que contenían esqueletos y docenas de pequeños recipientes de terracota y figurillas (*abajo*). Se trataba de los fantasmagóricos restos de un gran poblado cuyos habitantes enterraban a sus muertos debajo de sus hogares, depositando a las sucesivas generaciones unas encima de las otras para que



descansaran. El poblado databa de alrededor del 1200 a.C., cuando los olmecas dominaban la Costa del Golfo a 300 kilómetros al este. Más aún, algunos de los objetos, como el acróbata de estilo olmeca al fondo de la página a la derecha, había sido traído al parecer al poblado como parte de un intenso comercio de objetos e ideas.

Aunque los residentes de Tlatilco pudieron tener contactos comerciales con los olmecas, sólo un pequeño porcentaje de sus objetos funerarios son olmecas. De hecho, los tlatilcoanos tenían un estilo artístico característico propio, dominado por una imaginería femenina que algunos estudiosos conectan con las diosas de la tierra y el cultivo del producto fundamental indio, el maíz. La curiosa figurilla de doble cabeza de la derecha puede ser una personificación de las raras mazorcas dobles que ocasionalmente brotan de la planta.



de 6 metros de alto y 80 de ancho, y pudo servir como zona de alojamiento para sacerdotes o funcionarios públicos, así como centro ceremonial. Quince pirámides coronaban la inmensa estructura.

Aunque no resulta claro si la evolución de Teotihuacán siguió un plan maestro establecido a principios de la historia de la ciudad, el tamaño y la escala resultantes parecen ser resultado de algún tipo de esquema general. Dos grandes avenidas la partían, y los enormes complejos públicos y numerosos templos de Teotihuacán se extendían a lo largo de ellas de una forma repetitiva a una escala tan enorme que los grandes edificios a un extremo de la ciudad apenas eran visibles desde el otro.

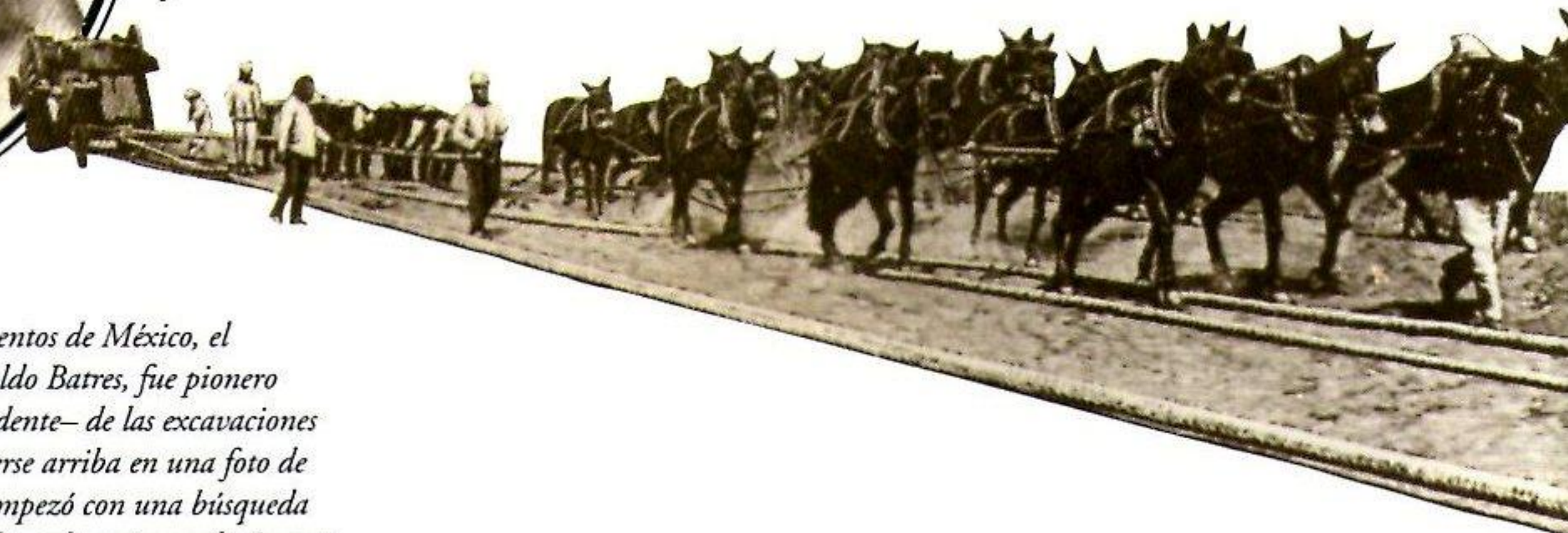
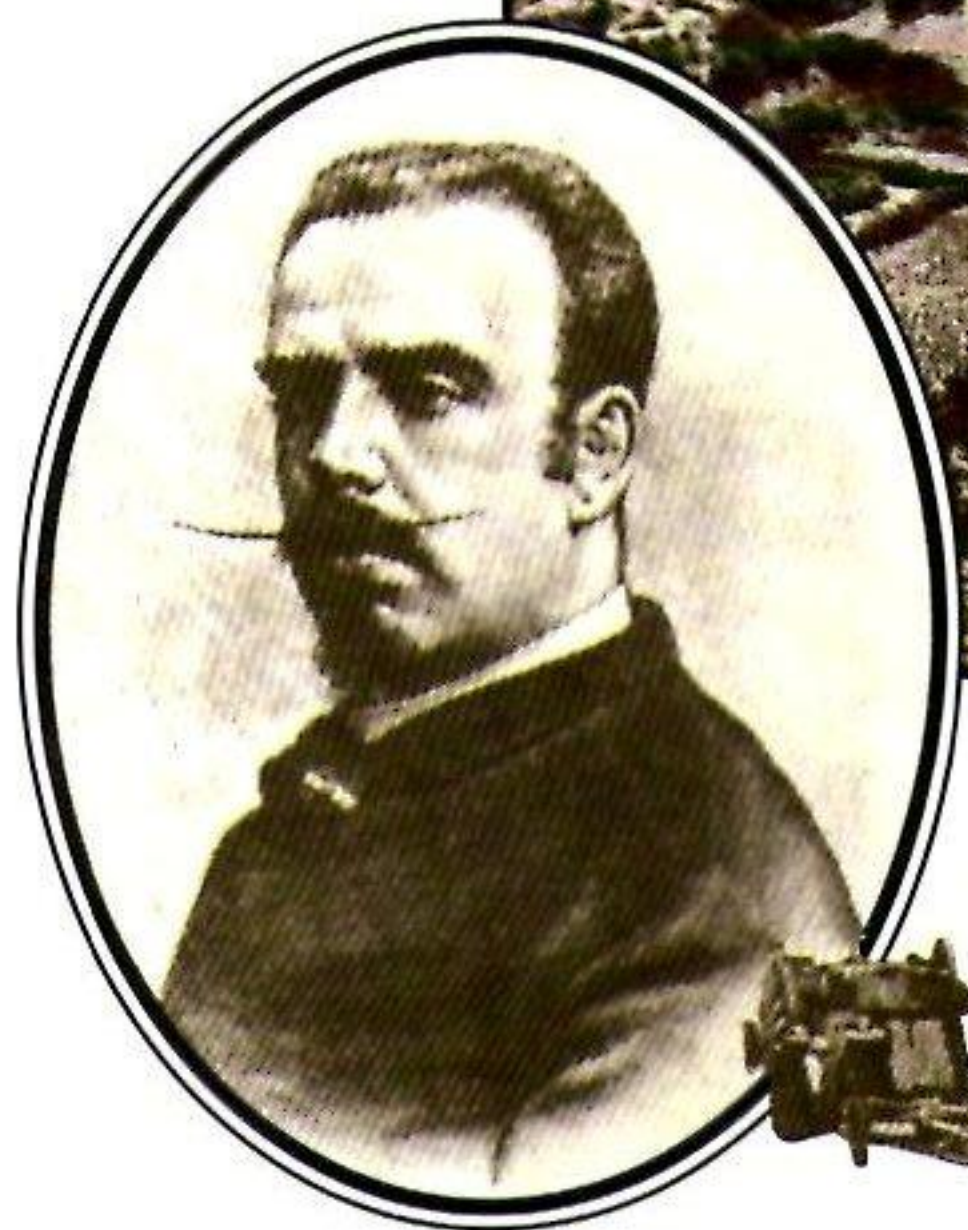
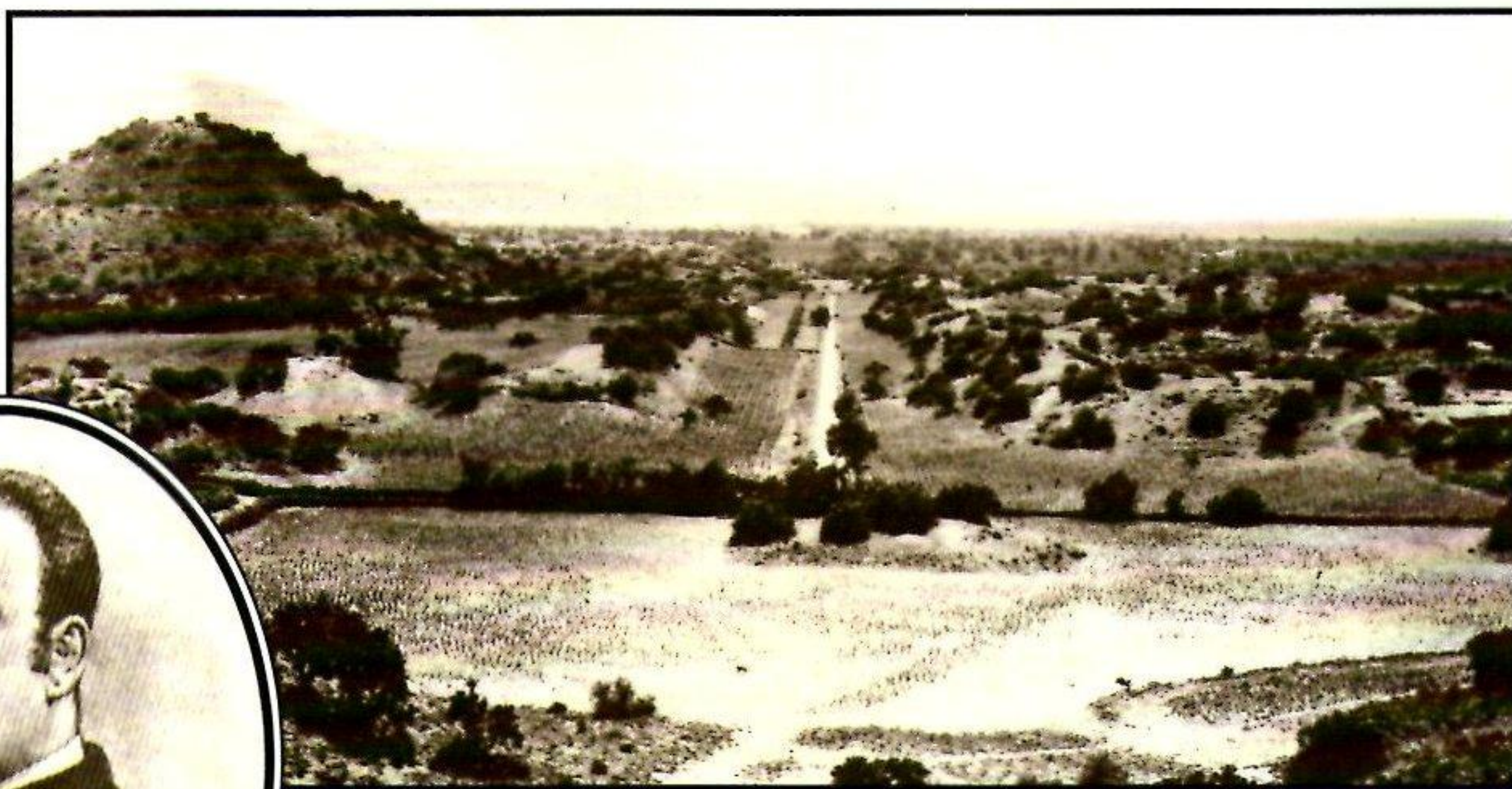
A medida que la cultura y la influencia de Teotihuacán se expandían hacia el sur en el siglo V, los residentes de las zonas circundantes se reubicaron dentro de la ciudad o pasaron a depender de ella, un desarrollo que impidió el crecimiento de los centros rivales. Pero luego, muy repentinamente, una violenta catástrofe cayó sobre ella hacia el 750 d.C. Incluso mucho después de que su centro fuera destruido, los humillados restos de Teotihuacán siguieron constituyendo la comunidad más grande del centro de México. En el 850, tribus toltecas acudieron a ocupar el lugar, pero lo que fue finalmente de ellas se ha perdido para la historia. Sin saber nada del desarrollo de Teotihuacán, los aztecas supusieron que los montículos de tierra que veían eran toltecas. Se equivocaron en cientos de años y en una civilización entera.

La misma firme creencia en los orígenes toltecas de Teotihuacán persistió entre los visitantes del siglo XIX que acudieron a visitar las misteriosas ruinas. Uno de ellos fue Désiré Charnay, un impetuoso joven francés cuyas energías parece que estuvieron divididas más o menos equitativamente entre la especulación arqueológica y las mujeres mexicanas, a las que encontraba irresistibles. Su fascinación con las ruinas mesoamericanas lo condujo finalmente, en 1882, a la enigmática colina llamada la Pirámide del Sol, que se apresuró a escalar.

«La ascensión fue ardua, sobre todo con el ardiente sol que nos golpeaba desde arriba —escribió años más tarde en sus memorias—. Pero cuando alcanzamos la cima, fuimos ampliamente recompensados por la gloriosa vista que se abrió ante nuestros maravillados ojos. Al norte la Pirámide de la Luna, y la gran Avenida de los Muertos con sus tumbas y túmulos, cubrían un espacio de veintitrés kilómetros cuadrados; al sur y al sureste, las montañas de Tlaxcala, los pueblos de San Martín y San Juan, la nevada cima del Iztaccihuatl dominando la cordillera Matlacinga; y al oeste del valle de México con sus lagos.»

La curiosidad de Charnay dio como resultado las primeras ex-

cavaciones tentativas del lugar. Le encantaban no sólo los enormes monumentos, sino también los pequeños descubrimientos que arrojaban algo de luz sobre las vidas de aquellos pueblos desaparecidos hacía tanto tiempo. En un par de ocasiones se vio ayudado por un aliado de lo más curioso: las hormigas. Un día, cuando estaba trabajando en la Pirámide de la Luna, halló en el transcurso de sus excavaciones «numerosas piezas de obsidiana trabajada, piedras preciosas, cuentas y demás, dentro del circuito de los hormigueros, objetos que estos atareados insectos habían extraído del suelo al cavar sus galerías; y ahora, en la cima de la pirámide menor, tropecé de nuevo con mis amigas, y entre las cosas que recogí de sus hormigueros había un perfecto pendiente de obsidiana, muy pequeño y tan delgado como una hoja de papel».



Protector oficial de los monumentos de México, el arqueólogo autodidacta, Leopoldo Batres, fue pionero —aunque de una forma imprudente— de las excavaciones en Teotihuacán, que pueden verse arriba en una foto de 1895. Su exploración inicial empezó con una búsqueda de oro; en 1905, tenía trenes de mulas extrayendo tierra a toneladas.

Aunque los trabajos de Charnay fueron en su mayor parte ignorados en su época, despertaron la curiosidad de un hombre que estaba en posición de hacer algo al respecto: Leopoldo Batres. Batres, con su ostentoso bigote, era el hermanastro ilegítimo mayor de la esposa de Porfirio Díaz, el presidente-dictador de México. Persuadió a Díaz de que le nombrara inspector y protector de los monumentos arqueológicos de México. El encumbrado título le daba el derecho a excavar en cualquier parte del país, pese a que, como ha dicho un arqueólogo mexicano posterior, Batres «no tuviera ningún conocimiento de las técnicas de excavación o de los métodos serios de estudio». En 1884 empezó a hurgar entre las enormes pirámides que él, como todos los demás, consideraba «nuestros más antiguos testimonios de la raza tolteca». Sus excavaciones fueron entusiasmadas pero no profesionales. Respaldado por un enorme presupuesto mientras muchos mexicanos apenas tenían lo suficiente para comer, desenterró templos, moradas sin ventanas, esqueletos y más murales. En su vagar por entre las pirámides, empezó a captar las enormes dimensiones de la ciudad y el cuidado con el que había sido construida; cada superficie había sido cuidadosamente pavimentada con mortero y piedras pequeñas. Al no descubrir fortificaciones ni armamentos, supuso que Teotihuacán había sido una ciudad pacífica, abierta. Todas estas indicaciones de la vida de la ciudad palidecían, sin embargo, ante la asombrosa evidencia de su muerte: casi por todas partes donde miró, Batres halló huellas inconfundibles de un fuego que lo había consumido todo.

Tras descubrir que ni siquiera su enorme presupuesto era suficiente para la tarea, Batres dedicó su atención a otra parte en 1886. Las desprotegidas ruinas cayeron víctimas de un soñador llamado Antonio García Cubas, ingeniero de profesión. Convencido de que las pirámides contenían cámaras ocultas como las de la Gran Pirámide de Egipto, García Cubas abrió un agujero de varios miles de metros cúbicos de tamaño en la Pirámide de la Luna antes de admitir que estaba equivocado.

Batres regresó a Teotihuacán en 1905, decidido a excavar toda la Pirámide del Sol, con sus 68 metros de lado y sus 20 pisos de altura, a tiempo para el centenario de la independencia mexicana en 1910. La fecha coincidió útilmente con el 80 aniversario del presidente Díaz, y así pareció asegurar la necesaria provisión de fondos. De hecho, como ha calculado el autor Brian Fagan, la segunda temporada de excavaciones de Batres «gastó más dinero que todo el presupuesto de asistencia social de México». Sus trabajadores empezaron retirando tierra a un ritmo de 100 toneladas a la hora, 1.000 toneladas al día, retirando los restos a través de una vía férrea construida especialmente para ello. Incluso así, los avances fueron lentos. En retrospectiva, este prodigioso esfuerzo proporciona una prueba elocuente de la antigüedad de Teotihuacán. El derivante polvo de

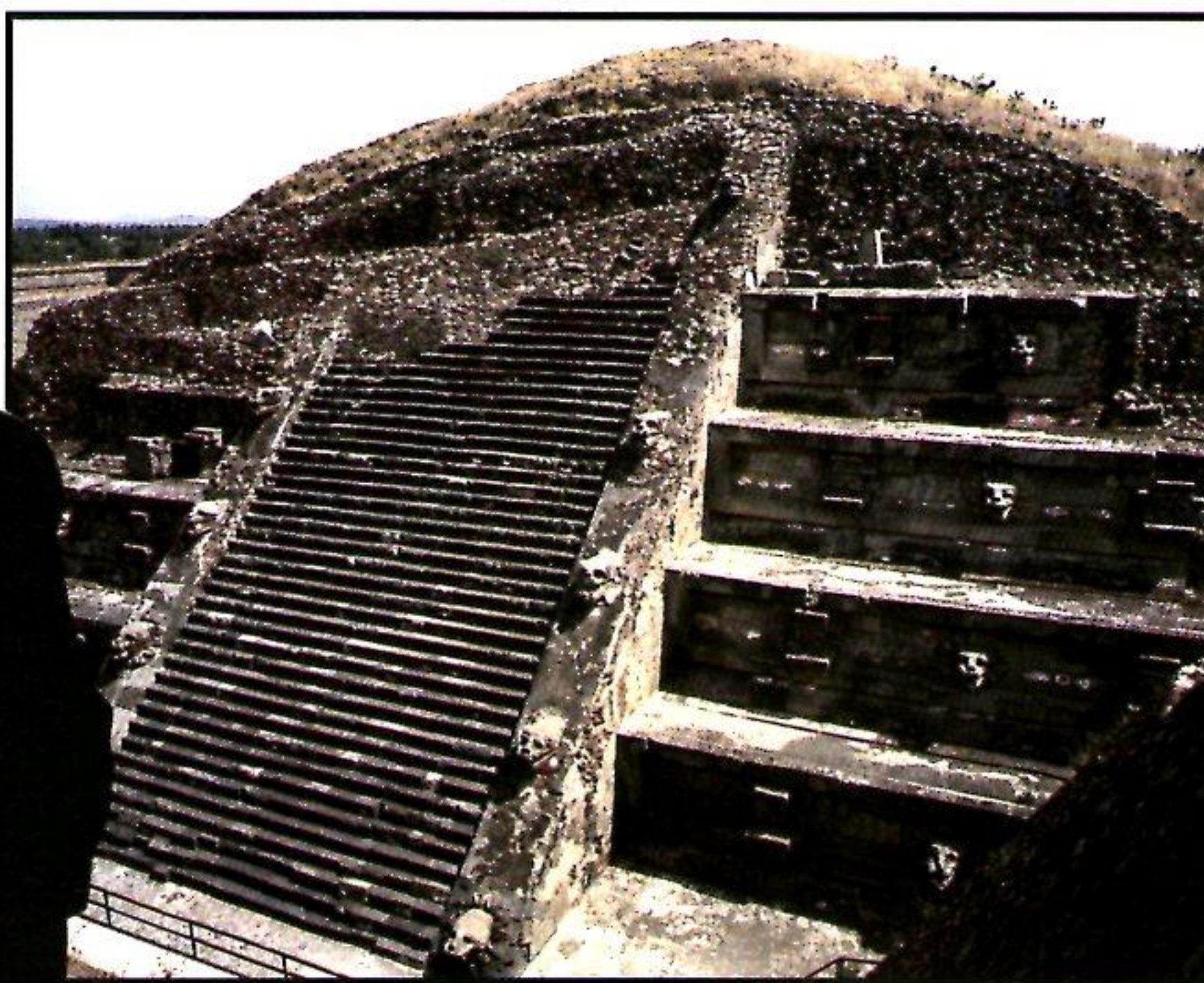
México había caído poco a poco, grano a grano, sobre las abandonadas plataformas y escaleras de la gran pirámide. Luego llegaron las semillas, y las plantas arraigaron. Crecieron, se pudrieron, y nuevas plantas las reemplazaron, sólo para descomponerse a su vez. Día tras día, año tras año, siglo tras siglo, la vegetación se pudrió hasta que la tierra acumulada quedó compactada de una forma tan profunda que incluso los batallones de hombres con máquinas apenas pudieron retirarla. El edificio más grande de Mesoamérica se había convertido en una colina.

Las excavaciones de Batres se encontraron muy pronto con serios problemas. Cuando llegaron las lluvias, el material de base arcillosa entre los ladrillos de la superficie de la pirámide excavada empezó a disolverse, amenazando con hacer que todo el exterior se deslizara y cayera. Batres instaló apresuradamente conducciones de madera para desviar la lluvia, y contrató a un equipo de albañiles para sustituir la arcilla por mortero de cal reforzado, cemento y roca volcánica. Avanzando de ladrillo en ladrillo, utilizando pequeñas cucharas, rascaron profundamente las juntas y reemplazaron la arcilla con el mortero. La estructura se salvó.

A medida que proseguían las excavaciones, Batres halló frescos policromados en las superficies de las pirámides y figuras y adornos de arcilla en su nivel más alto, junto con restos de sacrificios de niños en cada esquina. Descubrió restos de cerámica, esculturas y, cerca, un grupo de moradas, ricamente decoradas con tallas y frescos, a las que llamó la Casa de los Sacerdotes. Todo aquello sugería lo mucho más que debía permanecer enterrado en lo que Batres denominó «una de las más interesantes ciudades en el mundo de la arqueología». Pero, pese a esta afirmación y a la vigorosa ascensión que efectuó en 1906 el propio Díaz, entonces con 76 años, de la parcialmente excavada pirámide, los recursos que consideraba necesarios para terminar el trabajo no llegaban, y dimitió. Cuando el presidente Díaz fue derrocado cinco años más tarde, Batres voló a París para unirse a él en el exilio.

Aunque los arqueólogos profesionales lamentaron los rudos métodos de Batres, las evidencias que desenterró de las pasadas glorias de Teotihuacán despertaron su apetito de más. Los trabajos se reanudaron en 1917 bajo la dirección de Manuel Gamio, un arqueólogo mexicano con un doctorado de la Universidad Columbia de Nueva York. Dejando a un lado sus deberes como jefe del departamento de antropología en el Museo Nacional de Ciudad de México, Gamio enfocó sus esfuerzos cerca de la Ciudadela de Teotihuacán. Allá no tardó en poner a la luz el deslumbrante Templo de la Serpiente Emplumada, con su decoración de cabezas de serpiente y rostros de ojos saltones que se creyó que representaban a Tlaloc. La arqueología en Teotihuacán se volvió más metódica y erudita. Los suecos (unos de los pocos capaces de permitirse el lujo de la ar-

El apuesto Manuel Gamio, jefe del Departamento de Arqueología y Antropología del gobierno mexicano, se embarcó en una meticulosa excavación de la Ciudadela de Teotihuacán en 1917. Debajo de un montículo de tierra descubrió el Templo de la Serpiente Emplumada (abajo), una pirámide de siete niveles que se alzaba originalmente 20 metros.



queología durante la Gran Depresión de los 1930) enviaron a Sigvald Linné, que en el transcurso de varias expediciones se convirtió en una de las principales autoridades europeas en antigüedades mexicanas. Tras hallar toda una multitud de casas variadas y muchas calles estrechas, Linné demostró que Teotihuacán había sido mucho más que sólo un centro ceremonial, como habían supuesto sus predecesores. Otros excavadores pusieron al descubierto brillantes frescos y un palacio de 4.000 metros cuadrados.

Pero tan tarde como en 1960 los principales misterios que rodeaban Teotihuacán seguían sin resolver: ¿Por qué fue construida, y qué le ocurrió al final? Luego, como los pétalos de una flor que se abren rápidamente en una película acelerada, las capas que ocultaban Teotihuacán fueron

finalmente abiertas para exponer, en el término de unos pocos cortos años, mucha de la grandeza que sólo se había supuesto. Y con el descubrimiento llegó la revelación.

Respaldado por una amplia asignación de un nuevo gobierno mexicano, el arqueólogo Jorge Acosta, uno de los ayudantes de Ignacio Bernal, el director general del proyecto, completó las excavaciones de la zona alrededor de la Pirámide de la Luna, de 46 metros de alto, la Avenida de los Muertos, y parte de la plaza frente a la Pirámide del Sol. Más tarde, Bernal se unió a

Acosta para restaurar la Pirámide de la Luna, una tarea que fue realizada de forma más exacta históricamente gracias al descubrimiento de una piedra angular en su posición original. Aquello permitió a Acosta y su equipo reconstruir el ángulo de ascenso y colocar en sus posiciones correctas 565 piedras originales de la escalera que a lo largo de los años habían caído de la pirámide a la plaza.

Acosta y Bernal derribaron por todo el yacimiento lo que consideraban estructuras inferiores que databan de finales de la historia de Teotihuacán a fin de poner al descubierto los edificios clásicos que se alzaban debajo de ellas. A lo largo de la majestuosa longitud de la Avenida de los Muertos, la gran ciudad apareció al fin parcialmente revelada en sus rasgos más esenciales.

Como complemento de los esfuerzos de los científicos mexicanos cabe destacar el meticuloso trabajo de René Millon, un arqueólogo de la Universidad de Rochester. Convencido de que Teotihuacán era mucho más grande y más compleja de lo que hasta entonces había quedado demostrado, Millon decidió dedicar su vida a resolver sus misterios. Diseñó un plan para fotografiarla desde el aire, explorarla meticulosamente a pie, efectuar excavaciones sobre la marcha, y luego comparar las fotos aéreas con la información reunida en el suelo. Los estudios desde el aire se realizaron en 1962 y cubrieron un área de 57 kilómetros cuadrados, de los cuales 32 resultaron estar dentro de Teotihuacán. Terminar el cartografiado requirió otros cinco años.

Los resultados fueron impresionantes. Dentro de los límites de Teotihuacán habían existido más de 2.200 complejos de apartamentos de un solo piso. «Cada patio admitía luz y aire a los apartamentos que lo rodeaban —informó Millon—. Cada uno hacía posible que los residentes estuvieran al aire libre y sin embargo aislados.» La ciudad estaba ocupada por varios cientos de talleres, casi 400 sólo para el trabajo de la obsidiana, lo cual sugería que zumbaba con una intensa actividad artesana. Podía deducirse la existencia de un recinto separado habitado por artesanos inmigrantes de Oaxaca, a más de 300 kilómetros al sureste de Teotihuacán, por los rastros de cerámica y decoraciones de las tumbas, lo cual proporcionaba una clara evidencia de relaciones políticas y comerciales con lugares lejanos. Y aunque Teotihuacán no estaba cercada por murallas, distaba mucho de ser la indefensa ciudad abierta que Batres y otros habían imaginado. Sus complejos de apartamentos y sus estrechas calles y las barreras naturales de espinosos cactus nopal en el campo de los alrededores pudieron servir muy bien como obstáculo para cualquier atacante.

Incluso después del detalladísimo estudio de Millon, todavía aguardaban otros sorprendentes descubrimientos. En 1971, una fuerte lluvia hizo que se formara una depresión a los pies de la Pirámide del Sol. Excavarla reveló los restos de una antigua escalera que conducía a un túnel de 102,5 metros de largo debajo de la pirámide. Cuando los investigadores lo exploraron, encontraron una serie de 29 paredes de albañilería bloqueando el camino, cada una construida evidentemente por alguien que sólo podía estar trabajando desde fuera. Al final, casi directamente debajo del centro de la pirámide, había una amplia cueva. De ella se bifurcaban cuatro cámaras más pequeñas, y el total había sido ampliado hasta darle la forma de un trébol.

Los investigadores han argumentado persuasivamente que la cueva, formada por una enorme burbuja de gas en la lava que brotó de las

LOS MURALES SAQUEADOS DE TEOTIHUACÁN

En 1976, el Museo M. H. de Young de San Francisco recibió la noticia de una donación inesperada. El conservador enviado a investigar quedó desconcertado ante lo que encontró. En la casa del benefactor, «en el suelo, mesas y paredes, pegados a piezas de madera contrachapada, en cajas de cartón», había más de 70 inestimables



Un conservador (arriba) trabaja en la restauración de un fragmento de mural. El proceso implica tanto estabilizar la base de adobe en rápido deterioro como reensamblar las dispersas piezas como las de la derecha, que proceden de un friso con una serpiente y árboles.

fragmentos de mural procedentes de Teotihuacán.

Harald Wagner, el fallecido coleccionista, había adquirido el tesoro a mediados de los 1960, después de que el gobierno mexicano ampliara la zona arqueológica de Teotihuacán. Los saqueadores, haciéndose pasar por campesinos desarraigados que buscaban materiales de construcción para sus casas, cavaron al azar en las ruinas y arrancaron grandes pedazos de las paredes decoradas con múltiples colores.

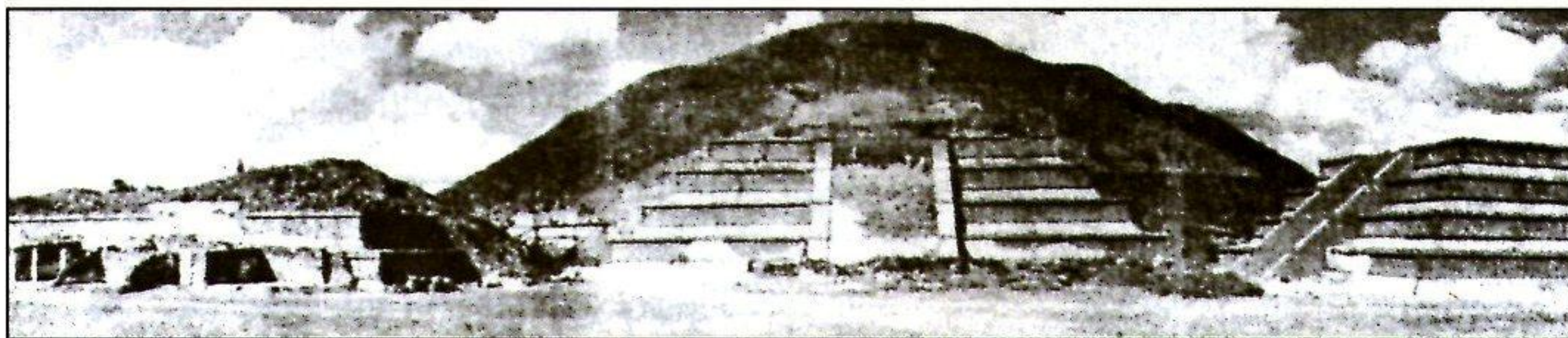
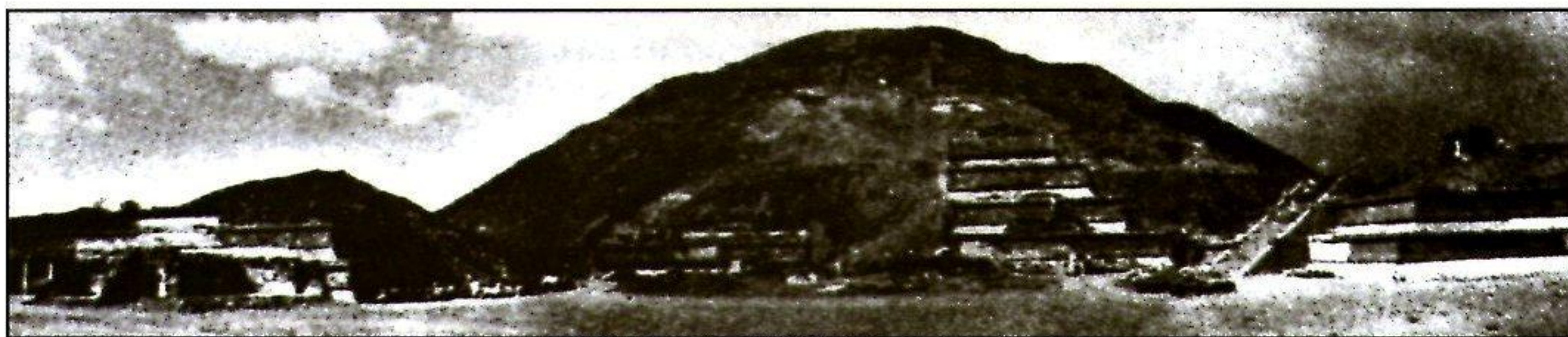
Los frescos hallaron pocos compradores. Amenazados con la confiscación inmediata si eran descubiertos, los fragmentos eran además frágiles y poco atractivamente sucios y pesados. Unos pocos fueron a parar a museos; otros fueron vendidos en mercados de pueblo o dejados convertir en polvo. Wagner, cuya pasión era la restauración arquitectónica, consiguió de alguna forma adquirir las piezas que finalmente cedió al museo. En 1986, para resolver el dilema ético que planteaba la donación, esa institución devolvió la mayor parte de ellas a México.



profundidades de la tierra, era la razón misma de que la Pirámide del Sol fuera construida allá donde estaba. Puesto que la pirámide era el edificio más importante de todo Teotihuacán, de ello se deduce que la ciudad en sí fue fundada debido a —y no simplemente sobre— una cueva. Para comprender esta extraordinaria conclusión es necesario saber que las cuevas poseían una tremenda importancia simbólica en el antiguo México. Abundan los códices y glifos con imágenes de cuevas, y en consecuencia de creación, de seno materno, de la vida en sí, del origen del sol y de la luna. En esta árida tierra los manantiales eran sagrados, y a menudo burbujaban desde cuevas, tras originarse, se creía, en las profundidades del submundo al que partían los muertos. La gran gruta de Teotihuacán, aunque seca en la actualidad, había tenido al parecer en sus tiempos abundante agua. Incluso el gran dios Tlaloc figura en el misticismo asociado con las cuevas, porque controlaba no sólo las lluvias sino también las cavernas y los ríos. La cueva debajo de la Pirámide del Sol de Teotihuacán pudo haber sido el punto focal de un culto, cuyos miembros, quizá, fueron los padres fundadores de la ciudad. Además, hay abundantes evidencias de un uso continuado de las cuevas en los primeros siglos después de la construcción de la pirámide.

Pero tras prosperar durante tanto tiempo, ¿por qué se hundió luego Teotihuacán, y qué tienen que decir de su final las marcas de incendios sobre tantas de sus ruinas? Los climatólogos han buscado la causa de la muerte de Teotihuacán en una crisis ambiental, quizá la erosión y el

fallo de las cosechas o una prolongada sequía. Enormes cantidades de madera fueron quemadas como combustible para fabricar la cal viva de la que dependía la construcción de Teotihuacán, y a lo largo del tiempo la tala masiva de árboles pudo haber despoblado el campo en kilómetros a la redonda. El clima pudo volverse gradualmente más seco. Pero es difícil que la alteración de la ecología fuera la única causa; y fuese cual fuese la crisis terminal, Millon sugirió que el liderazgo de la ciudad pudo carecer de la flexibilidad y la imaginación necesarios para luchar contra ella. Quizá, bajo una profunda tensión, los esquemas residenciales característicos de Teotihuacán fueron su propia ruina. Sus atestados complejos de apartamentos, separados por altas paredes y segregados por clases y *status* sociales, pudieron fomentar una moral cívica demasiado quebradiza para enfrentarse a los tiempos difíciles.



Uno de los aspectos intrigantes del fuego que acompañó la caída de la ciudad es la evidencia arqueológica de su limitación principalmente a las estructuras religiosas, en particular a lo largo de la Avenida de los Muertos, donde se alzaban más de 100 templos y altares. En total, unos 600 edificios se vieron sometidos a la antorcha. Millon y otros investigadores argumentan que los fuegos fueron provocados «a través de una serie coordinada de actos planeados de destrucción ritual». Creen que si la intención de aquellos que iniciaron los incendios era destruir políticamente Teotihuacán, entonces tenían que destruirla primero como centro religioso.

Después de que la gran ciudad se colapsara en violencia y llamas, su forma particular de vida comunitaria no fue nunca revivida en la región. Siguieron tiempos turbulentos. «La caída de Teotihuacán –escribió el

La forma escalonada de la Pirámide de la Luna de Teotihuacán aparece gradualmente a la luz durante las excavaciones conducidas en los años 1960 por los arqueólogos mexicanos Jorge Acosta e Ignacio Bernal. Más de 600 trabajadores se afanaron por limpiar y restaurar el imponente templo de 45 metros de alto y su gran plaza.

Típicas de los miles de figurillas de cerámica policromada halladas en las ruinas de Teotihuacán, estas achaparradas estatuillas femeninas llevan tocados atrevidamente a rayas, blusas parecidos a chales y faldas. Los rastros de color en su indumentaria sugieren que los habitantes de la ciudad llevaban habitualmente tonos chillones.



historiador británico Nigel Davies—, como la de Roma tres siglos antes, dejó tras su estela un mundo desordenado, cuyas ciudades supervivientes eran como planetas en órbita alrededor de un sol extinto.» Fue una era de reinos insignificantes, de pequeños estados tribales en guerra obsesionados por una furiosa conquista. Todo, no sólo las artes y el talante de la vida, tomó un segundo lugar frente a la preocupación por la seguridad. Tan desesperada era esa necesidad, que incluso tribus con diferentes lenguajes se unieron entre sí en estados.

Entre aquellos que cuajaron a partir de los elementos dispersos existentes estaban los toltecas; y fueron ellos quienes alcanzaron un lugar predominante sobre todos los demás, convirtiéndose en los terceros y últimos de los grandes precursores de los aztecas. Como con los olmecas y los teotihuacanos, el conocimiento concreto de los toltecas surge casi enteramente de la arqueología. Pero hay una diferencia: los investigadores modernos llegaron tarde, ganados en su acceso a los tesoros de los toltecas por una díscola multitud de atrevidos aficionados. Los aztecas fueron los primeros excavadores de la capital de los toltecas, Tula. Saquearon el palacio con imprudente abandono, y cuando terminaron no quedó mucho que desenterrar. Decididos a ennoblecer su oscura historia y añadir lustre al pasado de su pueblo, los aztecas no sólo afirmaron ser los herederos del manto de los toltecas sino que también se bañaron en la gloria reflejada de sus obras, saqueando todo lo que les gustaba para reusarlo en Tenochtitlán.

En consecuencia, las actuales ruinas toltecas no son impresionantes y resultan difíciles de reconstruir. Peor aún, los trofeos arqueológicos de los aztecas y su inclinación hacia la revisión histórica en su beneficio se combinaron para arrojar más oscuridad que luz sobre el pasado tolteca. Apenas hubo tiempo entre los días de gloria de los toltecas y la llegada de los españoles para que los aztecas los exaltaran más allá de la realidad. A los ojos de los aztecas los toltecas eran gigantes y su capital, Tula, un lugar de gran riqueza. Incluso el algodón se cultivaba en colores, señaló solemnemente un informante del misionero franciscano Bernardino de Sahagún. Hasta el siglo XX no emergió un cuadro de Tula como un lugar precariamente perchedo



en los mismos límites de las tierras arables del centro de México, nunca lejos de la hambruna, y donde las artes y oficios de su gente eran toscos y vulgares comparados con todo lo de antes.

Gracias a los aztecas, todo el mundo había oído hablar de Tula; pero ninguno de los primeros arqueólogos sabía dónde hallarla. Désiré Charnay, enviado de vuelta a México por el gobierno francés, se convenció en uno de sus periódicos viajes de que la histórica Tula se hallaba enterrada cerca de una polvorienta ciudad llamada Tula de Allende, en el estado de Hidalgo, uno de los muchos lugares mexicanos con este nombre. Se dedicó a intentar encontrarla.

Tras excavar algunos montículos, Charnay tropezó con los pies basálticos negros de gigantescas estatuas y fragmentos de una enorme serpiente de cascabel de piedra, objetos similares a las obras toltecas conocidas en Chichén Itzá en Yucatán. Tras limpiar los escombros, desenterró varios apartamentos de distintos tamaños con paredes pintadas con frescos, columnas, pilastras, bancos y cisternas. Charnay quedó convencido de haber hallado finalmente Tula. Pero sus superiores en el mundo del saber lo consideraron un loco romántico y lo ignoraron fríamente. No fue

Imponentes guerreros de piedra mantienen una firme vigilancia en la parte superior de la Pirámide de Quetzalcoatl como la Estrella Matutina de Tula (arriba a la izquierda). En su tiempo sirvieron como columnas que sostenían el techo de un templo.





hasta los 1930, cuando el antropólogo mexicano Wigberto Jiménez Moreno utilizó los antiguos nombres de lugares y las referencias geográficas espigadas de fuentes históricas para localizar la antigua Tula, que Charnay, por aquel entonces ya muerto hacía tiempo, demostró haber estado en lo cierto: la ciudad tolteca estaba exactamente allá donde él había dicho que estaba.

En los años 1970 el trabajo sistemático del arqueólogo norteamericano Richard Diehl y de los arqueólogos mexicanos Eduardo Matos Moctezuma, Ramón Arellanos Melgarejo y Lourdes Beauregard de Arellanos fundió las leyendas aztecas en el crisol de los hechos. En su cénit desde el 950 hasta el 1150 d.C., Tula fue una ciudad de al menos 30.000 almas, mucho menos rigurosamente planeada que Teotihuacán. En su arquitectura, que «era de majestuosa concepción y mediocre ejecución», según el arqueólogo mexicano Jorge Acosta, predominan los símbolos de muerte y fuerza militar. El arte es hosco, sin alegría. La base del edificio más impresionante, una pirámide, está decorada con guerreros armados, bestias salvajes y águilas devorando corazones. El Muro de la Serpiente, de 55 metros de largo, muestra serpientes devorando seres humanos cuya carne ha sido arrancada de cráneos y huesos. Hay percheros para cráneos y figuras supinas sujetando cuencos sobre sus abdómenes como receptáculos para corazones humanos.

Los aposentos en Tula consistían en muchos pequeños complejos de casas de techo plano construidas en grupos de tres o cuatro alrededor de patios cerrados, en el centro de los cuales había altares o pequeños templos. En sus excavaciones, los arqueólogos descubrieron que los muertos de Tula eran enterrados en pozos bajo los suelos de las casas. Aunque la rutina de la vida diaria en Tula —cultivar judías y maíz, tejer, fabricar cerámica y artículos de obsidiana— parece haber sido poco diferente a la de en otros lugares de Mesoamérica, las modernas excavaciones sugieren, en palabras de Brian Fagan, «una civilización militarista, con cicatrices de múltiples batallas, en la que la opresión era una forma de vida y los sacrificios humanos una segunda naturaleza, un grito lejano de la edad de oro de la leyenda azteca».

Tula llegó a su fin en un cataclismo repentino y abrumador. Los templos fueron quemados, el Muro de la Serpiente derribado, los monumentos metódicamente aplastados. La hambruna y la invasión de pueblos bárbaros del norte se consideran las causas más probables, pero ni éstos ni ningún otro factor externo aislado parece suficiente para explicar el colapso de la ciudad. Quizá Tula, como Teotihuacán, contenía las semillas de su propia destrucción, alimentadas por las condiciones que minaron su fuerza. Era una ciudad multiétnica, habitada por pueblos del norte, del valle de México y de la Costa del Golfo, que formaban una población heterogénea que hablaba varias lenguas diferentes. Richard Diehl, que ha

excavado extensamente en Teotihuacán y Tula, ha teorizado que cuando finalmente surgieron las dificultades económicas, «la gente se agrupó en afiliaciones étnicas» y, cuando las cosas empeoraron, la ciudad perdió su capacidad de absorber el continuado flujo de inmigrantes extranjeros. Y los dioses fueron aplastados, desdeñados como deidades que habían abandonado su ciudad. Los toltecas supervivientes se marcharon y se dispersaron. En el 1179 d.C. Tula había desaparecido. A su debido tiempo, reocupada por otros pueblos, se alzaría de nuevo como una ciudad sustancial estimada por los aztecas como el manantial de la civilización. Luego siguieron siglos de silencio.

En palabras que podrían hablar por Tula, el rey-filósofo azteca Nezahualcoyotl meditó: «Toda la tierra es una tumba y nada escapa de ella. Nada es tan perfecto que no descienda a su tumba. Ríos, riachuelos y agua fluyen, pero nunca regresan a sus alegres inicios; se apresuran ansiosamente a los vastos dominios del dios de la lluvia. A medida que ensanchan sus orillas, elaboran la triste urna de su funeral».

En la libertad política para todos que siguió en el México central al colapso de Tula, no sólo los toltecas restantes sino otras tribus de México se redistribuyeron a través del paisaje. Los más prestigiosos linajes toltecas se reunieron en Colhuacán, en la parte sur del valle de México, donde formaron un bastión de cultura cuyo pueblo se consideraba los auténticos herederos de la caída gloria de Tula. De los desiertos del norte, varias tribus de nómadas bárbaros conocidos en general como los chichimecas –liberalmente traducido como «pueblo perro»– se dirigieron al sur, a las no protegidas y mejores tierras. Entre ellos y los últimos en aparecer estaban los aztecas, una tribu semicivilizada, «el pueblo cuyo rostro nadie conoce».

Sin embargo, por supuesto, era un rostro que todos los habitantes del valle de México conocerían muy pronto. Puede que ellos no estuvieran interesados en los aztecas, pero los aztecas sí estaban interesados en ellos.

LA CIUDAD QUE EL TIEMPO OLVIDÓ



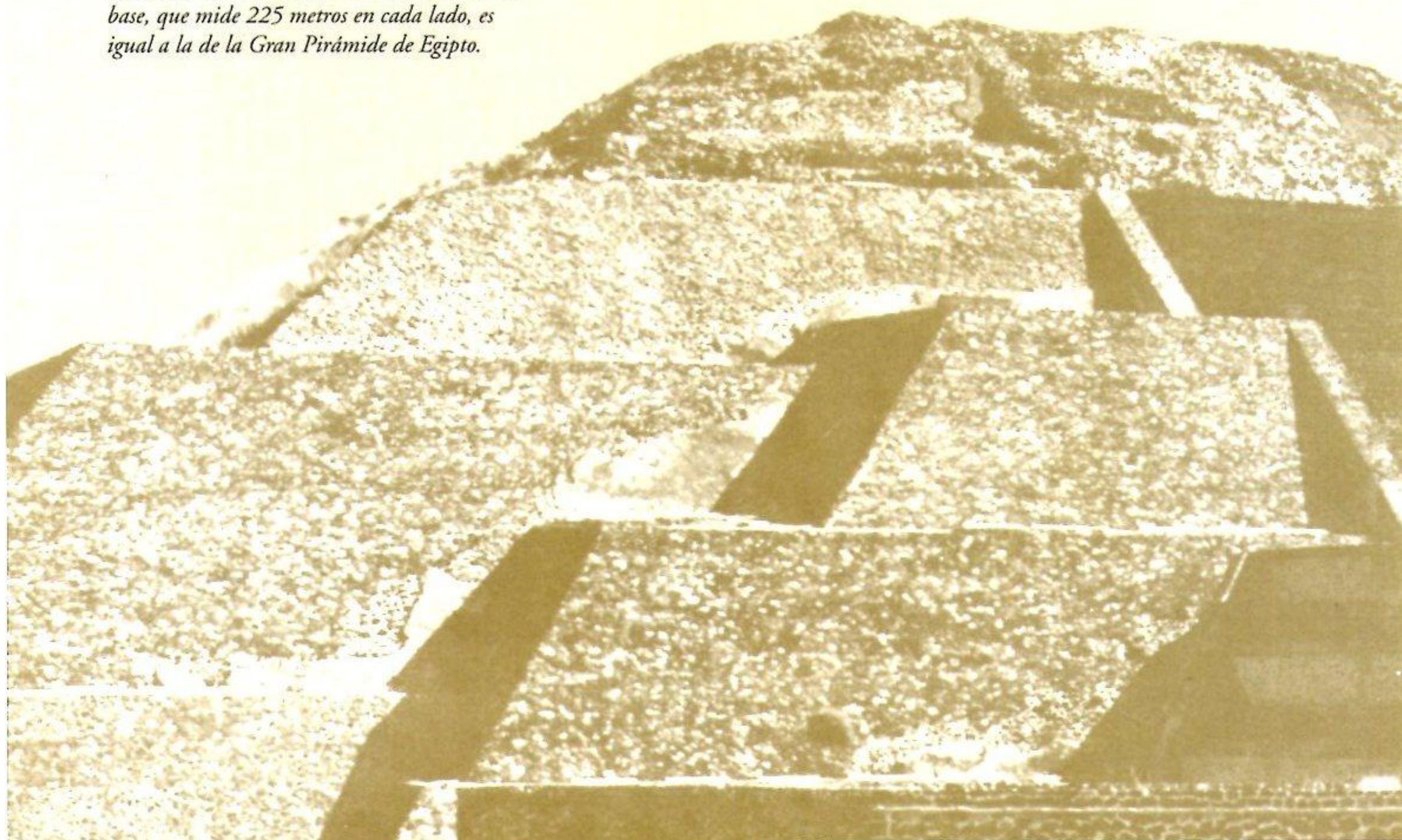
La silueta de las pirámides es visible en todas partes, y sirve como un faro para guiar al viajero a las ruinas de Teotihuacán», escribió un explorador francés del siglo XIX de este imponente lugar a 40 kilómetros al norte de Ciudad de México. De hecho, tan impresionante es Teotihuacán que peregrinos, arqueólogos y turistas no han dejado de acudir durante más de 1.200 años para ponderar sus misterios. Incluso los aztecas estaban maravillados. Tras tropezar con los templos a múltiples niveles en el siglo XIII y sin saber quién los había construido, dieron al obsesionante lugar el nombre de Teotihuacán, que en náhuatl significa «ciudad de los dioses». Fue allí, creían, donde se reunieron los dioses para crear el sol y la luna, y era allí donde los aztecas acudían regularmente como peregrinos para celebrar la creación. Cortés y sus tropas tuvieron el primer atisbo de las pirámides en 1520, mientras huían de los furiosos guerreros aztecas, pero tan perturbado se sintió el capitán español que no le habló a su rey de aquellos impresionantes monumentos en su siguiente despacho. Durante los tres siglos siguientes, muchos aventureros y arqueólogos aficionados llegaron a Teotihuacán, en busca de oro y especulando sobre los orígenes de las desmoronantes

estructuras de piedra que salpicaban el terreno en kilómetros alrededor.

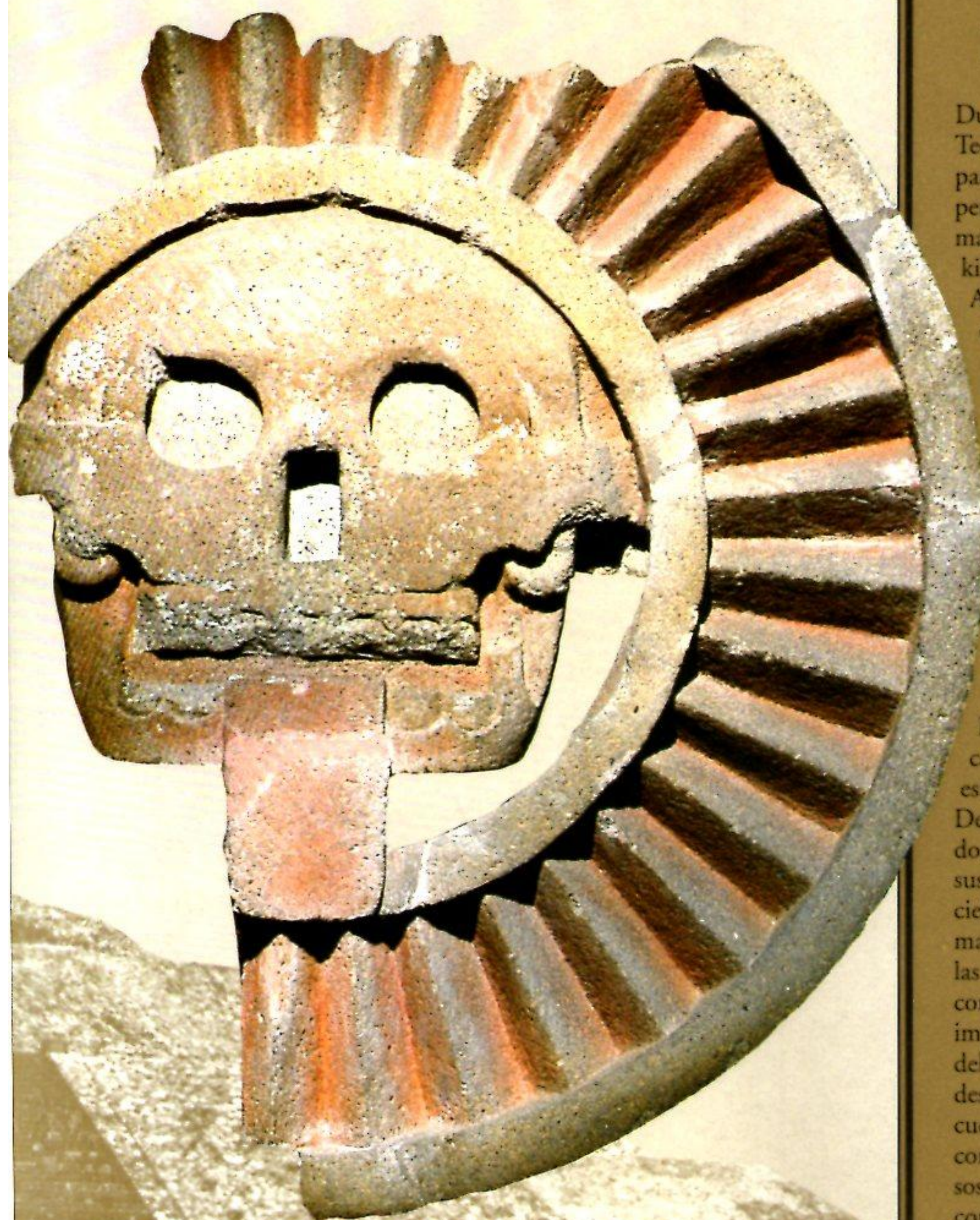
Sólo durante este siglo han conseguido los arqueólogos arrojar alguna luz sobre la historia de Teotihuacán. Removiendo las ruinas, han descubierto que era mucho más que un complejo religioso. Las excavaciones han desnudado una ciudad de inesperada sofisticación y proporciones —comparable en escala a la Roma imperial— y puesto al descubierto incontables artefactos finamente elaborados. Festivas figurillas de terracota y adornadas máscaras, como la pieza funeraria de arriba, tallada en ónice, proporcionan valiosa información sobre la sociedad teotihuacana. Pero los templos enrojecidos por el fuego y los santuarios destrozados señalan un violento final. En el año 500 d.C., la ciudad dominaba toda Mesoamérica. Doscientos años más tarde estaba desierta. Todas las evidencias apuntan hacia una repentina caída, pero si la ciudad fue saqueada por sus propios habitantes o por invasores sigue siendo una incógnita. Mientras los arqueólogos continúan excavando entre sus extensas ruinas, una multitud de cuestiones sobre Teotihuacán y su desaparecida población aguardan una respuesta.



La Pirámide del Sol, una montaña hecha por el hombre, se alza 60 metros sobre el suelo del valle teotihuacano. Iniciada en el siglo I d.C., necesitó para terminarla un millón de metros cúbicos de ladrillos secados al sol y cascotes. Su base, que mide 225 metros en cada lado, es igual a la de la Gran Pirámide de Egipto.



Esta talla de piedra de casi un metro de diámetro de un cráneo rodeado por rayos fue desenterrada cerca de la parte delantera de la Pirámide del Sol. Se cree que simboliza el descenso del sol al mundo de los muertos al final del día.



IMPONENTE MORADA DE LOS DIOSES

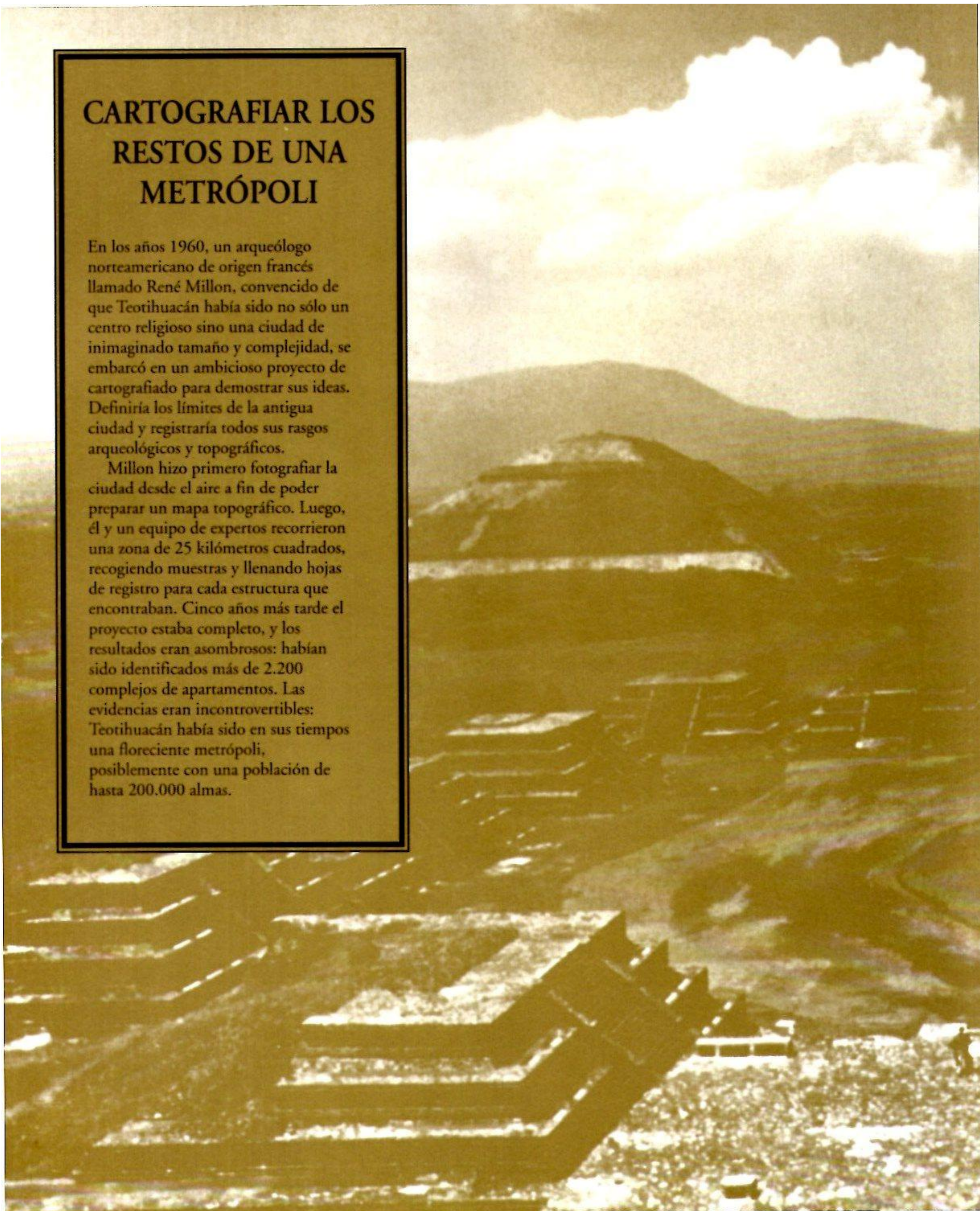
Durante sus días de gloria, cuando Teotihuacán era una meca religiosa para miríadas de culturas indias, los peregrinos debieron de quedar maravillados por los cinco kilómetros de longitud de la Avenida de los Muertos, el nombre dado a la vía pública por los aztecas. Flanqueada con numerosos altares y templos, se extendía a la sombra de los dos templos principales de la ciudad, la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna, cada uno de los cuales estaba cubierto de estuco, adornado con esculturas y brillantemente pintado.

La Pirámide del Sol sigue dominando Teotihuacán tanto en tamaño como en significado. Los sacerdotes tenían un arduo camino hasta la cima de la estructura de 20 pisos de alto. Desde su truncada cúspide, podían dominar toda la ciudad extendida a sus pies y mirar al mismo tiempo al cielo. Hábiles en astronomía, mantenían un cuidadoso control de las estaciones y presidían los ciclos continuos de los rituales públicos. La importancia religiosa de la Pirámide del Sol queda apoyada por el descubrimiento en 1971 de una cueva de lava debajo de ella que contenía ofrendas. Los arqueólogos sospechan que la pirámide fue construida sobre la cueva después de convertirse en un santuario y una meta para los peregrinos.

CARTOGRAFIAR LOS RESTOS DE UNA METRÓPOLI

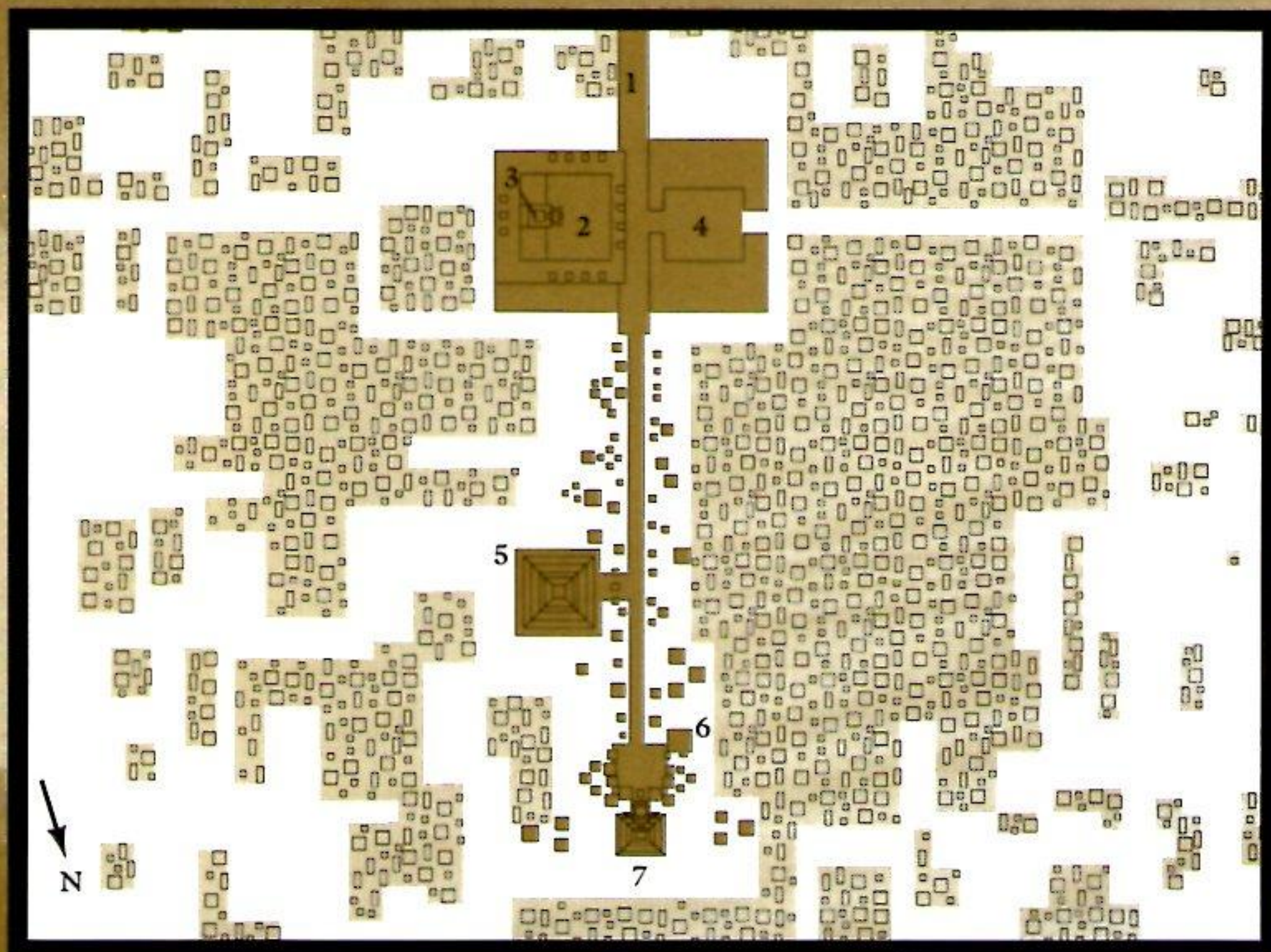
En los años 1960, un arqueólogo norteamericano de origen francés llamado René Millon, convencido de que Teotihuacán había sido no sólo un centro religioso sino una ciudad de inimaginado tamaño y complejidad, se embarcó en un ambicioso proyecto de cartografiado para demostrar sus ideas. Definiría los límites de la antigua ciudad y registraría todos sus rasgos arqueológicos y topográficos.

Millon hizo primero fotografiar la ciudad desde el aire a fin de poder preparar un mapa topográfico. Luego, él y un equipo de expertos recorrieron una zona de 25 kilómetros cuadrados, recogiendo muestras y llenando hojas de registro para cada estructura que encontraban. Cinco años más tarde el proyecto estaba completo, y los resultados eran asombrosos: habían sido identificados más de 2.200 complejos de apartamentos. Las evidencias eran incontrovertibles: Teotihuacán había sido en sus tiempos una floreciente metrópoli, posiblemente con una población de hasta 200.000 almas.



Este mapa esquemático muestra una zona de 14 kilómetros cuadrados de Teotihuacán que incluye la Avenida de los Muertos, flanqueada por templos y palacios y rodeada de complejos de apartamentos (pequeños rectángulos negros). El mapa mucho más grande desarrollado por los arqueólogos abarca toda la ciudad y señala todas las estructuras supervivientes dentro de los cuadrantes en los que estaba dividida.

- 1 Avenida de los Muertos
- 2 Ciudadela
- 3 Templo de la Serpiente Emplumada
- 4 Gran Complejo
- 5 Pirámide del Sol
- 6 Palacio de Quetzalpapalotl
- 7 Pirámide de la Luna



· ALOJAMIENTOS DE UN ORDEN SUPERIOR

La arquitectura del complejo de apartamentos de abajo, sólo uno de los muchos conjuntos de moradas de la ciudad, debía de ofrecer a los residentes un alto grado de intimidad. El exterior sin ventanas bloqueaba el ruido de la calle y ayudaba a mantener el interior fresco durante el día y cálido por la noche. Las habitaciones rodeaban un espacioso patio que dejaba entrar la luz y el aire y tenía desagües para retirar el agua

de la lluvia. Típicamente, una amplia plataforma junto al patio servía como pequeño templo.

Muchos de los ocupantes cultivaban las tierras fuera de la ciudad, pero otros trabajaban como artesanos, e intercambiaban sus artículos en un mercado central. Teotihuacán era el centro de un floreciente comercio de obsidiana, y muchos talleres estaban dedicados a convertir el cristal volcánico en

herramientas y armas. Otros estaban especializados en cerámica, piedra, gemas, telas, cuero, madera y plumas. En el hormigueante mercado se entremezclaba la gente de toda la región. Los habitantes nativos vivían en barrios, o distritos, que contenían una intensa mezcla de clases y profesiones; pero en al menos una zona de la ciudad, los extranjeros ocupaban su propio barrio claramente definido.



Una parte de la reconstrucción de un mural de un complejo de apartamentos en la parte noreste de la ciudad muestra a la

gente común retozando en el agua y en tierra firme. Los estudiosos creen que el mural puede que ilustre un mito de los orígenes.



Figurilla de terracota de una mujer en posición de descanso, una de las miles de piezas producidas por los artesanos teotihuacanos —frecuentemente utilizando moldes—, que representan a mortales o deidades. Ésta mide unos 11 centímetros de altura.

Esta tapa de brasero, que se cree que representa a Quetzalpapalotl, el dios quetzal-mariposa, está decorada arriba y abajo con atributos de la deidad. La pluma que asoma del tocado es la estilizada probóscide de una mariposa.



EN CASA CON LA NOBLEZA

La elite vivía bien en Teotihuacán. Sus palaciegos hogares estaban dispersos por toda la ciudad. Muchos no estaban muy lejos de los dos grandes bulevares que dividían Teotihuacán en cuatro partes, la Avenida de los Muertos y la llamada Avenida Este-Oeste, mientras que los de los sacerdotes y nobles ocupaban terrenos cerca de las grandes pirámides, bien aislados

del ajetreo que prevalecía allá donde las calles eran más estrechas. Hoy en día sus derrumbadas paredes y descoloridos murales desmienten su antigua grandeza.

El Palacio Quetzalpapelotl (*abajo*), situado justo al sur de la Pirámide de la Luna, es una de las residencias más extensamente estudiadas. Aquí, en 1962, los arqueólogos descubrieron un patio

central rodeado por ricamente decoradas habitaciones embellecidas con frescos multicolores. Columnas de piedra, con elaborados bajorrelieves de quetzal-mariposas y símbolos de agua, sostenían el techo de la arcada alrededor del patio, al que sus habitantes podían retirarse en busca de sombra durante la parte más brillante del día.





EL CENTRO DE LA GRANDEZA

Las dos calles axiales de Teotihuacán se intersectan en el recinto llamado la Ciudadela (*abajo a la izquierda*). Este complejo, con su plaza cuadrada de 4,5 hectáreas, pudo servir como punto de reunión donde las multitudes se agrupaban para presenciar las ceremonias.

Dada la inmensidad del lugar y la presencia de las ruinas de dos palacios y un muy adornado templo, los arqueólogos sospechan que la Ciudadela era el centro político de Teotihuacán. Sin embargo, la información sobre la clase dirigente de la ciudad es esquivada. Frustrados por la escasez de las evidencias, los arqueólogos se han concentrado recientemente en el

Templo de la Serpiente Emplumada de la Ciudadela, con sus siete niveles (*cerca del centro de la Ciudadela, en la parte inferior izquierda*) en busca de indicios.

Adornado con hileras alternas de serpientes, conchas y rostros de ojos protuberantes de piedra, es con mucho el monumento religioso más elaborado de la ciudad. Si los jefes de estado fueron enterrados dentro de Teotihuacán, razonan los arqueólogos, el templo debería de ser su lugar de descanso más probable.

Cabezas de serpiente de piedra como ésta, rodeada de plumas, decoran la fachada occidental del magnífico Templo de la Serpiente Emplumada. En las plumas todavía pueden verse huellas de la pintura mineral roja original.

EL TÉTRICO CORAZÓN DEL TEMPLO

Con la esperanza de desentrañar los secretos del Templo de la Serpiente Emplumada, un equipo de arqueólogos mexicanos se dedicó en 1983 a excavar a lo largo de su borde sur. Días más tarde fueron recompensados con un hallazgo espectacular. Muy pronto tropezaron con tres pozos funerarios en el suelo volcánico. El más grande, de unos 8 metros de largo, contenía 18 esqueletos. Con los brazos encajados tras sus vértebras y las muñecas cruzadas como si hubieran sido atadas, había pocas dudas de que aquellos individuos habían sido sacrificados.

Luego, en 1988, un equipo conjunto de arqueólogos mexicanos y norteamericanos empezó a cavar hacia el centro del templo. 24 metros más adentro tropezaron con un túnel hecho por ladrones de tumbas y los escasos restos de dos enterramientos profundamente saqueados. Afortunadamente, los ladrones habían pasado por alto el enterramiento central. Los excitados excavadores desenterraron cuidadosamente 20 esqueletos, todos ellos víctimas sacrificiales, que habían sido enterrados con ricas ofrendas. Pese al significado del hallazgo, los arqueólogos se sintieron decepcionados ante la ausencia de un enterramiento regio. Si este tipo de enterramiento existe, o, si existe, fue saqueado hace mucho tiempo, sólo futuras excavaciones podrán decirlo.



Estos dos esqueletos estaban entre un grupo hallado en 1988 en el lado este del templo. El de la izquierda lleva un collar del que hay colgados nueve mandíbulas superiores humanas. Encima de este collar puede verse otro collar ajustado hecho de dientes de imitación tallados de conchas.

